
II
Tatiana Țîbuleac
Cuando seas feliz, golpea tú primero
Traducción de Marian Ochoa de Eribe

II

TATIANA ŢÎBULEAC

CUANDO SEAS FELIZ, GOLPEA TÚ PRIMERO

Traducción del rumano a cargo de Marian Ochoa de Eribe

IMPEDIMENTA

A mi padre,
con su camisa amarilla.

Hoy se cumplen seis meses desde que juré que no volvería a beber. Y Haim. Y *Ella*. Y otras cosas. Una noche llena de juramentos, aquella noche. Seis meses de nada, absolutamente nada, que no me han librado de los lunares del cuello, no me han humedecido la libido, no me han motivado a vivir más o con alguien en concreto. Y, ya que ha salido el tema, debo confesar lo que más me fastidia: seis meses en los que ni siquiera he ahorrado, porque cuando no bebo, como, como hasta atiborrarme. En otras palabras, seis meses en los que no se ha cumplido nada de lo prometido por Benoît Gérard, Rue de Bagnolet, 15, un imbécil.

Para espantar la idea de beber, como ahora, me lavo los dientes hasta hacerme sangrar y salgo al bosque a correr. Mi correr es, en realidad, un caminar furioso, una rabia en movimiento, y el bosque, un parque rebosante de orugas y ratas cerca de mi casa. Sin embargo, *bosque* suena mejor que *parque,* y *correr*, mejor que *caminar;* suena a resolución y denota determinación, y resolución y determinación son los mejores amigos del exalcohólico incipiente.

El objetivo de esta actividad, manifiestamente inútil, no es ni de lejos desintoxicar el organismo, como creen los principiantes. Tampoco recuperar la salud, como fingen los mediadores. Ni siquiera la purificación de la mente, como piensan los ingenuos como yo, que han cometido errores toda la vida, pero están convencidos de que pueden arreglarlos con unos cuantos ejercicios intensos para el trasero. El objetivo es el agotamiento. Escurrirte hasta la última gota, eliminar hasta la última pizca de placer y atormentarte tanto que llegues a asquearte a ti misma, que te asquee esa persona en la que te has convertido. Cuanto más desprecies aquello en lo que te has convertido, mayor será la posibilidad de volver a ser lo que eras.

Cuando comprendí esto, después de unos dos meses de tormento diario, con la motivación hecha jirones y las encías como ubres, me derrumbé en las escaleras de mi casa y me eché a llorar. El problema es que yo no tengo nada que volver a ser. Yo ni siquiera tengo adonde regresar, tampoco nada que rectificar o aclarar, porque en todo mi pasado, en todos los lugares de respiro y de azul, una sola cosa no ha faltado nunca: el alcohol. Cuando bebo, puedo olvidar. Cuando bebo, mi padre se cuela dentro de mí y ahí ya no puede morir.

La mujer de Haim dice que en esos momentos debería pensar en las apariencias. En cómo se me velan los ojos y me revienta el hígado, en cómo se me engrosa la piel y aumentan las posibilidades de tener cáncer en cualquier órgano. En cómo se multiplican los pólipos y los quistes y los tumores —esos seres pequeños y asquerosos— dentro de mí y en mí, y el resto cae. Caen las mejillas, caen los pechos, cae el hombre, en mi caso la mujer, lo que es todavía más grave, porque, una vez que ha caído, una mujer no se levanta jamás, solo se ahoga, se ahoga, se ahoga.

Yo pienso, en cambio, en todos los borrachos que conozco. Hombres que beben mucho y son respetados. Hombres que beben todo el tiempo y son geniales. Hombres que beben cuanto quieren, donde quieren, con quien quieren, pero siguen siendo hombres. Pienso en mi padre a mi edad, volviendo borracho e inconsciente a casa, unas veces lloroso, cada vez más a menudo golpeado, siempre con un poema nuevo en el bolsillo de la chaqueta. Mi padre escribía en sobres, en revistas, en las servilletas de la

cantina. Escribía incluso en cortezas de abedul, solo por parecer bohemio, pero no lo parecía, porque un borracho solo puede ser bohemio cuando tiene mucho dinero, y él no tenía.

Renunciar a la botella no fue precisamente una elección, al igual que este amontonamiento de palabras, que saltan de mí como las escamas de los peces de Malik, es precisamente un recuerdo. He llegado a contar con los dedos de una mano las verdades en las que confío. Me llamo Mila. Mi padre me quiere. Nosotros tres no nos separaremos jamás. Pero tampoco en ellas confío demasiado. ¿Cuál de nosotros habla ahora? ¿Desde qué mundo?

En octubre me encontré en cuclillas en un aparcamiento, con una caja ante mí y las manos llenas de sangre. No recordaba cómo había llegado hasta allí, pero reconocí el supermercado que veo cada día desde el tren, de camino a casa de Haim. Mi primer pensamiento, reminiscencia de la juventud, fue una violación. Me toqué la entrepierna para ver si fluía algo, me miré la ropa, me palpé la boca. Si no era una violación, y no lo era, debía de ser dinero. Busqué el monedero en el bolsillo de los vaqueros y encontré el ticket. Acababa de pagar con tarjeta una caja de cinco kilos de *halva.*[1] Por primera vez en los últimos veinticinco años, sentí miedo.

Acababa de salir de un mes de borracheras atroces en las que, entre otras cosas, prometí empezar a ahorrar. Dejar de tomar cafés. Llevar siempre una botella de agua. No hacer la compra en el último momento, porque entonces me meto muerta de hambre en cualquier tienda y pago por un kilo de tomates lo mismo que por un caballo. Intenté convencerme de que había ido allí para ver si la comida —pero sobre todo la bebida— era tan barata como aseguraba Fima. O tal vez hubiera bebido hasta perder el sentido, como mi padre. Pensé incluso eso.

Aquello no cuadraba, no cuadraba en absoluto, porque yo odio los hipermercados, esos cementerios de los sentidos donde todo huele a podrido y a rancio, a sangre de animal y a cloro. Los odio porque es imposible que te salga más barato comprar tres en lugar de uno, leche en lugar de agua; es simplemente imposible que sea bueno un lugar donde la carne abarrota los huesos, las frutas brillan como perlas y todo yace amontonado —carne entre ropa, entre cosméticos— como prueba de lo que ha llegado a significar el bienestar para una persona: comer basura, pero limpiarse el culo con papel perfumado.

El *halva,* sin embargo, me alegró tanto que me olvidé incluso de las manos lastimadas —como noté después, al intentar abrir la caja con las llaves— y del miedo que había sentido. Me senté en el bordillo de la acera y recordé las largas tardes en las que, esperando la cena, salíamos los tres al patio del bloque con una manzana o un troncho de col y describíamos con aire soñador qué compraríamos en cuanto consiguiéramos dinero. Tantos helados, tantos chicles, tantas cajas de Fanta. Tanto y tanto y tanto. El hecho de que, a unos metros de nosotros, las mujeres se afanaran pelando patatas de verdad, friendo pescado fresco y pollos aún tibios, sirviéndonos tazones de leche coronadas de nata y untándonos el pan con mantequilla rezumante de grasa, es decir, cocinando comida de verdad con alimentos de verdad, nos desagradaba. Nosotros éramos de ciudad y soñábamos con productos artificiales. Yo soñaba con *halva.* Con una montaña de *halva* que me comería yo sola, hasta sentir náuseas. Y allí estaba, en aquel aparcamiento miserable, mi único sueño cumplido.

En los meses que siguieron, volvió a ocurrir varias veces. No me despistaba todo el tiempo y no eran cosas importantes. Salía de casa, pero no sabía para qué. Me dirigía a la farmacia cuando lo que necesitaba era pan, o acababa en la cola de correos aunque haga un montón de años que no envío ni

recibo una carta. Al principio, esos despistes no me alarmaron. Los tomé como una señal de mi padre. También él fue olvidadizo toda la vida. También él buscaba mensajes divinos en cualquier detalle, en la pata deforme de un pájaro o en un tomate con forma de corazón. Además, como nunca me sucedía nada malo, empecé a esperar esos despistes, en cierto modo. Parecía que, abandonado a su suerte, mi cuerpo vivía, por fin, como quería.

Sin embargo, el invierno llegó como un enemigo y lo cambió todo. Un día, me olvidé a Haim debajo del puente. Otro, busqué por ahí unas mantas gruesas y cubrí con ellas la puerta y las ventanas. El asombro dio paso al miedo, el sueño se secó y mis amables fantasmas empezaron a pudrirse por la casa. Quedaba solo una cosa, que era lo que más miedo me daba, porque sabía que a eso me iba a resultar muy difícil renunciar, pero no tenía escapatoria. Al cabo de un mes, cuando me desperté casi congelada en una parada de autobús, vi a Donna. «¿Qué estás haciendo en esta ciudad que no te acepta?», me preguntó con la voz de mi padre y un brillo en la mirada.

«Estamos aquí para ayudar», me dijo en la primera visita el especialista en adicciones Benoît Gérard, un lechuguino con botas camperas. Cuando se les cede el poder, los hombres hablan en plural y no les da miedo mostrar sus debilidades. Estamos. Nos encanta. «Nos duele que nuestra profesión esté demonizada.»

Yo estaba contenta porque había llegado bastante rápido a su consulta en Drancy, que comparte jueves y viernes con un reflexólogo «y los miércoles con nadie», y aunque no esperara gran cosa de una consulta gratuita, algo sí que esperaba. No comí nada por la mañana, por si tenían que hacerme un análisis de sangre, y preparé algunos recuerdos de mi padre vinculados a la bebida. No fue difícil, porque a los cincuenta años mi padre bebía todo el tiempo. Bebía en las terrazas. Bebía en la Casa de la Prensa. Bebía en la Unión de Escritores. Bebía más de lo que comía y más de lo que dormía. En fin, muchos ejemplos que nadie necesitaba.

Yo quería que Benoît Gérard me escuchara a mí y él quería que yo lo escuchara a él. Me habló sobre sus padres autoritarios. Sobre el deseo-refugio y el deseo-venganza. Sobre la isla de Reunión, donde la vida era tan estrecha que una raya de cocaína le prometía a un joven un horizonte, y yo no había llegado todavía a mis despistes: a los fallos de memoria, a las alucinaciones, a la tentación del suicidio. Sabía, por supuesto, que bebía demasiado, pero lo que más me asustaba era la desesperación con la que había empezado a buscar el alcohol. Cuando quería beber, estaba dispuesta a salir de casa a medianoche y caminar varios kilómetros. A autolesionarme para poner una excusa en el trabajo. A pelearme con quien fuera. Le habría contado todo eso de un tirón, pero Benoît Gérard tenía otros métodos.

«¿Qué efectos le provoca la bebida?» «¿Qué tipo de alcohol prefiere?» «¿A qué imagen asocia el vino?» Un montón de pruebas estúpidas, supuestamente asociativas, que me recordaban a las clases de francés en la escuela, cuando, como yo ahora, Senea-drocilka[2] respondía rápido, pero mal, a todas las preguntas de la profesora. *«¡Gagnant,* Senea, *ga-gnant!»*, le gritaba Elena Vasilevna, exhausta, chistándonos a todos, como si fuéramos insectos, con su vara de madera. «Piensa un poco…, ¿qué haces tú en el gimnasio?» «El potro, la comba, *prisidănii»*,[3] respondía él con la cabeza gacha, y nosotros, colorados de tanto reír, esperábamos la siguiente palabra, que por asociación solo podía ser *perdant*, lo que nos hacía reír incluso sin sus respuestas.

La fase tangible de la consulta fue otro espectáculo: Benoît Gérard me presentó como material

didáctico un cráneo de plástico de colores. Retuve el hipocampo y el hipotálamo, porque uno se ocupa de la memoria y el otro, de la vejiga, y yo las tenía, sobre todo la segunda, llenas a reventar.

Después de aquel ping-pong inútil, me quedó claro que o bien él no era muy buen especialista, o bien yo no era alcohólica. Como de lo mío estaba segura, me levanté dispuesta a marcharme, y solo entonces dijo él algo que se me quedó grabado.

No le interesaba tanto lo bien que me sentía cuando bebía —que describí con metáforas y comparaciones, como le habría gustado a mi padre— cuanto el dolor que intentaba esconder bajo la bebida. «En la raíz de toda adicción, hay un trauma. ¿Cuál es nuestro trauma?», me preguntó también en plural, y a esas palabras he vuelto más de una vez. Al final, no me marché de allí con las manos vacías. De los folletos de su colega, el reflexólogo, aprendí que el punto de la garganta se encuentra en la base del dedo gordo del pie.

Miro a la vieja que bebe agua y quiero vino. Miro la barriga de la embarazada y la veo llena de vino. Veo que no viene el tren y querría que viniera. Ayer hice de tripas corazón y se lo conté todo a Fima. No para que me aconsejara, por supuesto, sino para saber que lo sabe alguien más. De todas formas, Fima no me entiende y nada de lo que me dice tiene sentido para mí. La vida eterna, las habladurías de la gente, el pecado. Un ángel caído que vierte brea caliente en la garganta de los borrachos. Ella, como es creyente, se ve ya en el otro mundo, con sus santos, con sus balanzas, disfrutando de la recompensa por todas las buenas acciones que no ha hecho todavía. Yo, sin embargo, nunca tendré otra vida y tampoco la espero.

Yo quiero vivir esta como me merezco. Trabajar de lo que he estudiado, comer bien y poder dormir al menos los domingos, al menos hasta el mediodía. Me gustaría también disfrutar de fines de semana largos y vacaciones. Pintarme las uñas de rojo y veranear en la playa con un hombre sano, al que no tenga que cargar en una silla de ruedas o empujar entre los omóplatos. Un hombre que me vea y que desee lo que ve. Pero, como no tengo nada de lo que debería ser mío, al menos tenía el alcohol, que me arrastraba a través de esa negrura, como por un puente largo, hacia unos tragaluces iluminados donde tenía padres, Malik era mío y nosotras dos nos llamábamos por nuestro nombre. Ahora ni siquiera tengo eso.

«Date un bofetón y se te pasa», me aconsejó Fima. «Así murió también mi madre, y mi hermana, y mi abuelita, así mueren todas las mujeres que beben y lo ocultan. Mueren solas y meadas, sin dientes y sin familia, enterradas por desconocidos que se quedan con su casa a cambio del ataúd, que se quedan con sus vestidos en lugar de donarlos, porque la ocasión hace al ladrón, no lo olvides, la ocasión hace al ladrón.»

Tras la muerte de mi madre, mi padre recibió un apartamento gracias al periódico y nos mudamos a las afueras de la ciudad. Hasta entonces habíamos vivido en una residencia para familias, de la que no recuerdo gran cosa. Los vestidos de ella, las corbatas de él, mis anginas y la última Nochevieja, con un abeto tan frondoso que bloqueó durante tres meses la única ventana de la habitación. Adornamos el abeto por turnos. Yo puse las bolas, mi madre modeló unos ovillos de algodón y los ensartó en una guirnalda. No encontré la estrella, pero encontré una coronita de plástico de uno de mis disfraces, la coloqué en la punta y quedó bien.

Él acababa de llegar de un viaje. Un koljós, una reserva forestal, algo así, de donde vino con orejas de cerdo, nueces y ciruelas pasas. No sé con exactitud cuándo empezaron a discutir, solo sé que hablaron sobre incompatibilidades y puntos de no retorno; luego salieron al pasillo, y allí mi madre dio rienda suelta a las acusaciones. Le reprochaba que no hiciera nada en casa, como si no existiéramos. «¡Siempre con tus amigos, esa manada, malditos sean todos!», gritaba. «Oportunidad», «conducta de esposa», «tu payaso», respondía él. Y así hasta que a mi padre se le agotó la paciencia y adoptó otro tono, su tono de hombre obligado a casarse con una mujer insustancial: «Haz el favor de callarte ya, no hay necesidad de molestar a los vecinos».

Cuando regresaron a nuestra habitación, mi madre cogió las orejas y se fue a cocerlas en la cocina comunitaria; él fingió estar animado y me propuso que fabricáramos adornos para el árbol con las nueces y las ciruelas pasas. Las atamos de dos en dos con un cordel, las bautizamos como «ciruelinueces» y colgamos las que habían quedado sueltas. Recuerdo que, mientras adornábamos el árbol, recitó a Eminescu, a Blok y un poema de Rilke que no se sabía de memoria y que tuvo que buscar, apurado, entre sus libros impresos en papel biblia. Parecía desdichado. Quería estar en otra parte, con otra gente, haciendo otra cosa. Pero eso podía decirse de cualquiera de nosotros.

Dispensado de la actividad agotadora de las ciruelinueces, se puso una camisa limpia, afiló los lapiceros, que en sus viajes se desgastaban «como las rimas de Eduard Dudcă», y se fue al archivo. Mi madre era lluvia. No tormenta, no ventisca; a veces también podía serlo, pero entonces no lo era. Era solo lluvia. Había hecho grandes planes para Nochevieja. Un vestido de seda, un lucio relleno, diversión. Había comprado cuatro sombreros plateados y cuatro máscaras, también plateadas, y había quedado desde el otoño con una familia de vecinos «intelectuales» para celebrarla todos juntos en nuestra casa. Sin embargo, él le anunció que había hecho otros planes, más interesantes que su pescado relleno y la cuenta atrás con una contable del Palacio de los Ferroviarios. Se iba a un pueblo del norte «a recopilar rarísimas tradiciones y costumbres de invierno». La Cabra, los Jinetes, los Sargentos. Una oportunidad verdaderamente única.

Dejamos puesto el abeto hasta marzo. Yo me tumbaba debajo con mi madre, comíamos ciruelinueces y mirábamos los adornos. Éramos muy diferentes mi madre y yo. A mí me gustaba la zanahoria; a ella, el cohete. A mí el submarino; a ella, la luna. Mi madre quería volar, ser invisible y volar por todas partes detrás de mi padre, y yo quería ir en trineo como los demás niños, arrastrada por uno de ellos dos. Creo que así terminó ella en el cielo y yo en el hoyo: eligiendo ese invierno los adornos equivocados bajo un

abeto asesino.

Mi madre murió un domingo. Las mujeres estaban guisando en la cocina comunitaria; ella, pobrecilla, preparaba una sopa, y a mí, pobrecilla, me calentaba la leche. Y así, sin más, apoyó las manos en la pared, soltó un gemido y se fue, se fue la pobrecilla, de repente. He escuchado tantas veces esta historia, contada siempre con las mismas palabras, colocadas en el mismo orden, que he llegado a pensar que, si cambiara al menos una, al menos una coma o una letra, la magia negra que me la había arrebatado se rompería y ella, pobrecilla, resucitaría.

Mi padre estaba de viaje ese día. Entonces no había teléfonos móviles, solo fijos, y solo en los ayuntamientos; así que, para cuando dieron con él en uno de los cinco pueblos adonde había ido para escribir sobre ordeñadoras hacendosas y agrónomos prometedores, habían pasado tres días. Las familias de la residencia lo organizaron todo. Las mujeres le pusieron su vestido azul, todavía nuevo. Los hombres recaudaron dinero y compraron un féretro. Como los dos eran huérfanos —mi padre no lo era, aunque eso decía él—, los vecinos no avisaron a nadie más, y se alegraron cuando lo vieron entrar por la puerta de la residencia. Llevaba corbata, la cámara de fotos en una mano y un taco de galeradas en la otra. Había pasado antes por la redacción.

No sé si sufrió, porque no sé si la amaba. Los vi juntos pocas veces. El espacio donde vivíamos era tan pequeño que no había sitio para movimientos rápidos, menos aún para grandes gestos. Comíamos por turnos, dormíamos juntos, nos aseábamos en baños distintos. Mi padre solo pasaba por casa a cambiarse de ropa y descansar para las cosas verdaderamente importantes: el trabajo en la redacción, los amigos, los viajes. Para mi madre, en cambio, el trabajo era yo, y lo verdaderamente importante era la emoción.

Antes de casarse, quería dedicarse a algo relacionado con el arte. «Actriz, bailarina, fotógrafa», enumeraba, después de alguna discusión, todas sus carreras malogradas. Películas, giras, exposiciones. Hipóstasis a las que había renunciado por cuidar de mí. Cuando hablaba de lo que habría podido llegar a ser si no se hubiera quedado embarazada, mi madre resplandecía. Sus ojos se agrandaban todavía más, sus cabellos largos se desparramaban por todas partes y rozaban la pared como carámbanos electrizados.

Yo la escuchaba siempre en silencio. Desde la bañerita de plástico, llena de patos amarillos y champú Krea-Krea, de la que salía al cabo de un rato con la piel arrugada. O desde el borde del sofá, donde comía con el plato sobre las rodillas, porque nuestra mesa estaba ocupada por las cosas de mi padre: apuntes, diccionarios, hojas a medio escribir que él llamaba «manuscritos». E incluso aunque nunca la interrumpiera, ni siquiera cuando sentía que se me escapaba el pis, siempre le parecía que no la escuchaba con atención o que dudaba de sus palabras. Entonces se tumbaba rápidamente bocabajo, sacaba de debajo del sofá un saquito de fotografías en blanco y negro —sus creaciones, realizadas con su cámara de fotos— y me las plantaba delante como una prueba irrefutable. Las veo como a través de la niebla. Un puente, una calle con farolas que no podía ser Chisináu, una fiesta con hombres melenudos y mujeres con vestidos trapecio. Fotografías banales, desgastadas de tanto toquetearlas, sobre las que un director de cine de Moscú al parecer dijo en algún momento que tenían la visión de un genio. Mi padre dijo que el director era un comemierda.

Para ser sincera, aparte de ofendida o esperando a su marido, guardo pocos recuerdos de mi madre. Me acuerdo sobre todo de sus cosas, que, una tras otra, se mudaron de nuestra habitación estrecha a mi imaginario vacío y construyeron allí un mundo entero solo para ella. Cuando estoy mal, me basta con

cerrar los ojos para encontrarme de repente en aquel espacio extraño, siempre cambiante, como una gigantesca fotografía movediza, donde el aire huele a cigarros mentolados y de su vestido de muerta crecen flores y pájaros de seda.

Nadie sabe lo que ocurrió antes de que yo naciera, pero por la actitud de mi padre en el funeral, comprendí que los dos permanecieron juntos no por mí, sino por mi culpa. Mi padre no derramó una sola lágrima; sacó en cambio dos rollos de fotos que reveló al día siguiente. Al cabo de unos años, descubrí que la cámara de fotos era efectivamente de ella.

Mila-Manila, Mila-tequila, Mila-camomila. Si quieres que te vaya bien, que te oigan los oídos, que te vean los ojos, que te palpite el corazón, tienes que mimar tu nombre. «Avión, melón, rincón», gritaba yo, y así la mañana se llenaba de amor por nuestros nombres, nombres sencillos pero impolutos, y el domingo empezaba con buen pie. Eran pocos aquellos domingos, pero eran requetebonitos y no los compartía con nadie.

En otoño nos deteníamos en el parque junto a la casa y nos lanzábamos sobre las hojas «¡para escalar este monte antes de que se nos derritan los pies!», y en invierno nos revolcábamos los dos por la nieve, «creo que voy a llevar un poco de nieve a casa, Mila. La pondremos a germinar».

A veces íbamos juntos al mercado, donde él me enseñaba a elegir los tomates rascando la piel con la uña, o las frutas más sabrosas. Otras veces íbamos al planetario, porque todo el mundo tiene que saber dónde están Orión y la Osa, o al menos la Hidra, la constelación más grande. «¿Qué estudiáis en la escuela si no sabéis ni eso?»

Cuando hacía buen tiempo, dábamos de comer a las palomas y a los cuervos. Mi padre llevaba siempre mendrugos de pan en los bolsillos de la chaqueta, y cuando le preguntaba de dónde los había sacado, me respondía muy serio que toda su ropa estaba confeccionada con sacos de trigo y no permitía que nadie pasara hambre.

De la lluvia nos resguardábamos en las librerías; elegíamos libros al azar y los comentábamos en voz alta para escándalo de las vendedoras. Si encontraba algún libro patriótico o, como decía él, escrito por encargo, lo abría con devoción, separaba las piernas y lo leía cadenciosamente, como si estuviera en un escenario. Luego venía mi momento favorito. Mi padre se sacaba del bolsillo un cuadernito del que no se separaba jamás, escribía en él unos títulos de libros inventados y, con cara de niño bueno, se dirigía a la vendedora para preguntarle: «Estimada señorita, ¿tienen por casualidad este libro maravilloso?».

Eran títulos tontísimos: *La lucha del renacuajo de barro, El criador de rimas, El enigma del semáforo daltónico.* «¿No será el criador de lombrices?»,[4] preguntaba la joven, azorada. «Tenemos una guía práctica para pescadores.» «¡Dios mío, Dios mío!», exclamaba entonces él, muy ofendido. «Nada de eso; son rimas. El autor del libro es ante todo un gran poeta, y solo después pescador. Estoy seguro de que habrá oído hablar del ilustre Eduard Dudcă; de lo contrario, no sé qué hace trabajando en una librería.»

Mi mayor regocijo, sin embargo, era cuando me llevaba al café del centro, donde nos quedábamos hasta pasada la medianoche. De esas salidas vivía yo semanas enteras, recordando cada palabra: qué había dicho, qué habíamos dicho, cómo iba vestido el hombre que se había parado a saludarnos y sobre el que mi padre me había susurrado que era un gran poeta o un gran canalla. Él tomaba cafés, más cafés, y a mí me pedía un batido y un pastel, luego otro y otro más. Hablábamos por los codos. Me hablaba

sobre las vidas controvertidas de gente controvertida; sobre la solución ingeniosa de un traductor, por lo demás mediocre; sobre Prometeo y sus suplicios, insignificantes en comparación con el drama de Eduard Dudcă, «que escribe lo que ve, pero no ve lo que escribe»; sobre el hecho de que las rosas se multiplican también a través de semillas, no solo de injertos, y de que los grillos viven solo un año. De mi madre no hablábamos nunca.

No sé qué era lo que más me gustaba: que estuviéramos juntos o que él fuera, por fin, solo mío. «Mi hija», «mi Mila», «la señorita Mila», «esta chiquilla», me presentaba a todos sus amigos, y ellos me sonreían, me daban un cachete, me recitaban versos propios o me decían: «Por desgracia, te pareces a tu padre, pero quizá se te pase». Eran todos unos locos hermosos, escritores, fotógrafos o simples alcohólicos…, su manada.

Volvíamos a casa en autobús cuando queríamos jugar «a las personas» —inventando una historia para cada persona que nos encontráramos—, o en taxi si después de mis batidos la manada pedía también vino, pero siempre volvíamos felices.

Por lo demás, mi padre estaba en la redacción de lunes a viernes, cada sábado, todas las fiestas de noviembre y febrero, de marzo y mayo; en aquel entonces no celebrábamos la Pascua. Iba a la redacción el día de su cumpleaños y el día de mi cumpleaños; en Nochevieja solo trabajaba hasta la tarde, pero trabajaba, y en vacaciones, si estábamos juntos, iba unas horas, pero iba. Enfermo, resacoso, apenado, asqueado, mi padre estaba siempre en la redacción.

Haim alardea de conocer el barrio mejor que yo. Camina y camina. Más rápido de lo que puede, más lejos de lo que debería. Me explica que tiene en la cabeza un plano por pasos de las calles que «no va a cambiar en cien años», porque esto es París, nadie construye como le viene en gana.

—Hay cosas que cambian incluso en París —le digo—, solo que tú no quieres oírlo.» Aparcamientos de bicicletas eléctricas, *showrooms*, baños portátiles o *barber shops*, que han brotado como setas después de la lluvia. Antoine me comentó que la mitad son tapaderas para vender droga.

O, por ejemplo, ahí, en la esquina, los chicos de Paşa han vuelto a montar los andamios, y tendré que llevar a Haim de la mano. La última vez pisó cemento húmedo y se estropeó los zapatos. Maldijo a Paşa toda la semana, y Paşa a mí todo el mes. Ese sí que entiende de dinero. Hace cinco años trabajaba para los polacos por días, acarreaba brochas y bocadillos, y ahora va a la obra en un Mercedes nuevo. Es cierto que sigue acarreando brochas y bocadillos, pero al menos no los acarrea para otros. Ha reparado ya dos veces el edificio ese. Es antiguo y bonito, pero, desde que la china abrió en la planta baja un salón de uñas, el precio del alquiler ha bajado. Los vecinos firmaron un montón de peticiones para que la echaran, y Halagarda estuvo a un tris de perder la voz. Se plantaba cada día delante del edificio y gritaba a pleno pulmón «¡de día uñas, de noche pollas!», con la esperanza de espantar a las clientas. Fue muy feo. Todo el mundo sabe que Halagarda es una racista y que grita solo a los inmigrantes, algo que a los vecinos por un lado les disgusta y por otro les conviene. Así que hicieron también ellos lo que mejor saben hacer por aquí: se quitaron de en medio.

—¿Queda mucho hasta donde Anaïs? —me pregunta Haim, y lo veo hurgar en los bolsillos en busca de dinero.

Justo lo que me temía. Generalmente nos paramos y él compra dos gofres o dos crepes o dos helados, pero este mes he decidido no comer dulces. He alcanzado los noventa y siete kilos, parezco Roza, la de la policlínica, y no quiero presentarme allí así de gorda. Me queda solo una semana. Si consigo no comer después de las seis, salir a correr y no beber, debería al menos desinflarme.

—Hoy no se ve su puesto —miento, y veo que Haim tuerce el gesto.

Qué historia también la de esta mujer, Anaïs. Yo no la trago. Es una mentirosa y siempre finge no tener cambio; claro que tiene, solo que no te lo da. Además, me saca de mis casillas con sus quejas interminables sobre los impuestos, las vacunas, la edad de la jubilación. Todo va mal en este país: los ministros son demasiado jóvenes; los alumnos, unos vagos; los inmigrantes, unos mimados. Solo ella es trabajadora y lista y entiende cómo funcionan las cosas. Los vecinos del barrio, sin embargo, la aprecian y prefieren comprar *gourmandise*[5] donde «la pauvre Anaïs, le sel de la terre»,[6] aunque todo sea más caro y ni siquiera especialmente bueno. Allá ellos con su sal. «Tenemos que adaptarnos, no adoptarlos», dijo una vez la esposa de Haim, hablando de los inmigrantes y los derechos que deberíamos tener nosotros en Francia.

Cada vez que llevo a Haim al centro, pienso en mi padre. En mi padre joven y vigoroso, en mi padre con su camisa amarilla que brillaba entre los castaños de Chisináu, en mi hermoso padre muerto. Creo que no estaría contento conmigo ni con lo que hago aquí, pero tampoco él contentó a nadie mientras

vivió, así que estamos en paz. De todas formas, antes de su muerte conseguí aquel contrato en la AFP[7] y se alegró mucho. Cuando lo llamé para decirle que iba a dedicarme a «las fotos» en la principal agencia de prensa de Francia, oí cómo su voz se animaba. Ese mismo día fue a la Biblioteca Nacional, donde examinó una pila de álbumes y antologías. «Apunta ahora mismo estos nombres», gritaba al teléfono, y me los dictaba deprisa, con errores, por miedo, como de costumbre, a gastar dinero. Por aquel entonces no había tantos medios como ahora. Para llamar a casa, había que gastar dinero. No era mucho, pero no era poco, sobre todo porque yo no tenía nada. «Mila, ¿estás tomando nota o qué? An-sel Adams, Ro-bert Capa, Lanj Doroti;[8] creo que se escribe diferente a como suena, tendrás que buscarlo. Pero tú debes empezar sin falta con Henri Car-ti-er Bresson, el padre del fotoperiodismo francés, ¿me oyes?» «Vale, papá. Vale, papá.» «Mila, ¿tienes alguna biblioteca por ahí cerca o solo hay tiendas?»

En el año que pasé en la AFP pienso como en otra vida. Un buen trabajo. Me lo encontró una de las señoras que venían a tomar café, ni siquiera tuve que enviar un currículum. Hablé diez minutos en ruso con una asistente, y ella me pidió que fuera al día siguiente para que me pasaran los ficheros. Tampoco me interesaba el dinero, solo hablar francés de verdad con franceses de verdad y trabajar con la cabeza. Estaba convencida de que, a partir de entonces, todo iría a mejor. El siguiente contrato podría ser más largo, tal vez incluso indefinido. Si tenía un contrato, podría alquilar algo por mi cuenta. Si tenía un espacio propio, podría traer a Malik a vivir conmigo.

Una tarde, les hablé a mis compañeros del tema de mi tesis doctoral y se quedaron muy impresionados. «¡Ni siquiera nosotros sabemos tanto sobre Balzac!», me alabó la jefa, una mujer delgadita, madre de cuatro hijos, que parecía una cría. Así sería yo en unos pocos años: una madre con un hijo, con trabajo, con Malik. Generosa con mis compañeros más jóvenes. Sin embargo, todo acabó tan rápido como había empezado. La chica de recursos humanos regresó de la baja maternal y se asustó al comprobar que yo no tenía papeles ni dirección. Contrató en mi lugar a una finlandesa que se había pasado el verano follándose a un ruso de Petrozavodsk y que había puesto en su currículum que hablaba ruso. Fluido.

La alameda está llena de perros gordos y de castañas secas. Aquí es mejor comer perros que castañas, pero te puedes comer también a ti mismo. De vez en cuando se distingue alguna flor, aunque tampoco quedan demasiadas. Lo mismo ocurrió el verano pasado. Una enfermedad las ennegreció sin ponerlas mustias, y quedaron colgando de las ramas hasta que las lavaron las lluvias. He leído que es un microbio que ataca la médula y paraliza al árbol. Han muerto millares. Un bosque entero no lejos de París. Mi padre llamaba «velas» a las flores de los castaños y con ellas preparaba una infusión. «Se han apagado las velas, se han encendido los ojos de los diablos», decía, recitando un verso. Estoy convencida de que ahora me lo recitaría o compondría otro más bonito.

Al menos ha salido el sol. No recuerdo un verano más feo. Solo lluvia y los gritos de Halagarda. No he ido a ningún sitio, no me he comprado nada. Me dieron una semana de vacaciones en junio, cuando se marcharon los dos a Deauville, a la boda de su nieta. Haim habría querido que los acompañara, pero Cora dijo que era solo para la «familia más cercana». Sentía curiosidad por saber qué iba a inventarse esta vez. Otros veranos fueron los obreros, los peces, las flores. Necesitaba algo a largo plazo y encontró la familia más cercana. De todas formas, yo podría haber hecho algún plan, pero Fima no estaba y Lenuţa tenía que limpiar donde el sacerdote. Me quedé en casa y bebí sola, y no quiero ni acordarme de ese domingo en

que fui a su casa. Se perdonó él solo.

Hay cola en la floristería y veo a Aniuta desembalando tallos de juncos. Recuerdo que había prometido llamarla. Me dejó dos mensajes de voz, y vi también una llamada perdida de su croata. Duje, Dujin, algo así. Aniuta está aquí desde que empezó la guerra, pero en invierno regresará a Ucrania. Ha ahorrado un dinerillo y ya no aguanta la estupidez de los extranjeros. «Ellos tienen sus guerras, Mila. A nosotros no nos comprende nadie, dicen que nos matamos entre nosotros», se quejó en una borrachera, pero al día siguiente vino a buscarme de buena mañana para pedirme que no lo comentara con nadie, porque se había enterado de que su jefa era trumpista. Aniuta es mucho más joven que yo y, claramente, más lista. A los veinticinco años, yo hablaba por los codos. Tenía mis convicciones y se las soltaba a cualquiera, sin pensármelo. Tenía unos principios que no me reportaron nada, pero me arrebataron una cátedra. Saludo a Aniuta con la mano y ella me responde triunfante, blandiendo un junco.

Un poco más y llegamos a nuestro banco. Veo que está vacío y me pongo contenta. Cuando está ocupado, me adelanto corriendo y le pido a quien sea que nos ceda el sitio. «Es su banco preferido. No ve, pero siente», gimoteo, y la mayoría se levanta de inmediato pidiendo disculpas. Solo una vez tuve problemas, cuando intenté camelar a una pareja con tres niños pringados de chocolate, que discutía por unos billetes anulados. *«Je m'en fous!»*,[9] me respondió la mujer. «En este país no todo es para los viejos. Nosotros pagamos impuestos.» Salvo esa vez, todos me hacen caso.

Un grupo de niños pasa a nuestro lado volando una cometa y Haim sonríe al escuchar sus voces. Sonrío también yo. Me gustan los niños que juegan con tirachinas, que saltan a la comba, que hacen barquitos de papel o dibujan rayuelas en el suelo. Los juegos antiguos producen una alegría pura, una alegría que pide ser compartida con todo el mundo, no solo con los que han comprado una entrada. Cuando veo una cometa de papel en el aire, mi corazón fatigado se eleva también un poco. Qué le voy a hacer, me enternecen, todavía me enternecen los niños. Incluso los revoltosos, incluso los desobedientes. Ellos aún están a tiempo de cambiar.

Le doy un golpecito entre los omóplatos y nos detenemos. Lo sujeto de la cintura, le desabrocho el primer botón de la camisa y lo pongo de cara al sol. Es guapo. Todo lo que nos rodea es bonito. La luz inunda la ciudad como si no la hubiera tocado en mucho tiempo. Su cuello huele a limpio y a hierbas. Hago como que le arreglo el cuello de la camisa y hundo la cara en él. La última vez que estuve tan cerca de un hombre era invierno, estaba borracha, todo terminó como de costumbre.

—Pasa el barco de la basura —le digo mientras le lío un cigarrillo—. Dos japonesas con bolsos caros. Una tiene el pelo rosa. La otra es tu tipo.

—¿Menuda? —me pregunta.

—Vieja —le respondo, y nos echamos a reír al unísono. Nos reímos siempre de las mismas cosas, pero Haim tiene dentadura postiza y parece más feliz que yo.

Al final del sendero, una cuidadora con dos niñas se detiene delante del puesto y le compra un algodón de azúcar a cada una. La pequeña camina un par de pasos y el algodón se le cae al suelo; la otra corre para poner a salvo su propio algodón. Aquí nada me recuerda a mi país, a la alegría con la que vagabundeábamos sin vigilancia por las calles de Chisináu y compartíamos un helado, un Tarhun,[10] un algodón de azúcar entre tres. Me asusta haber olvidado el sabor del algodón de azúcar, pero conozco de memoria las estaciones de metro de una ciudad extranjera.

—Qué más —me pregunta en tono dulce. Le tiembla la voz y sé en qué está pensando.

Le doy la mano y él enrosca su dedo en mi dedo. Nunca le he preguntado cuánto ve. Pienso que distingue algo, contornos, una luz intensa, o quizá vea con un ojo mejor que con el otro. Tampoco me interesa. Me gusta pensar que me necesita, que sin mí no podría vivir. Pero querría saber cómo soy en su mente. Cómo piensa en mí cuando se acuesta, porque sé que piensa en mí. Querría que me viera más joven y más delgada. Con el rostro menos hinchado y ropa más cara. Me gustaría que me viera como una mujer, no como una cuidadora.

El humo del hachís me adormece el cerebro y recuerdo brevemente a mi madre. Otro recuerdo equivocado: mi madre oliendo a hachís. Es como si en él se hubiera mezclado todo —los muertos, los vivos, el entonces, el ahora—, como los botones de colores en los cajones de Nina. Me pregunto si el año que viene reconoceré a alguien. Si los médicos tienen razón y la enfermedad avanza deprisa, Haim será para mí un desconocido. Aunque no sé qué me traerá el olvido. Tal vez recordaré bastantes cosas, solo que no significarán nada. Puede que se me presenten imágenes con Malik en la playa, nosotros dos en el jardín, Nina haciendo mermelada, y que yo me pregunte en qué película o en qué revista he visto a esas personas. También puede que sea al revés. Que ni siquiera recuerde a esa mujer del espejo, ese pecio abandonado que aún se cree velero. «Son unos años preciosos en los que debería explicarles a sus seres queridos lo que le sucede», dijo el médico listo. O tal vez no dijera exactamente eso. Tal vez no dijera «a sus seres queridos», sino solo «a la gente», y estoy segura de que no dijo «preciosos», sino solo «años». Y tampoco los médicos lo saben todo, nadie lo sabe todo en este mundo.

Antes de mudarnos a la nueva casa, mi padre sacó trescientos rublos del banco y visitó a los vecinos para saldar sus deudas. Algunos se sintieron ofendidos y no quisieron aceptar el dinero. La mayoría, sin embargo, lo aceptó. Por la noche, tras pasar un buen rato lavándose las manos con jabón, como después de una tarea extremadamente sucia, mi padre se sentó a la mesa y arrancó del cuadernito los tres gastos que habían supuesto una carga: ataúd, aguardiente, comida. Luego me habló una hora entera sobre lo importante que es en la vida hacer borrón y cuenta nueva.

No nos resultó fácil. Comer comíamos bien, siempre se las apañó en la cocina, pero, más allá de eso, no sabía qué hacer con una niña cualquier día que no fuera domingo. Él se había acostumbrado a salir de casa temprano y regresar tarde o no regresar, y yo me había acostumbrado a tener madre. Como observé desde los primeros días, él ni siquiera tenía ropa de andar por casa. Todas las «operaciones de traslado» las hizo vestido con pantalones de traje y una camisa blanca arremangada. No se puso corbata, eso sí.

Recuerdo con una claridad dolorosa la primera vez que eché en falta a mi madre. Había salido del baño y tenía los ojos llenos de lágrimas. Él no solo había dejado en la residencia la bañerita y los patos, sino que se había negado en redondo a comprarme el champú con el que no picaban los ojos, a frotarme la «espaldita» o hablar conmigo, como había hecho mi madre hasta entonces. De los cuentos antes de dormir no tenía ni idea. «La casa está llena de libros», me soltó por encima del hombro, y me mandó a la cama.

En septiembre, convencido de que así se libraría de mí y de que todo volvería a ser como antes, me apuntó al parvulario. Pero no lo fue. Las cosas fueron incluso peor. El parvulario era ruso, los niños no me entendían y él discutía con las educadoras cada mañana, lo que me convirtió rápidamente en una paria. No iba bien vestida, me mandaba allí despeinada y sin lazos, y por la tarde era el último en venir a recogerme, mucho después del cierre. Un par de veces, para escarmentarlo, las monitoras me dejaron con el guarda. Pero esto no solo no lo volvió más responsable, sino que lo animó a demorarse todavía más, contento de haber encontrado una solución.

El problema principal, sin embargo, era otro. Yo lo intuía y había empezado a sentirlo en mi propia piel. Por mi culpa, mi padre ya no podía viajar, y eso lo sacaba de sus casillas. Un domingo, sin paños calientes, me preguntó si estaría dispuesta a quedarme sola en casa tres días. «Con comida, con la tele, con todo», me dijo, como si estuviera recitando un poema, y yo me eché a llorar. Acababa de cumplir seis años, apenas conocía el nuevo barrio. Todo lo que me rodeaba era desconocido y no tenía amigos. Además, aunque él no lo supiera, mi madre se aparecía cada noche junto a mi cama y me preguntaba qué había hecho él ese día. ¿Qué camisa se había puesto? ¿Olía a tabaco? ¿Había bebido? ¿Con quién? Mi reacción lo decepcionó profundamente, me di cuenta al instante. «Si te vas a poner así, no hay más que hablar», farfulló, y durante una temporada así fue.

En cambio, mi padre era sorprendentemente apreciado por los vecinos. Tenía para cada uno una palabra de ánimo, un consejo, una explicación. No pasaba nunca junto a una mujer sin reparar en sus ojos o en el corte de su vestido o en lo extraordinariamente sano que tenía el cabello y, con toda seguridad, también las encías. Mi padre piropeaba incluso a los perros: «Mira, Mila, qué perro tan azulado, y qué

pecho tiene, ¡como una hogaza!».

Sin embargo, lo respetaban sobre todo por sus consejos médicos. Tenía pasión por las plantas y estaba obsesionado con los medicamentos, una combinación peligrosa que le permitía hablar sobre males y enfermedades incurables durante horas y horas, como un médico jubilado. A las vecinas les recomendaba remedios para los dolores menstruales y las hernias, y a los vecinos les decía cómo tratarse la próstata y las micosis. «Aquí tiene, Maria, le he apuntado la receta de una tintura de caléndula que hace milagros», o «Anton, ¿ha probado a masajearse la zona con llantén?». Por desgracia, yo no era una niña enfermiza. Muchas veces he pensado que, si me hubiera puesto enferma más a menudo, tal vez nos habríamos acercado más. Aunque, cuando me resfriaba como los demás niños, se limitaba a prepararme una infusión de frambuesa y me decía que me quedara tres días en la cama, no más, para que la enfermedad no anidara en mí.

La solución llegó en invierno gracias a una vecina médica que también criaba sola a su hijo. Al ver los esfuerzos que teníamos que hacer, cómo mi padre me sacaba por la mañana a la puerta como una locomotora y cómo me traía de vuelta del parvulario por la tarde con cara de mártir, Dina Andreevna le dijo que sería más sencillo mandarme a la escuela, porque en el colegio podría quedarme después del horario escolar. Al día siguiente, mi padre habló con la directora. «Va a cumplir siete años en julio, no es para tanto», dijo en tono autosuficiente y la directora estuvo de acuerdo. Ciertamente, no era para tanto. De todas formas, yo me sabía todas las letras y contaba bien hasta diez: mi madre solía contar con los dedos, hasta diez, todas las oportunidades que había perdido en la vida por mi culpa, y eran diez. Periodista, fotógrafo, viudo…, todo eso también contó a favor de mi padre.

El hijo de la doctora se llamaba Malik. Era un niño menudo y callado, y cuando se emocionaba o se asustaba por algo, repetía las palabras. Duele-duele, bonito-bonito, coche-coche. Malik era tres años mayor que yo, pero nos volvimos inseparables enseguida y todo lo hacíamos juntos. Él me protegía de los perros y me ayudaba con las matemáticas, yo le forraba los libros y le resumía las lecturas obligatorias. Pero lo que más hacíamos era salir al balcón, comer pipas de calabaza y jugar «a las personas». Era distinto a cuando jugaba con mi padre. Las personas de Malik no eran nunca plantas, estaciones del año o virtudes, solo coches. La mujer, un Kamaz; el viejo, un Mazda; el policía municipal, un Opel. Para Malik, cualquier cosa tenía un código técnico, y su divisa suprema eran los *fantice*[11] de los chicles Turbo. Estaba loco por ellos; una vez me dijo que su objetivo en la vida era alcanzar los mil coches, y lo consiguió. La última vez que fui a verlo a Lyon, me enseñó una carpeta de plástico con mil cromos. Algunos los recordaba de los años de escuela. Otros eran más nuevos y más cuadrados, con números escritos a mano en la esquina derecha. También tenía motos, pero no las había contado. Había contado solo los coches, y eran justo mil.

Cuando yo tenía que hacer los deberes y escribir mi diario, Malik murmuraba «vale, Mila» y encontraba de inmediato algo que arreglar por casa con el destornillador. A mí no me gustaba llevar un diario, pero mi padre me obligaba a escribir cada día por lo menos dos páginas y me pedía que le leyera «las anteriores». Nunca estaba satisfecho conmigo. «Has hecho una descripción escueta del jueves. ¿Cómo que hizo buen tiempo?» Él quería que utilizara comparaciones y metáforas, pero sobre todo oxímoros, que le gustaban incluso más que la bebida. Con el tiempo, le pillé el tranquillo y empecé a llenar páginas y páginas de «silencios ensordecedores», «dientes de león lechosos como vacas» o «liebres con orejas como las de Eduard Dudcă».

También Dina Andreevna pasaba todo el día fuera. Una mujer pecosa, con un seno amputado, exhausta y sudorosa. Me daba la impresión de que volvía a casa no para cuidar de Malik, sino para que él cuidara de ella. Le había enseñado desde pequeño a cocinar y a lavar la ropa, y él siempre cocinaba de más. «Por si viene mami», decía avergonzado mientras pelaba otra patata o añadía más macarrones a la leche.[12] «Los vestidos de mami», les explicaba a las vecinas cuando salía a tender la colada lavada a mano. «Te pareces a mi madre», me decía a menudo, seguramente por las pecas; otra cosa no tenía por aquel entonces. Y, aunque no me sentía halagada por la comparación con una mujer a la que consideraba vieja, nunca se lo reproché, porque sabía que lo decía por amor. Ningún niño ha querido a su madre como él quería a la suya. A Fiódor, su padre, lo conocí al año siguiente, cuando vino de visita diez días. Era marino mercante y tenía otra familia en Jabárovsk.

Los primeros años pasaron deprisa. Era buena estudiante, me llevaba bien con mis compañeros. Nuestra maestra era una persona decente y no esperaba, como las demás, propinas ni obsequios. Ante su puerta nunca había padres con regalos. En cierto sentido, también eso fue una suerte, porque, después de matricularme en la escuela, mi padre no volvió a poner un pie allí en diez años. Estaba terriblemente ocupado. Las reuniones del Frente Popular. El trabajo. Las borracheras. Estaba en todas partes, luchaba por todo. Por la lengua, por la unificación con Rumanía, por las reediciones, las reestructuraciones, las rehabilitaciones. Mientras él y sus amigos luchaban, otros, más listos, decidían. El tiempo demostró que la segunda opción era la mejor, porque decidir requiere una simple elección, mientras que luchar implica un credo.

Lo apreciaban mucho en su trabajo. Los periódicos habían adoptado el alfabeto latino, necesitaban redactores y correctores de estilo. Los periodistas jóvenes no sabían escribir correctamente, la mayoría procedía del sistema soviético, así que él les ayudaba.[13] Les preparaba listas con los errores más frecuentes, les llevaba diccionarios y les recomendaba «lecturas». Mi padre conocía el rumano mejor que los demás, podía hacer incluso traducciones del ruso o del ucraniano. Trabajaba cada vez más y en más sitios todavía. Le pagaban lo mismo, pero el dinero no le interesaba. Decía que eran los años más hermosos del país, «sin comunistas y sin lagartijas». Sus años de gloria, en los que jugó con las palabras como le vino en gana, si bien no con las más grandes y no ante quien era necesario. Mi padre, tan inteligente, muerto con todas las palabras dentro.

Cuando regresaba a casa cargado de bolsas de comida, casi siempre de madrugada, torturaba la cerradura de la puerta, se dirigía directamente a la cocina y se quedaba allí hasta la mañana. Yo fingía dormir para no disgustarlo, pero escuchaba con el corazón en un puño cada ruido que traspasaba la gruesa puerta de vidrio, intentando adivinar qué estaba haciendo. De costumbre, me preparaba la comida para el día siguiente, escribía, traducía, dibujaba. Cuando me despertaba para ir a clase, él ya se había marchado y yo volvía a ser una niña sin padre, volvía a sentir nostalgia de mi padre.

En la mesa encontraba arroz con leche o sémola con leche o buñuelos con leche, y siempre una tila en una tetera de metal, envuelta sin falta en un paño de felpa para que conservara el calor. No sabía que yo nunca desayunaba, un hábito que mantengo incluso hoy en día, y que entraba en la cocina solo por sentir su aroma. A tabaco y a leche, así olía mi padre, mi padre, tan precioso como las grullas.

Me instalaba con los ojos cerrados en la silla en la que se había sentado él y me imaginaba lo que había pensado mientras me preparaba aquellas exquisiteces. Me preguntaba si me consideraría guapa, si

me consideraría lista, si me consideraría lo suficientemente buena como para poderle decir algún día al mundo entero que yo era su Mila, su hija, su niñita.

Aparte de comida, encontraba otras cosas. Hojas arrugadas con poemas inacabados, retratos de amigos dibujados a cera y toda clase de notas escritas a lápiz en tiras de galeradas. «Mila, en la cazuelita tienes la salsa» o «Hay que lavar estas zapatillas» o «Mila, los amigos son como brotes de espigas».

De Malik me gustaba todo y nada. Era un chico, eso menos. Era formal, eso más. No sabía hablar y no entendía de libros. Preparaba, en cambio, unas tortillas de muerte y sabía vendar una herida. Me resulta difícil describir nuestra relación de entonces. Éramos, evidentemente, mucho más que un hermano y una hermana, pero no habíamos empezado a dormir juntos todavía.

Ni siquiera más adelante significaría el sexo gran cosa para nosotros. Tanto él como yo despreciábamos nuestros cuerpos. Los considerábamos inferiores respecto a lo que podíamos hacer con la mente y estábamos convencidos de que, por su culpa, la gente no nos valoraba como merecíamos. Hoy me parece extraño que, mientras que a nuestro alrededor nadie hablaba abiertamente sobre sentimientos, nosotros dos no tuviéramos ningún sentido de la vergüenza. Andábamos desnudos por casa, nos quitábamos mutuamente los granos y nos arrancábamos con los dientes las hebras de vello que crecían enquistadas. Con Malik me compré mi primer sujetador. Él me explicó lo que tenía que hacer cada mes para no empaparme de sangre. A él se lo mostré por primera vez.

Lo que más me gustaba era bañarnos juntos. Él era el primero en tumbarse en la bañera, para que el calor no me quemara la espalda, y yo me acostaba sobre él, en sentido contrario, y apoyaba los pies en su pecho. Con lo que sé ahora —después de mucho tiempo tratando de comprender cómo empezó todo—, diría que ambos éramos asexuales. Aunque no creo que fuéramos ni eso. Aparte de aquella desnudez resbaladiza, que no exigía esfuerzo alguno y estaba al alcance de la mano, la carne no nos interesaba en absoluto.

Una sola vez, ya en París, mantuvimos lo que podría denominarse una conversación sobre sexo. Los dos éramos pobres, nuestro orgullo estaba hecho añicos. Quedábamos una vez a la semana para emborracharnos y para odiarla a *Ella.* Malik me preguntó si yo sería capaz de practicar sexo por dinero y yo le respondí que sí. Entonces me preguntó si sería capaz de acostarme con una mujer y respondí que sí de nuevo. ¿Y con dos a la vez? ¿Y con un hombre malo? Estábamos tan borrachos que no nos importaban las palabras, las soltábamos al azar; de todas formas, nos entendíamos. Sin embargo, todo aquel mal-mal suyo me dio que pensar y le pedí que me jurara que no se había metido en ningún lío con los magrebíes. Le dije con toda sinceridad que para mí no había diferencias respecto a quién entregarme, hombre, mujer, joven, anciano; lo importante era que la persona a la que tenía enfrente me quisiera de verdad. «Yo pienso lo mismo —dijo él entonces—, yo pienso lo mismo.»

Aquellos fueron unos tiempos extraños, y nosotros fuimos más extraños si cabe. No conozco otros niños que crecieran así, en una libertad total, sin reglas ni límites. En la escuela, alardeábamos de que a nosotros no nos llevaba nadie, de que éramos nuestros propios amos, pero la vida demostró lo contrario. Aquella libertad nos quitó más de lo que nos dio. Entonces nació Zavodskaia. Entonces nació Lyon. Entonces brotaron en nuestra mente pensamientos y placeres que nos desgarraron por dentro con el paso de los años. Una niña sin madre y un niño sin padre. Se daba por hecho que estaríamos siempre juntos.

Ayer, cuando regresamos del centro, Haim se descalzó ruidosamente y se dirigió a su habitación. Se sentía humillado, pero me daba igual. Desde hace unos meses discutimos casi todos los días, siempre por culpa de «mis amigas vulgares». Esta vez sí que hemos discutido por una tontería. Le conté que Fima había ido a ver cómo había quedado la renovación de Notre-Dame, y que no le había gustado. «Nuestra iglesia es más bonita. Tiene más iconos y más candelabros de oro», me dijo ella, y yo se lo transmití a Haim palabra por palabra, creyendo que nos reiríamos los dos.

Sin embargo, él se enfadó y pasó al ataque. Fima es una inculta, una salvaje que no ha leído un libro en la vida pero se permite opinar. Una creyente fanática, Fima. Una delincuente que roba zanahorias en las tiendas. Una estúpida. «Por culpa de gente como esa no sois apreciados por aquí los de Europa del Este.» En cierto sentido, nada nuevo, si no hubiera sabido a qué se refería.

La semana pasada, Cora regresó de la plaza con el bolso rajado y sin dinero. Había perdido cincuenta euros —de todas formas, nunca lleva más—, pero gritaba como si hubiera perdido quinientos. Por supuesto, era culpa de los inmigrantes, porque durante toda su juventud, incluso en tiempos difíciles —difíciles para quién, me pregunto yo—, a ella no le había robado nadie. Haim le preguntó, divertido, por qué estaba tan segura de que el ladrón había sido un inmigrante, y ella respondió que un francés no le habría rajado el bolso, que así solo actúa la chusma balcánica. «¿No has visto en la tele que todas las redes criminales son de allí? Perdona, Mila, pero es la verdad.» Entonces Haim se las dio de gran geógrafo y le recordó que Moldavia no está en los Balcanes, y yo, más divertida todavía, le pregunté por qué pensaba que los carteristas eran de Moldavia. En conclusión, ayer acabamos fatal, pero no me da la gana de que meta a Fima en el mismo saco que a los traficantes de droga.

Luego, arrastrado por la corriente, Haim empezó a insistir también en mi degradación. «Relajación», como la denominó él sutilmente. «Mila, es demasiado pronto para que te relajes», y empezó a sermonearme con consejos hasta que lo dejé plantado en el banco y le dije que, puesto que conocía tan bien la ciudad, podía volver a casa solo. Regresé, por supuesto; yo no lo dejaría tirado así. Sin embargo, él siguió gritándome y terminó lanzándose a un monólogo alucinante que no había manera de interrumpir. En un momento dado, y eso sí que no me lo podía creer, se puso como ejemplo a sí mismo: que él había llegado a París sin hablar francés, pero que había salido adelante gracias a su ambición.

Yo quería decirle que había salido adelante gracias a Cora, no a la ambición, gracias a Cora y a su padre, que le facilitaron un primer contrato y lo promovieron en toda clase de consejos de administración; tal vez no abiertamente, pero se sabía que era su yerno, esas cosas siempre se saben. ¿Y qué gran ambición le hizo falta para mantener una vida ya montada, con apartamentos, con muebles, con una casa de verano a su disposición cuando se le antoje? Una vez oí contar a Cora que su padre le había regalado incluso los trajes de Fabrice, su difunto hermano, porque tenían la misma estatura. ¿Ha tenido Haim algo suyo, ganado y perdido, como mi padre? ¿Ha vivido él en casetas de obra, comiendo comida caducada y llenándose de lombrices como Malik?

Estábamos juntos cuando lo ingresaron en el hospital. Había empezado a vomitar sangre y lo llevé a urgencias por la fuerza. Le encontraron parásitos y le dio por bromear con que a él no se lo iba a comer

una lombriz, que se tomaría un aguardiente y la echaría, pero el médico le agarró la mano y le dijo con severidad «sí que te va a comer», y que no era solo una. Cuando me mostró las radiografías, me dieron ganas de vomitar. Una infestación semejante solo es posible cuando alguien come de la basura. «¿Tú comes de la basura, Malik?», le pregunté yo, y él rehuyó mi mirada. Comía, comía lo que pillaba. En fin, eso tampoco quiero recordarlo.

Ambición. Haim no tuvo que desear siquiera platos o una almohada. Nunca olvidaré el día en que fui a IKEA a comprar cosas para la casa, mis primeras cosas de persona adulta. Tenía cuarenta y cinco años, y hasta entonces solo había vivido en pisos de alquiler, en casas compartidas o con amigos que se ponían enfermos cuando veían mi número en el teléfono. «Mierda, otra vez Mila.» «No respondas, que es Mila.» «Que le den por culo, ya está otra vez sin casa.»

Compré entonces algunas cosas básicas. Cuatro platos, un juego de cuatro cubiertos y tres vasos, porque eran de esos que se vendían de tres en tres, y seis eran demasiados. Cuando llegué a las almohadas y vi cuánto costaban, me compré un cojín, barato, de rebajas. Estaba todavía al principio de la lista, pero ya me había gastado unos cien euros. Me quedaban el baño, unas ventanas podridas que había que cubrir con algo, el suelo desnudo. Me eché a llorar allí mismo, con el cojín en el carrito y la ambición enrollada.

Lloraba, pero me sentía feliz. Contaba, por fin, con un espacio propio. No tenía que andar de puntillas en apartamentos ajenos, mear de noche poniendo la mano para no hacer ruido, salir al balcón con la excusa de que tenía calor cuando lo que quería era tirarme un pedo, porque por culpa de la menopausia me tiraba pedos y me apestaba el sudor. Pero sobre todo, sobre todo, no me veía obligada a recompensar la caridad de los demás. Ni siquiera me preguntaban si podía ir, si tenía tiempo, si me encontraba bien. Cuando necesitaban mano de obra gratuita, me llamaban para decirme que fuera, que fuera, que me necesitaban. Cuidar niños, limpiar casas, alimentar mascotas. Mila, Mila, Mila.

«No me relajo, Haim. ¿Pero qué quieres que haga?», solo eso pude replicar, como si él no supiera que hay miles de jóvenes con estudios recién terminados que ni aun así encuentran trabajo, solo avanzan en la cola del paro. ¿Quién me contratará a mí, una taruga, por más que pueda y que sepa? No me contrataron a los veintiocho, cuando todavía parecía una intelectual e incluso tenía cierta ambición. Entonces me partieron las piernas con la burocracia. Luego, tampoco me contrataron a los treinta y cinco, con papeles, tenía papeles, dirección, contrátenme. Quisieron en Lidl, en Auchan, pero tampoco del todo.

Cuando nos calmamos los dos, Haim habló en tono benevolente. Me propuso que me presentara a las oposiciones para ser funcionaria, que encontrara un trabajo con el que poder jubilarme y que empezara a moverme en otros círculos, con otra gente, sin Fima. Esas fueron exactamente sus palabras, tal cual. «Si empiezas, te ayudaremos nosotros. Tienes que empezar, Mila.»

Desde entonces estoy dando vueltas a sus palabras. En parte tiene razón, pero no del todo. Hace veinte años, sí, habría tenido sentido empezar; ahora, sin embargo, ¿qué voy a empezar tan cerca del final? La gente puede cambiar de vida a los cincuenta, pero no desde los cimientos y no sin un objetivo. Ganaré lo mismo y, además, ¿quién sabe qué pasará con mi enfermedad dentro de un año? En momentos así, lamento no haberle hecho caso a Nina y no haber vuelto a casa. Tenía el dinero del piso de mi padre, ella me habría alojado. Y Liduţa está sola, pero vive. Me las habría apañado.

Por la tarde fui a casa de Fima para hablar del cumpleaños de Malik. Dónde celebrarlo, qué vamos a

hacer. Lenuţa había prometido que vendría si la avisábamos con tiempo, pero en el último momento envió un mensaje diciendo que no iba a venir. Se le está subiendo su sacerdote a la cabeza, pero no quiero estropearle la ilusión. Reconozco que yo fui donde Fima sobre todo para enterarme de si el Cerdo mantiene su plan de ir a Burdeos. ¿Va solo, irá con Marta? Me gustaría estar segura de que va a ir. Si se lo piensa mejor y se queda, todos mis meses de preparativos habrán sido en vano, y no creo que tenga fuerzas para volver a esa casa por tercera vez.

Podría haber llegado más rápido, pero me bajé dos paradas antes para pasear un poco por su pomposo barrio y pensar en mis cosas a mi aire. Hace seis años, Fima se mudó a una *chambre de bonne* del distrito XVI y se convirtió oficialmente en la mejor «instalada» de todos nosotros. No lo habría conseguido sola ni en mil años, pero la propietaria tiene una madre anciana en el mismo inmueble, y su acuerdo fue que Fima pagara un precio simbólico al mes a cambio de ir tres veces por semana donde esa señora: limpia la casa, hace la compra…, la ayuda, en resumidas cuentas. Tanto Lenuţa como yo hemos intentado convencerla de que no se conforme, porque así son todos los franceses ricos, te prometen la luna y luego te descuentan del salario hasta las horas que duermen los niños. No es broma. Algunas familias se niegan a pagar a las cuidadoras las horas de sueño de sus hijos, porque entonces ellas pueden descansar. Pero parece que nos equivocamos.

Fima se lleva bien tanto con la dueña como con su madre, se lleva bien incluso con la conserje, que se comporta con los demás como una mercenaria. Lo que más me asombra, sin embargo, es que ha encontrado una lengua común con sus vecinas delgadas y gangosas como yeguas, que miran por encima del hombro a cualquier mujer de más de cuarenta kilos, y eso que Fima pesa por lo menos cien. Todas aman a la gordinflona, la escuchan encantadas criticar a otros espantajos y le regalan cosas estropeadas, que ella arregla luego en la iglesia y reutiliza como nosotras. Eso hizo Fima con la cafetera exprés para baristas, con una tostadora *vintage* y con una batidora portátil. Por no mencionar las alfombrillas de baño y las jarras filtradoras de agua; tiene mil.

Fima me recibió riendo, y me alegré como una niña cuando me llegó el olor a berenjenas asadas, a pimientos fritos, a crisantemos. «¿Has asado berenjenas, Fimuţa?», pregunté mientras me descalzaba en el trapo húmedo de la puerta, y cuando entré en la cocina y vi aquella mesa colmada, me dieron ganas de comérmela a besos. Había hecho incluso *mămăligă*[14] y pastel de hígado, y *şuba*,[15] y en un cuenco cubierto con un paño me dijo que tenía empanadillas de queso. No consigo entender cuándo había podido prepararlo todo.

Fima me confirmó que allí todos estaban «listos para el viaje» y que este año, puesto que es una cifra redonda, Frédéric le había comprado a su madre un billete para un crucero o algo así, no se había enterado bien. Si no me cayera tan mal, lo pondría como ejemplo de amor filial. En los veinte años que hace que lo conozco, no recuerdo que haya faltado una sola vez al cumpleaños de su madre. Fue a Burdeos incluso aquel otoño en el que se cayó de la moto y se rompió la pierna por dos sitios. Los médicos le recomendaron que guardara cama la primera semana, y él les dijo que por supuesto, que se quedaría tumbado, que no tenía intención de conducir seis horas, solo que iría tumbado en el coche. Recuerdo que *Ella* estaba en ascuas porque era peligroso, le dijo que tenía que pensar también en su propia familia. En el fondo, rabiaba porque no la había llevado nunca a Burdeos. Quería meterse también debajo de la piel de la vieja, embrujarla como había hecho con él, pero Frédérique —porque así se llamaban, Frédérique la madre y Frédéric el hijo— le soltó a la cara que ella no recibía a putas en su

casa. Por aquel entonces no tenían a Marta. Él quería hijos, *Ella* se lo estaba pensando, discutían sin parar. «Nadie, pero nadie en este mundo es más importante que una madre», le dijo él entonces. «Si tuvieras un hijo, tal vez llegarías a entenderlo.» Y descargó tres películas en el iPad y se largó. Como decía antes, merece todo mi respeto.

—¿Qué tal está *Ella?* —le pregunté, cuidándome de parecer demasiado curiosa, con la intención de que le transmitiera mis palabras. Estoy convencida de que tampoco Fima es trigo limpio y de que no duda en chismorrear sobre mí en cuanto se le presenta la ocasión. Cuando yo me marché de allí, se pegó a ellos como una garrapata y ahora les exprime todo el dinero que puede. Que los exprima. Antes que darle el dinero a una desconocida, que se lo lleve una de los nuestros. Además, así me entero yo de algo.

—Aparte de llevar la casa —me dijo Fima, igual de cuidadosa—, se dedica a criar a su hija.

No creo que mi visita cambie demasiado las cosas. Después de todos estos años, somos, seguramente, más desconocidas y más diferentes, y, sin Malik entre nosotras, el único que sabía rellenar nuestros vacíos, los recuerdos de la infancia empiezan a parecer fotografías quemadas con un cigarrillo. Haim me reprende por haber ido a verla en balde, dice que nada va a reconciliarnos, pero yo pienso que, con todas las cosas que he hecho en balde, con lo inútil que ha llegado a ser mi vida, poco importa ya una inutilidad más o menos.

Me gustaría hablar con *Ella* mientras yo sepa todavía con quién hablo. Preguntarle por el perro, hablarle de Lyon. Ver a Marta. Me encantaría ver a Marta. Aunque no me guste cómo se ha criado, además de que no es culpa suya, fue mi primera hija. Hay algo en esa niñita que hace que me sienta fuerte y confiada en el día de mañana. El apetito con el que come, el ímpetu con el que mete las manos en el hocico de un perro, la facilidad con la que mira a los ojos a una persona hasta que esta cede y hace lo que le haya pedido. No sé qué habrá heredado de sus padres —es, por supuesto, guapa y todo eso—, pero en lo más profundo de mi alma me gusta pensar que, a partir de las historias que tantas veces le conté yo, Mărtuţa descifró todos mis miedos y juró destruirlos.

Cada miércoles, la esposa de Haim me alimenta con *flodni*[16] y me repasa. Alaba mis caderas anchas, que no paran de ensancharse, por su piel firme y brillante. «Eres una pececita —me dice—, una pececita.» A veces, su mano, torpe por culpa del reumatismo y los anillos, se cuela bajo mi vestido, me agarra los pechos y los amasa. «Son demasiado pequeños. No tienes ni pezones ni nada por arriba», y entonces me mira apenada, como si fuera una taza nueva que se ha agrietado. «Tenemos que pensar algo.»

Para llegar aquí a las ocho, como quiere ella, viajo una hora en autobús, cuatro paradas de metro, cruzo un puente a la carrera y subo cinco pisos. Trabajo aquí desde hace cinco años, me paga desde hace tres, y durante todo este tiempo, yo espero a que ella muera y ella intenta encontrarme un hombre.

—¿Y si te compro algo de oro? ¿Algo que se vea? —En esta casa, las cosas que se ven siempre por delante.

Pienso en el anillo de alejandrita de mi madre, la única joya que conservo. Me metía con él debajo del edredón, recitaba mentalmente la tabla de multiplicar y esperaba a que la piedra cambiara de color. Nina me metió en la cabeza que, si la piedra estaba verde, eso significaba que allí arriba mi madre estaba triste y que tenía que alegrarla haciendo algo útil, obligatoriamente a oscuras, hasta que el verde se volviera rojo. Para la simplona de Nina, para su imaginación de costurera, fue una idea brillante. Sus cuentos siguen siendo, incluso hoy, las fantasías más bellas de mi infancia demasiado breve. Simples, claros, sin mensajes ocultos ni grandes enigmas que resolver. Los buenos, los malos, un zorro traidor.

Mi padre, por supuesto, los despreciaba. Se lo llevaban los demonios y no consentía que se los repitiera. «Solo los moribundos cuentan historias fantásticas», se lamentaba por casa cuando nos veía acurrucadas una junto a la otra, contando cuentos o, todavía peor, leyendo algún libro recomendado en la escuela. «Mal escrito, mal ilustrado, un folleto», me gritaba a mí, porque, de todas formas, Nina no lo habría entendido. Me animaba a leer más, con más profundidad, «¡con el ojo de la mente!», y, por supuesto, a escribir sobre todo lo que sentía. «La escritura como medicina, la escritura como venganza», escribir y escribir, ese bastardo al que quiso más que a mí, con el que violentó a todas sus mujeres y con el que trató de emparejarme también a mí, solo para sentirse un hombre realizado. La única vez que me puse el anillo de mi madre fue cuando Malik me llevó a Odesa para quedar con *Ella* y comer cangrejos. Por aquel entonces, me parecía feo, e incluso lo era. Los jóvenes llevaban plástico y metal. Éramos jóvenes, carne fresca. Ahora no me cabe en ningún dedo.

—¡Sin pestañas, sin color!

Su voz como una legra envenenada hurga en mi interior y siente lástima por mí. Si pudiera, me separaría las piernas y lloraría también ahí. Me llenaría de lágrimas la mujer de Haim. Cada vez que sacude la cabeza, mi vida pierde un placer, una alegría, un parto. Un poco más y mi útero todavía inutilizado se secará del todo y rodará por su parqué reluciente.

—Tal vez puedas ganártelos con la boca, ¿o te da asco?

La veo cansada y sé que ya no queda mucho. Me levanto de la silla y abro la ventana de par en par. Fuera huele a azúcar quemado y a pintura fresca. Al fondo del sendero, Anaïs vende sus gofres y, junto

al canal, unos hombres han empezado a pintar el carril bici. El antiguo se ha borrado por completo en verano y ha acabado como una raya delgada de leche.

—Deberíamos salir enseguida —grito desde la ventana abierta—, va a llover.

Sé que nos escucha desde el dormitorio. Su frente pegada a la pared, su mano tendida hacia mi voz. Se ha afeitado. Y se ha perfumado el cuello con lavanda. Y se ha abotonado la camisa hasta arriba. O tal vez no. Tal vez hoy se demore por otros motivos.

Regreso a la mesa como a un funeral. Su rostro salpicado de manchas es todo boca. Me la imagino de noche, con su joroba desnuda entre sus rodillas huesudas, ahogándose, rogándole que pare. Muerdo un trozo de *flodni* como si fuera su cuello anciano.

—Probaré con la boca —respondo—, no me da asco.

Lo oigo salir de la habitación y me levanto para ayudarle. A ella le doy de nuevo las gracias por los *flodni*. Nunca le he dicho que están secos y que huelen a perro, que pone demasiado azúcar y muy pocas semillas de amapola, que debería echarles mantequilla, mantequilla derretida, vieja estúpida y podrida, no aceite rancio. Todos estos años, todos estos miércoles, no le he dicho nada a la mujer de Haim.

Desde que decidí ir a verla, aparte de que no consigo terminar ninguna tarea y deambulo por casa como un fantasma, estoy intentando recordar todo lo posible sobre nosotros tres a la edad de Marta. Qué comíamos, cómo nos vestíamos, qué hacíamos los sábados. Hay mucho que recordar. Son dos vidas que recordar. La primera, una vida corriente, en la que yo iba a terminar los estudios, hacerme periodista, casarme con Malik y mudarme con él a la habitación de su padre, porque para entonces él habría encontrado a una mujer con casa o habría muerto de cirrosis. Y la otra, salvaje, vergonzosa, provocada por *Ella* como una enfermedad exótica de la que no conseguimos curarnos jamás.

No sé si la primera vida habría estado mejor. Solo sé que, aquel verano en que *Ella* irrumpió en nuestro patio con su belleza, con sus heridas, con sus manzanas verdes —como una bruja joven disfrazada de luz—, Malik y yo lo perdimos todo. En primer lugar, la cabeza. Luego, uno tras otro, el corazón. Y, al final, lo más precioso que habíamos tenido nunca: la amistad.

Tras su llegada, Malik no volvió a ser el mismo. Nada volvió a ser lo mismo. Aquel equilibrio frágil de cuidados y afecto que habíamos construido como arquitectos de nuestro futuro se resquebrajó, y a través de esa grieta en nuestra vida se coló la podredumbre. Ni siquiera hoy, después de más de treinta años, puedo describir sin caer en el ridículo lo que sentí cuando se acercó a nosotros y nos ofreció manzanas. Alegría, miedo. Pero, ante todo, por encima de todo, una necesidad casi física de abandonarnos a su fuerza y someternos, aunque eso solo nos hiciera sufrir.

De los nuevos vecinos habíamos oído hablar ya en invierno, y solo cosas malas. Unos decían que estaban todos muy enfermos. Otros, que estaban malditos. Dina Andreevna averiguó que eran unos criminales, y el hecho de que hubieran conseguido comprar su apartamento, cuando nadie había oído hablar todavía de las privatizaciones, lo decía todo.

Teníamos miedo. Nos aterrorizaban aquellos monstruos, que no personas; sus crímenes secretos, sus enfermedades insólitas, pero lo que más nos aterrorizaba era que fueran vampiros de energía. El doctor Kaşpirovski[17] nos había enseñado a todos cómo era el perfil de un vampiro de energía, y a ellos les iba como anillo al dedo: criaturas desgraciadas, con traumas, que vivían mejor que los demás porque se alimentaban de energía humana. Confiábamos en que no lo fueran, pero si lo eran, pensábamos nosotros, habían llegado en el momento perfecto. Nuestra conciencia estaba fortalecida, y la autosugestión, programada para la victoria.

Precisamente ayer me dijo Fima que Kaşpirovski ha retomado el *business.* Tiene ochenta y cinco años, el mismo corte de pelo y más fuerza que antes. No sé qué mentes lavará ahora, pero en aquella época no había en nuestro patio un alma que no hubiera visto sus sesiones de hipnosis televisadas. Y no niego que incluso allí se produjeran cambios, pero no como en otras partes, donde los enfermos se curaban del cáncer y de la próstata, de diabetes y de hepatitis, y el lupus y otras enfermedades autoinmunes desaparecían por completo tras una sola emisión.

Escuchábamos con el corazón en un puño los telegramas enviados desde toda la Unión Soviética, que el doctor leía en el plató con modestia, procurando parecer impasible ante aquellas noticias verdaderamente extraordinarias. «Milagros», se diría hoy en día; «факты»,[18] decía él entonces. En la

aldea de Veşka, a un anciano «se le habían empastado los dientes al instante» y se le había «desencanecido» el cabello, y, desde una granja de Cheliábinsk, un telegrama trajo la maravillosa noticia de que una anciana había dejado de tartamudear y había dado a luz a los setenta años. Malik juraba que le había desaparecido un lunar de la tripa, pero la más ilusionada era Dina Andreevna. Ella confiaba en recuperar su pecho amputado y veía los programas sin sujetador, pegándose de vez en cuando a la pantalla para que el efecto fuera mayor.

Mi padre fue el único vecino que no sucumbió a la histeria colectiva. A Kaşpirovski lo catalogó como «timador de raza», y me recomendó que, en lugar de escuchar a «rasputines ateos», leyera a la inigualable Maria Treben, cuyos libros ya había comprado él; los tenía en la redacción.[19] A mi padre no le llevé la contraria, pero yo también me planté delante del televisor con un frasco de tres litros de agua, para «cargarla», y me la bebí a lo largo de un mes, confiando en que me crecieran los pechos. Dina Andreevna había cargado tantos tarros de agua por la casa que habría podido llenar una piscina.

Había pasado la mitad del verano, un verano polvoriento en la ciudad durante el que no ocurría nada, ni siquiera la lluvia o alguna enfermedad. A nuestro alrededor no había ni rastro de niños. La gente estaba de vacaciones y solo en algunos patios se adivinaba algo de vida. Viejos jugando al dominó, mujeres preparando encurtidos. De vez en cuando, las dos recogedoras de vidrio que seguían la estela de los borrachos en busca de botellas. Mi padre llevaba una semana de viaje por los pueblos de Moldavia. Había conseguido unos fondos de la Academia de Ciencias y estaba preparando un catálogo «superbísimo» de oficios populares. A casa venía solo a lavar las camisas y a preguntarme qué había leído.

Tampoco a Malik le iba mejor. Dina Andreevna trabajaba en dos turnos; a Fiódor le había sucedido algo en el trabajo y le había escrito que ese verano no podría venir a verlo. A él no le importaba. Él, a diferencia de mí, vivía de cualquier manera y en cualquier sitio, como el moho. Veía la televisión todo el día, comía helado o quemaba las pelusas de álamo que se acumulaban entre las casas.

«Malik, ¿crees que estoy demasiado delgada?», le pregunté yo aquella desafortunada mañana, después de pasarme una hora entera delante del espejo y de medirme por todas partes con una escuadra. Había leído en una revista que la mujer perfecta debía tener las uñas cuidadas y la piel limpia, y medir 90-60-90. Yo había alcanzado con gran esfuerzo la mitad de esos centímetros.

Confiaba en que me dijera algo alentador, como hacía yo cuando él me preguntaba si tenía orejas de soplillo o los labios demasiado gruesos. Estaba arreglando un transistor y tuve que preguntarle por segunda vez: «Malik, ¿crees que soy fea?». Me respondió solo cuando terminó de pegar unos cables y se colocó las gafas en la coronilla. «Matilda es más fea.»

Le dije que me iba al patio y que no me siguiera. Pensaba pasar por la farmacia y comprar hematógenos[20] para comérmelos yo sola. Y quemar unas pocas pelusas de álamo. Recordé que había visto a una gata a punto de parir. Bajé las escaleras corriendo, para que no me pillara alguna vecina y me mandara a comprar pan. Malik gritó algo a mis espaldas, pero no le respondí, pues estaba convencida de que, de todas formas, en unos segundos estaría junto a mí. Esperaba, en definitiva, lo de costumbre. En ningún caso lo que me encontré en el patio.

Después de tantos meses de especulaciones, un camión con antigüedades. Lámparas, muebles, cortinas. En cuanto a las enfermedades, una mujer con psoriasis con un vestido demasiado ajustado y un

hombre sin piernas al que los mozos de cuerda bajaron del camión como si fuera una butaca. Y, para complicar todavía más las cosas, de la cabina del chófer saltó al final una niña. Sostenía en las manos un plato con manzanas verdes y era la criatura más hermosa que yo había visto en mi vida. Se acercó a nosotros —Malik había venido, por supuesto, con el rabo entre las piernas— y nos dio una a cada uno. «Para que seamos amigos», dijo de manera extraña. Y, durante un tiempo, lo fuimos.

Aunque le llevó varios años reconocerlo, Malik se enamoró de *Ella* al instante y se comportó como un cretino desde el primer momento.

—Yo soy Malik-Malik y esta es Mila-Mila —balbuceó mientras tomaba la manzana de su mano. Luego añadió, con una voz que yo no le había oído hasta entonces—: Mila es casi mi hermana.

Era la primera vez que me llamaba así. En la escuela decía que éramos pareja, no por alardear delante de los chicos, sino por esconder su total falta de interés por otras chicas. Habíamos acordado ensartar toda clase de mentiras para acrecentar nuestra «autoridad» ante nuestros compañeros. No hacíamos nada de lo que decíamos, por supuesto. Contábamos lo que veíamos en las películas, repetíamos escenas de libros que yo adaptaba a nuestra lánguida vida cotidiana o, simplemente, nos lo inventábamos. ¿Hermana? Esperaba sus disculpas, pero siguió otra cosa.

—Ho-la, Mi-la ca-si-mi-her-ma-na —pronunció *Ella* muy muy despacio, tirando de las palabras como de unas espinas en la planta del pie.

Luego se inclinó hacia mí y me besó en ambas mejillas, cosquilleándome un poco con la lengua. No pude evitar observar que, en lugar de pendientes, llevaba flores frescas, y en el cuello lucía un collar de ganchillo que me pareció de una belleza excepcional. Malik estaba boquiabierto. Empezaron a temblarle las manos y vi cómo palidecía ante mis ojos, como le ocurría siempre que se asustaba y yo tenía que darle agua para que se recuperara.

Cuando terminó conmigo, se volvió hacia él e hizo lo mismo, solo que, al final, a él le metió un dedo en la boca y le humedeció los labios. Luego no sé qué ocurrió, seguramente nada. *Ella* fue a ayudar a su madre a acarrear los bultos. Nosotros nos quedamos un rato así, aturdidos. Aquella tarde, Malik no quiso comer nada, y por la mañana sus ojos brillaban como si estuviera enfermo.

Y no fue solo el beso. Todo lo que hacía *Ella* —cómo se movía, cómo echaba la cabeza hacia atrás sin motivo, cómo pronunciaba las palabras con voz grave, de fumadora…— era como de otro mundo. Los niños no hablaban así, ni siquiera los adultos hablaban así. Nadie en su sano juicio hablaba así.

Después de la práctica,[21] Malik y yo no nos vimos en una semana. Él venía a mi puerta cada día con *halva* o con hematógenos y me suplicaba que le abriera para aclararlo. Me habría gustado torturarlo un poco más, pero mi autoridad sobre él se había debilitado de golpe. De mi casa iba directamente al patio, se sentaba en el banco enfrente del bloque y se pasaba las horas muertas allí, con la esperanza de que *Ella* saliera al balcón a tender la colada y lo llamara por su nombre. Este recuerdo de mi Malik, cuyo rostro se serenaba cuando *Ella* lo llamaba por su nombre, me sigue matando hoy en día. Si hubiera entendido entonces lo que sentía, no habría caído más adelante en la misma trampa.

Un buen día ya no vino solo, sino con *Ella*. Parecía más trastornada que el primer día. Se había prendido el pelo en mil trencitas, llevaba una falda abigarrada, que me pareció fabricada con una colcha, y tenía los labios pintados de un rojo encendido. Malik estaba detrás con cara de colador, y mi primer impulso fue darles con la puerta en las narices. Pensé, sin embargo, que el verano estaba a punto de

acabar; un poco más y me saldría una costra de no hacer nada. Al fin y al cabo, ¿qué podía perder? Salí con ellos y así empezó todo.

¿Cuál es mi trauma? ¿Que crecí sin madre, que abandoné a mi padre, que no cuidé del hombre al que amaba y acabó como acabó? ¿O acaso tiene razón Benoît Gérard y mi trauma es, de hecho, nuestro trauma? ¿El de Malik, el de Fima, el de todos los que abandonaron su país en busca de una vida mejor, pero no la encontraron? Aunque quizá algunos la encontraran. Fima es feliz aquí. Paşa es feliz. *Ella* es muy feliz. Yo no lo soy, pero tampoco lo sería en Moldavia. Pienso muchas veces que, en el fondo, mi felicidad consiste en esto: en tener un lugar en el que lamentarme.

Liduţa dice que soy una exagerada. Su Miranda me llama «tía Mila, la *drama queen*». Sé que no lo dice con maldad. Miranda me ha prometido que vendrá a París solo para llevarme al centro, que vea lo bonito que es y deje de criticarlo todo el rato. Me alegro por sus éxitos como si fuera mi hija. Un año más y se libra de la London School of Economics. Edward habría preferido casarse enseguida, él es bastante mayor y quería tener hijos, pero Miranda insistió en acabar sus estudios, trabajar unos años, crearse una reputación, y solo después ocuparse de la familia. «Es importante que me quieras tú, pero más importante aún es que me quiera yo», le dijo ella al parecer, y Liduţa me lo contó a mí.

No sé cómo ha salido esta joven tan lista y tan resuelta. No se parece nada a su madre, que es otra lerda como yo y que ha confiado toda la vida en los hombres. El cagón de su marido ni vivió con su segunda esposa ni cuidó de sus otros hijos. He oído que ahora anda por Italia, pero no está claro a qué se dedica. «Creo que a follarse a viejas», me dijo Liduţa una vez, y nos partimos de risa las dos.

Después de mi marcha a Francia, también ella abandonó la universidad. Trabajó una temporada como traductora para una ONG, pero desde hace unos diez años da clase en una universidad de Chisináu. Siempre que hablamos por Skype, tiene que corregir cuadernos, así que hablo sobre todo yo. Le pregunto si es capaz de concentrarse, pero ella me responde que no necesita demasiada concentración para revisar ensayos copiados de internet o redactados con ChatGPT. «Ya no encuentro ni errores, escriben todos mejor que yo, pero si les pregunto algo sencillo al día siguiente, no saben de qué les estoy hablando.»

Le conté lo de la discusión con Haim y su idea de que me haga funcionaria, pero no pareció entusiasmada.

—A los treinta años habría tenido sentido, pero ¿ahora? ¿Qué significa ahí ser funcionaria? ¿Dónde trabajarías?

—En el ayuntamiento, en una guardería, en un museo. —Le enumero todas las posibilidades como hacía mi madre en su época de sueños no realizados.

Cuando cumplí veintitrés años, la edad a la que enterré a mi madre, empecé a enseñar francés en la Universidad Estatal de Chisináu. Comparada con ella, que ni siquiera se había licenciado, yo había llegado en verdad muy lejos. Sin embargo, no era una gran victoria. En los años de transición, los intelectuales eran considerados unos fracasados. Ser médico, ingeniero o profesor —en definitiva, ser funcionario— significaba no cobrar un salario durante meses, no tener dinero ni para la luz o el gas y que tus hijos fueran a clase vestidos como pobretones. Otras eran las élites por aquel entonces. Los especuladores. Los traficantes. Las prostitutas. Los fontaneros eran más respetados que los doctores en ciencias.

Mi padre había acabado siendo pobre, pero tenía a Nina. Ella nos mantuvo a los dos como pudo. Con la comida que le enviaban del pueblo. Cosiendo vestidos para las vecinas. Privándose para que nosotros tuviéramos más comida. Él, en cambio, estaba muy orgulloso de mí. Les contaba a todos sus conocidos que yo era profesora, y no en cualquier sitio, sino en la universidad más importante del país. Le pedí un par de veces que dejara de presumir de mí. Me hacía sentir mal, ¿a quién le importaba una profesora? La hija de nuestros vecinos se había casado con el hijo de unos propietarios de microbuses; ganaban tanto dinero que no sabían cómo gastarlo. Compraron dos plantas en un bloque de apartamentos, unas cuatro parcelas de terreno en las afueras, coches. Viorica sí que era un ejemplo. De entre todos nuestros vecinos de entonces, solo mantengo el contacto con ella. Una sobrina suya estudia ahora en la Sorbona, quedamos una vez y me puso al día. Ella está bien, ha abierto varias tiendas de roscos, pero tampoco ha tenido una vida fácil. Su marido fue víctima del crimen organizado en los años noventa, tuvo que vender parte de los apartamentos que había comprado para pagar a los delincuentes. No le quedó gran cosa de su fortuna, pero al menos tiene unos hijos buenos. A veces, yo también me siento orgullosa de mí, de la de entonces. Profesora universitaria a una edad a la que los jóvenes de aquí viven todavía a costa de sus padres, no está nada mal.

La mujer que se ha sentado frente a mí sería del gusto de mi padre. Polaca, por la pinta y porque está leyendo un libro en polaco. Pero quién sabe, tal vez sea una francesa lista o aventurera, que ha aprendido el idioma por propia iniciativa. El vestido por debajo de las rodillas, el cabello recogido en un moño. «Entre dos edades», se decía en mi juventud de una mujer de más de cincuenta años, como si hubiera superado un punto de no retorno. ¿Qué podías hacer después de los cincuenta? Algunas ya eran abuelas, otras viudas; las que eran como yo, solteras y sin hijos, a veces se convertían en jefas o, más a menudo, en nada. Nina vino a vivir con nosotros a los cuarenta y ya me parecía vieja.

Me queda todavía una hora de viaje y me alegra que no sea uno de esos trenes que van a contramarcha. Se me revuelve el estómago cuando los trenes van a contramarcha, cuando la gente y las casas surgen de espaldas, sin previo aviso, y en lugar de caras veo solo cogotes. Prefiero saber con antelación lo que me espera, lo que viene hacia mí, aunque hace ya mucho tiempo que nadie me espera ni viene a mi encuentro.

He comido una ciruelinuez y me he acordado de mi padre, de su miedo en los últimos años a tener la espalda desprotegida. De cómo sacó todas las cosas de casa y se hizo un huequito junto al radiador, donde escribía y dormía, escribía y bebía, escribía y pedía perdón. He pensado también en Haim y en su mujer. En qué pasaría si muriera, en qué pasará si no muere.

Después de la bronca de ayer, no me apetece verlo. He vuelto a buscar en el móvil cómo hacerse funcionario en Francia. Mi francés es ciertamente bueno y no me dan miedo los exámenes, pero la idea en sí me parece aberrante. He tardado años en acostumbrarme a la vida de aquí y en encontrar la paz. Al principio, me resultó difícil dedicarme a la limpieza. Me parecía vergonzoso y degradante, no tanto recoger la porquería de los demás cuanto mostrar agradecimiento. Las familias que me contrataban querían ver a una joven feliz, o al menos satisfecha, no a una mujer que venía a su casa alicaída. Solo Fima y Malik sabían a qué me dedicaba. Cuando me preguntaban otros, respondía vagamente que estaba haciendo unos cursos, que había venido a la Sorbona con una beca de la Universidad de Moldavia y que ayudaba a unos amigos como canguro. Malik no lo comentó jamás, pero Fima me dijo que mi mentira se

notaba a la legua. Regresaba por la tarde con las manos enrojecidas de tanto frotar, apestando a productos químicos. Había empezado a vestir ropa barata, comprada al peso, que no me importaba estropear. «¿Te dejan entrar en la Sorbona con los pantalones rotos?», me preguntó Fima una tarde, cuando me vio con los vaqueros descosidos.

Durante un tiempo trabajé como dependienta, cuidé niños, paseé perros. En invierno, Fima me llevó a su asilo de ancianos, pero no aguanté. Cuando los veía tumbados en las camas y me pedían que los tapara o que les pusiera bien la almohada solo por tocarme, por tocar a alguien, sentía de repente un nudo en la garganta. Pensaba que eso hacía también mi padre en Chisináu. Decía que se sentía débil y que no veía o que le dolía muchísimo la espalda —la mente inventa enfermedades difíciles de comprobar— solo por pasar una noche más en el hospital, acompañado.

El verano en que cumplí cuarenta años, se despertó en mí una especie de ambición, como decía Haim, y me prometí vivir como habría vivido mi padre en mi situación. También él fue humillado, también él lo perdió todo, pero no se degradó como yo, que había llegado a preocuparme tan solo de qué comer y dónde dormir. Me compré ropa mejor, aunque seguía siendo barata. Entraba en la Sorbona y me maquillaba o, al menos, me perfumaba. Seguía siendo pobre, pero al menos parecía una persona que estaba haciendo unos cursos. Un par de veces compré entradas para la ópera. Estuve en la Comédie-Française para ver una obra de Molière. Vi a Madonna en concierto. La entrada me la regaló la mujer de Haim, también a ella se la había pasado alguien. Pero esto fue hace mucho más de diez años.

No duró demasiado. Oí que uno de mis conocidos, cuando se enteró de que había ido al teatro y a la ópera, dijo que no volvería a dejarme dormir en su casa. «Si tiene dinero para el teatro, tiene dinero para un hotel», le dijo a Fima un amigo común que me había alojado un par de noches, aunque a cambio le había limpiado el apartamento durante un mes. Agaché de nuevo la cabeza, más abajo, cada vez más abajo. Dejé de hablar de cursos y volví a mis pantalones descosidos.

Si mi padre me viera ahora, sería el primero en juzgarme. «¿Quién quedará a tu paso?», me preguntaría. «¿Cómo te recordará la gente?» Según él, las mujeres deben tener hijos obligatoriamente, mientras que los hombres pueden hacer lo que se les antoje, porque siempre quedará algo de ellos. Y aquí estoy, pensando en cómo me recordará la gente. ¿Qué gente? Oí una vez a la mujer de Haim hablando de una conocida suya que acababa de fallecer. «No puedo decir que la echaré de menos», le soltó a Haim. «Tal vez vosotros compartáis más recuerdos, pero, por lo que a mí respecta, buen viaje.» Sin embargo, tampoco él guardaba demasiados recuerdos de ella. Tampoco a él le caía bien, nunca la había apreciado, pero habían trabajado media vida juntos y no podía faltar a su funeral.

Luego empezaron a discutir, como de costumbre, por culpa de su nieta de Deauville, sobre si deberían pagarle o no los cursos de sofrología, ampliar o no la casa de Croissy para trasladarse allí y dejarle a ella vivir aquí. Aquella mujer fallecida tres días antes era ya una muerta de hacía cien años, de otra época, una desconocida momificada. Ni una palabra agradable, ni un lamento, por pequeño que fuera, aunque digo yo que debieron de hacer algo juntos a lo largo de tantos años, alguna fiesta, una huelga. Vivía justo en la calle de al lado, tal vez incluso fueran juntos a trabajar o regresaran juntos a casa. ¿De mí qué dirán? ¿Mila? ¿Ha muerto Mila? *Ah, bon!*, pásame la sal.

Por otro lado, ¿quién se acuerda de mi padre, aparte de mí? Como mucho, algún ingeniero agrónomo o alguna tejedora de alfombras tradicionales cuya carrera prosperó gracias a sus artículos. Los vecinos, si

es que no están alcoholizados. Los amigos que no hayan muerto. Tal vez alguna mujer, aunque, por cómo se portó con mi madre y con Nina, tampoco creo que ellas lo recuerden con cariño. Así que, en cierto modo, mi olvido es casi bienvenido. Olvidar a todos los que no me recordarán no es una gran pérdida.

Se mudaron al apartamento de arriba, algo que para mí, además del alboroto, supuso una fuente inesperada de inquietud. Aprendí a adivinar lo que hacían por la casa gracias a los ruidos: cuándo comían, cuándo discutían, cuándo se les atascaba el retrete o se quemaba Roza en la cocina. Sabía incluso cuándo se les fundían las bombillas, porque entonces Gleb pedía a gritos: «¡Rozunea, tráeme una bombilla nueva!».

Los sonidos ahogados los emitía siempre él. Se desplazaba por todas partes con las manos, sirviéndose de dos plataformas de madera que se había fabricado con las planchas viejas de un armario. Las lijó, las forró con fieltro y les atornilló dos asas de metal. Por la mañana lo oía en cuanto saltaba de la cama y se dirigía al baño, donde primero se aliviaba ruidosamente en varias tandas; luego tosía, se sonaba la nariz y, al final, escupía toda la porquería en la taza o en el lavabo —eso ya no podía adivinarlo — y regresaba traqueteando a la habitación.

Junto a la ventana, Roza acondicionó para él un espacio exclusivo que podría describirse, simplemente, como un «corral forrado de alfombras». Allí pasaba el tiempo hasta casi la medianoche, arreglando cosas, estudiando esquemas y diagramas o llamándolas a gritos a las dos para que le llevaran comida, agua, vodka. Aquellos años en que lo conocí, Gleb hacía de todo. Reparaba electrodomésticos y zapatos, parcheaba ruedas de bicicleta y cambiaba espejos rotos, afilaba cuchillos y patines de trineo, y un verano, como encontró en un mercadillo unos grifos baratos, fabricó sifones para todos los vecinos.

Antes del accidente, Gleb trabajaba en una fábrica, pero no creo que su habilidad tuviera que ver con lo que hacía antes, sino con su forma de ser. Era un superviviente y me fascinaba. Comparado con los otros hombres de nuestro entorno, sobre todo con los amigos de mi padre —intelectuales y artistas a los que la transición se llevó por delante—, Gleb parecía sacar fuerzas de donde no suele haberlas: del caos y del dolor. Demediado como estaba, consiguió mantener a su familia en la época más difícil. Solo una vez lo vi deprimido. Nosotros ya éramos mayores. Había salido al patio con una camiseta sin mangas y era evidente que estaba borracho. Roza me dijo que se habían negado a hacerle la diálisis. Entonces había una crisis terrible en los hospitales, los médicos estaban en huelga todo el rato; seguramente lo vieron así, sin piernas, y pensaron que otros la necesitaban más. Gleb fue el único hombre del mundo al que *Ella* no pudo manipular.

Roza estaba siempre en uno de dos sitios: o en la cocina, donde golpeaba tapaderas, rascaba cazuelas y aporreaba trozos de carne, o en la policlínica, donde volvía locos a todos los médicos de la sección poniendo en duda sus diagnósticos. Parece que la estoy viendo ahora, con uno de sus vestidos demasiado ajustados, con su bolso de señora —grande como un día de verano, en el que, si hacía falta, cabía incluso un repollo—, dirigiéndose enfurruñada a la policlínica «a decirles lo que opinaba ella». Una vez allí, ni pensar en hacer cola o en visitar al médico de familia. Entraba en la primera sala que encontrara a su paso y descargaba en ella toda su furia. Roza tenía preguntas para todos los médicos y conocimientos sobre todas las enfermedades de este mundo. «Somos una familia de enfermos, no de idiotas», empezaba, y continuaba así hasta que a los pacientes que esperaban junto a la puerta se les acababa la paciencia y el doctor aceptaba cambiarle el tratamiento por enésima vez.

Acostumbrada como estaba a mi padre, su inclinación por la medicina no me impresionaba demasiado; las comidas que preparaba, en cambio, no las olvidaré jamás. Era la mejor cocinera que he conocido. En su mesa había siempre tres platos: una sopa, carne o pescado y algo dulce, aunque yo sería una cochina ingrata si me limitara a llamar «algo dulce» a las maravillas que cocinaba Roza. Los pasteles eran su principal motivo de alegría, y con ellos llenaba la mayor parte del día cuando no estaba en la policlínica o en la hemodiálisis. Preparaba napoleones y hormigueros, cruasanes y barquillos, mermeladas y relámpagos. Roza hacía incluso helados caseros en una época en la que a nadie se le había ocurrido algo así.

Pero a la que más oía yo era a *Ella.* Como descubrí más adelante, no era su hija, sino su sobrina. Su madre, hermana de Gleb, había muerto en el mismo accidente de tráfico en el que él había perdido las piernas. Era delgada como yo, pero su cuerpo parecía tener un peso distinto al mío. Su cuerpo se oía, se veía, contaba. Sabía cuándo desayunaba por la mañana, porque Roza le preparaba siempre *gogol-mogol*, [22] que batía en una cazuelita de metal. Sabía cuándo se lavaba, porque era la única de los tres que cerraba la puerta del baño. Sabía cuándo dibujaba, porque jamás dibujaba sin afilar antes los lapiceros y, cuando el sacapuntas se llenaba de virutas, lo vaciaba golpeándolo varias veces contra la esquina de la mesa. Y, ante todo, sabía cuándo se quedaba sola en casa, porque entonces abría de inmediato el tragaluz, ponía en el tocadiscos sus discos favoritos y bailaba.

En aquellos momentos, me la imaginaba desnuda por la habitación, sacudiendo su cabello negro cortado a capas delante de la cara, con sus ojos violetas que olían a malvas, aunque unos años más tarde, cuando le pregunté si bailaba desnuda por la casa, me dijo que nunca se había desnudado. Cuando *Ella* bailaba, yo me tumbaba en el diván de mi padre, que estaba justo debajo de su cama y encima de la cama de Malik, cerraba los ojos y pensaba en nosotros tres, lejos, en una ciudad en la que no existieran las paredes de hormigón.

Al principio me sentía como si me hubiera tocado la lotería. Por fin una chica, aunque fuera mayor que yo. Una cómplice. Una amiga que me comprendiera en lo más profundo, sin tener que darle explicaciones ni enseñarle nada. Era perfecta, y su belleza me desarmaba. A diferencia de Malik, que me escuchaba pero nunca sabía qué decirme, *Ella* tenía una respuesta para todas las preguntas que me atormentaban. Para las pecas, me preparó máscaras de nata. Para los granos, me frotó la frente con patata rallada. Cuando descubrió que era la única de mi clase que no tenía pechos, me cosió con un calcetín de felpa dos almohadillas y me las metió en el sujetador. También me echó una mano con mi madre. «¿Has probado a decirle que tiene a alguien? ¿A despacharla?», me sugirió una noche, después de contarle que no podía librarme de sus interrogatorios sobre mi padre.

Roza alentó nuestra amistad desde el principio, nos decía que dos niñas sin madre tenían que apoyarse. Me dejaba ir a su casa cuando me viniera en gana, me alimentaba con exquisiteces y, si se enteraba de que mi padre estaba de viaje, me daba también comida para el día siguiente. Por desgracia, Roza la matriculó en una escuela diferente a la de Malik y la mía, pero eso no nos impidió crecer la una junto a la otra. Después de clase, iba directamente a su casa y me quedaba allí hasta casi la hora de acostarme.

No recuerdo que hiciéramos cosas juntas, como había hecho hasta entonces con Malik. Ni siquiera los deberes. A *Ella* le interesaban la ropa, las películas, los chismes sobre actores que rastreaba como

loca en revistas y periódicos. A veces, estábamos varias horas sin decir una palabra, pero tenía la sensación de que habíamos hablado de todo. Iba a su casa por pegarme a *Ella,* por estar a su lado, al alcance de su mano. Al principio me pedía solo cosas sencillas, que le hiciera una trenza o que le abrochara el vestido por detrás. Pero nuestra proximidad crecía cada día que pasaba, y me di cuenta de que había empezado a comprender qué esperaba yo, qué era lo que más me gustaba. Depilarle las cejas, porque en esos momentos nuestros rostros casi se rozaban. Ser su «maniquí» para un modelo nuevo, porque tenía que quedarme en bragas. Inventar historias de terror con gente a la que *Ella* quería castigar, y contemplarla mientras las escuchaba con los ojos cerrados, royéndose las uñas hasta hacerse sangrar.

De Malik nos deshicimos como de una prenda sudada. Yo veía cómo sufría en la escuela, pero no me importaba. Incluso aunque siguiera considerándolo mi amigo, ya no tenía nada que ofrecerme: yo la tenía a *Ella,* que se había convertido en mi sol. Un día, él me pilló sola en el recreo y, con los ojos llenos de lágrimas, me rogó que fuera a su casa de vez en cuando. «Mami está en Moscú, pero me ha dejado mucho dinero. He comprado *halva* y una tarrina entera de helado.» Aquella tarde le propuse a *Ella* que fuéramos a su casa. Le hablé de sus tortillas, de sus artilugios, de cómo Malik podía desmontar cualquier objeto hasta el último tornillo y montarlo de nuevo en unos minutos. «Tonterías», me interrumpió irritada. «Ve tú, a ti te hace más falta.» Por supuesto, la elegí a *Ella.*

Tampoco entonces me resultaba fácil vivir con la idea de que estaba haciendo sufrir a Malik, pero ahora el recuerdo de aquellos días me pone enferma. Durante un tiempo, lo visité a escondidas, procuraba salir de casa de *Ella* un poco antes, pero tampoco me demoraba demasiado con él, para que no me pillara mi padre. Cuando se encontraba conmigo en el umbral, Malik se alegraba como si fuera un día de fiesta y no sabía qué hacer para conseguir que me quedara más tiempo. Me enseñaba sus últimos inventos, me preguntaba si tenía ropa que lavar. En aquellos momentos, mi corazón se llenaba de tristeza. Quería recuperar a Malik, pero no lo quería solo mío. Yo quería un Malik nuestro.

Un sábado, cuando fui a buscarla para salir a jugar, me encontré a Malik en su casa, arreglando un aparato. Estaba colorado, había acarreado hasta allí un nuevo juego de destornilladores, su mayor orgullo. Me sorprendió que no pareciera molestarle verlos desperdigados por la casa. A mí no me dejaba ni siquiera cambiarlos de sitio, mucho menos sacarlos del estuche de metal. *Ella* llevaba un vestido fabricado con una cortina transparente y tenía el pelo tan rizado que parecía muy corto de repente. Pensé que le habría llevado un buen rato peinarlo así. Cuatro horas, me confirmó más tarde. Había utilizado un punzón candente.

Todo el mundo sabía que los sábados Roza llevaba a Gleb a hemodiálisis y que regresaban por la tarde. Ese día la oía bailotear por la casa. Yo seguía soñando con el sábado y, hasta aquel momento, lo había considerado «nuestro» día, aunque nunca se lo dije. Me quedé sobre todo por no dejarlos solos, si bien era evidente que no pintaba nada allí y que, fuera lo que fuese lo que habían estado haciendo los dos hasta entonces, había perdido todo interés en cuanto aparecí yo.

Aquel día, *Ella* nos contó que, antes del accidente, su madre había abierto en Tiraspol un videosalón. Proyectaba cada noche películas extranjeras, vendía palomitas y cerveza o alquilaba cintas. No era barato mantener un negocio así, ni tampoco legal, pero Gleb le había conseguido una sala y así habían podido salir adelante las dos.

Después de la muerte de su madre, *Ella* dejó de hablar. Ni los médicos ni los adivinos podían

aliviarla, y Roza no quiso llevarla donde los brujos. Entonces empezó a imitar a las actrices de las películas. Elegía un papel y, durante una semana, era Sarah Connor o Marion o Elvira. A Roza no le hacía ninguna gracia que estropeara la ropa y se maquillara como una descarriada, pero Gleb le dijo que cerrara el pico y que, si las películas la ayudaban a olvidar, le dejara hacer lo que le gustaba. Cuando comprendí de dónde venían sus caprichos —¡de las películas!—, me pareció el mejor juego del mundo.

Teníamos todo un ritual. Mientras Malik se ocupaba de los cables, yo iba a la tienda a comprar helado, y *Ella* cubría las ventanas con mantas para que se hiciera de noche. Luego nos tumbábamos los tres en la cama, tan cerca unos de otros que nuestro sudor se mezclaba, y nos dejábamos transportar a aquel mundo nuevo y lejano, donde todo era diferente.

Tardábamos cuatro horas en ver una película de dos. Parábamos primero en las escenas de las tiendas, nos acercábamos al televisor y mirábamos las estanterías para ver qué productos había. Caramelos, chicles, patatas fritas. No huevos, harina y patatas como en Moldavia. Malik pedía que paráramos en los coches y en las motos; nosotras nos fijábamos en la ropa, en las casas bonitas, en los jardines. A *Ella* le volvían loca los jardines. Soñaba con una casa con jardín en la que plantar una glicinia, «blanca, solo blanca, de ningún otro color», y tumbarse debajo de ella hasta que absolutamente todo a su alrededor empezara a oler a su perfume favorito. De hecho, *Ella* soñaba con muchas cosas a la vez. Playa conchas champán, coche sexo cigarrillos, dinero dinero dinero y, por supuesto, el público, porque de nada servía ser feliz si no te veían los demás.

Parábamos algunas películas tantas veces que teníamos que verlas de nuevo para entenderlas. A *Ella* le gustaba Sharon Stone; a Malik, Schwarzenegger, y a mí, Demi Moore, porque se parecía a *Ella.*

Después de cada película, las dos cambiábamos de nombre y de forma de hablar. Lo que más nos costaba era la forma de hablar. Todas las películas estaban, por supuesto, en ruso, dobladas por una sola voz, y teníamos que detener la cinta una y otra vez para captar las palabras en versión original al principio de las frases o, alegría suprema, un fragmento de película que el traductor se hubiera saltado. También Malik se mostró interesado en nuestro juego y un día intentó ser Schwarzenegger. Malik-terminator. «Jugad vosotras», nos dijo enfadado; enfadado sobre todo conmigo, con *Ella* no fue capaz de enfadarse jamás. «A películas» jugamos hasta el día en que ellos terminaron la escuela. Entonces nos llamábamos Audrey y Donna, y todos los hombres malos se llamaban Bob.

Durante los primeros años, la diferencia de edad entre nosotros no se notaba, pero cuando ellos pasaron a octavo, yo me sentí excluida. Por la mañana salíamos todavía del mismo patio y caminábamos juntos hasta la escuela. No habrían podido dejarme atrás ni aunque hubieran querido, y estoy segura de que lo desearon más de una vez. Pero *Ella* y Malik estaban en la misma clase y acababan más tarde; luego, él se quedaba a jugar al fútbol con los chicos y *Ella* se colaba por debajo de las vallas con otras chicas. Los veía regresar a casa por la tarde empujándose, besándose, oliendo a tabaco y a lo que hicieran por ahí, porque algo hacían.

No puedo decir que Malik me evitara o que no me hablara; más bien, había perdido el interés en mí. Había empezado a tratarme como a una niña, mientras que ellos dos se comportaban como amantes.

Aún me quedaban los sábados. Afortunadamente, Gleb seguía necesitando diálisis, pero veía que tampoco entonces me echaban de menos. En las películas, Malik no se colocaba ya en medio, como antes, sino a la derecha de *Ella;* decía que así le resultaba más fácil ocuparse de las cuestiones técnicas,

pero, en realidad, la toqueteaba todo el rato por debajo de la manta. Creo que también Roza añadió leña al fuego. Le gustaba Malik, le parecía listo y espabilado, y no le pasó desapercibido que vivía casi siempre solo en una habitación grande.

También en la escuela había cambiado todo. El sistema de notas, la relación de fuerzas. Los alumnos no respetaban ya a los profesores. Fumaban sin esconderse, respondían con descaro y faltaban a clase. Los uniformes dejaron de ser obligatorios, algo que nos alegró durante una semana, pero que pronto puso de manifiesto las diferencias sociales, hasta entonces más o menos camufladas. Algunas chicas empezaron a ir a clase vestidas como las de las revistas extranjeras y otras, como yo, parecían jilgueros desplumados en comparación con ellas. Todo lo que necesitaba para la escuela lo adquiría mi padre en media hora en el Magazin Universal Central: compraba en primer lugar cosas baratas, luego azules. Yo quería aunque fuera una minifalda, una cazadora vaquera o un par de deportivas con los cordones fosforescentes. Quería un corte de pelo Aurora. Mi padre, sin embargo, no quería oír hablar de la moda, me decía que «no ha habido jamás unos tiempos más feos en el vestir», y del corte de pelo ni hablar. «El pelo es para una mujer un arma de seducción, no el ombligo al aire, como lo llevan ahora las niñas, incluso tu amiga.» Mi amiga, efectivamente, tenía de todo. Pero también yo tenía algo, algo que nadie conocía y que me iba a devolver a Malik. Tenía un plan.

El jueves es mi día preferido. Lo espero con más ilusión que el sábado, que debería ser mi día libre, pero desde que no bebo se ha convertido en una pérdida de tiempo. Por la tarde tengo a Max y a Chaussette, y por la mañana vengo aquí varias horas para hacer la limpieza y plancharle cuatro camisas a Haim. Una para cada día en que lo saco a la calle y una para cuando viene de visita su nieta, la fea, la heredera. Con lo de las camisas llegué a un acuerdo con Cora cuando trabajaba a cambio del alquiler y, para ser justa, no me ha pedido que planche más o que planche también sus vestidos, aunque podría pedírmelo y se los plancharía.

A veces me siento culpable por hablar mal de ella todo el tiempo cuando, en realidad, fue Cora la que más me ayudó. Es una metomentodo, pero no es mala. ¿Preferiría que se muriera y que dejara de incordiar? Sí, eso es lo que más me gustaría. Me veo fácilmente ocupando su lugar. Bebiendo en su taza azul el café cada vez más flojo, con mis uñas intactas. Dejándome caer en el sofá verde, con los cojines blandos abrazándome por todas partes. Enseñándole a una mujer pobre del este lo que significa la vida.

Esta mañana, Fima me ha enviado un link a una noticia sobre un robo. Una banda de ladrones ha entrado en una escuela, y se han llevado todo lo que han podido de la sala de ordenadores. A mí la noticia me ha hecho sonreír. Estoy prácticamente segura de que en ese robo están implicados también algunos alumnos. En principio, los franceses no temen los robos. Todos tienen seguro, nadie guarda dinero en efectivo en casa y, si alguien les roba «algo electrónico», como dice Lenuţa, es decir, el ordenador, el teléfono o incluso el televisor, se limitan a maldecir y compran otro de inmediato. Algunos ni siquiera denuncian el robo porque no quieren en su casa policía, papeleo, declaraciones. No es como en nuestros tiempos, cuando, para comprarte un televisor, tenías que ahorrar dinero a manta durante medio año, y luego pasarte meses sin apenas usarlo, para poder devolverlo «casi nuevo» en caso de que se estropeara.

Los baños son lo más engorroso, así que empiezo siempre con ellos. Dos ancianos, uno de ellos ciego, ya no son capaces de frotar nada. Además, cada uno tiene el suyo, por intimidad y todo eso. Con Haim hay poco que hacer: un champú, un jabón, los perfumes. Instaló la bañera porque le resulta más sencillo entrar en ella. Cora, en cambio, sigue con la ducha, pero con todo lo que ha ido metiendo dentro, ahora parece la torre Eiffel. Un taburete, la barra de sujeción, una alfombrilla y una estantería telescópica, como si no fuera allí a ducharse, sino a mirar las estrellas.

El primer año me volvía loca husmeando sus tarritos y sus frasquitos. Creo que tiene más de cien cremas y mascarillas, exfoliantes, sérums, esencias. Algunos comprados, otros son regalos de su amiga marroquí, que no la soporta pero siempre le trae algo. A mí, por ejemplo, me daría miedo aceptar obsequios de una persona que sé que me odia; aquí, sin embargo, los aceptan todos. Sonríen, rechinan los dientes, la industria funciona. Más que el pis de Haim me molestan los aceites de ella, con los que lo pringa todo y atasca el desagüe cada tres días. Le pedí que no utilizara aceite en la ducha, y ella me preguntó: «¿Qué más no debo hacer en mi casa?». Pensé que al menos Fima se pondría de mi parte, pero últimamente también Fima se hace la mártir y me dice que el pelo no es gallinaza, que me calle y que lo recoja, que no se me va a caer la corona.

En la cocina no hay mucho que hacer. Los dos comen como jilgueros, fruta y grano, a veces tortillas, y si tienen pan y queso, no necesitan nada más. Recojo las tazas y las migas de la mesa. Retiro los posos de café de la cafetera o guardo los restos de comida descongelada en el frigorífico con bandeja y todo, por si quieren recalentarla más tarde.

La plancha la dejo para el final, porque me relaja. También a mi padre le gustaba planchar. No recuerdo cómo hacía con mi madre, era demasiado pequeña, pero a Nina nunca le permitió que tocara su ropa, sobre todo las camisas. En aquella época no teníamos plancha de vapor con base de teflón. Todos planchábamos en la mesa o en el suelo, siempre sobre una manta, y si te descuidabas, lo quemabas todo, incluso la casa. Mi padre tenía un metro de gasa que humedecía para planchar los trajes y las camisas. A los pantalones les hacía siempre una raya perfecta; las camisas, por el contrario, no las planchaba nunca con raya. «La raya en la camisa es una barbaridad, Mila», decía. «No quiero engrosar las filas de pavorreales huecos.»

De un tiempo a esta parte, hago cada vez más cosas que le gustaban a él. He empezado a tomar café con mucho azúcar. Me he comprado cuatro plantas de interior, aunque es cierto que una ya se ha secado, y el domingo me pasé el día entero viendo películas de Louis de Funès. He hecho también otras cosas. He jugado un par de veces al tenis de mesa. He ido a la sauna, de donde estuve a punto de salir muerta, porque no sabía que tenía que hidratarme, y me he apuntado a un curso de ajedrez en el ayuntamiento, al que nunca he asistido.

Casi siempre lo echo de menos como es debido, como he leído en los libros que hay que echar de menos a un padre muerto. Fue un hombre bueno, me digo, un verdadero intelectual, de esos que no nacen hoy en día, que vivió, murió y fue enterrado con un puñado de principios en el pecho, tan elevados que costó cerrar la tapa del féretro. Otras veces, sin embargo, echo de menos al hombre sencillo, sin los principios y todo eso, y entonces grito. Unos años, papá, si hubieras vivido unos años más, me habrías visto como siempre quisiste. Con una carrera, con una Mila pequeñita, con un marido o tal vez sin. Pero como has muerto, no hay nada que hacer, porque los muertos ya no ven ni sienten nada.

Me gusta mirarlos mientras hago cosas por la casa, por nuestra casa. Algunos días me veo como esposa de Haim; otros, como hija de Cora. Así puedo seguir tendiendo puentes, entre *flodni:* unas veces como una solterona; otras, como una mujer deseada que algún día lo tendrá todo. Antoine me dio la idea sin querer, por supuesto, como lo hace todo en la vida. Sin querer. «Céleste ya no duerme con pijama y me pide manzanas verdes todos los días. Has puesto nuestra casa patas arriba», me dijo en broma, pero entonces se me ocurrió que yo también podría poner otra casa patas arriba.

Poco a poco reorganicé la cocina, «para que le resulte más fácil a Haim». Cambié sus productos de limpieza por otros naturales. Les cambié incluso las plantas del balcón. Cuando empecé a trabajar aquí, tenían solo geranios, y yo no los soporto; ahora tienen jacintos y crisantemos, las flores favoritas de mi padre. Es cierto que florecen solo en primavera y otoño, en verano *je m'en fous.*

Haim es grande y mucho, ella es bajita y poca. Él está todo el tiempo en su habitación, en pijama, escuchando música o audiolibros, repartiendo en montoncitos el hachís y liando cigarrillos. Ella vive en su sofá verde, leyendo revistas femeninas y limándose las uñas, o cotilleando al teléfono, vestida siempre como para una cita. Cuando están en habitaciones distintas, parecen dos desconocidos que comparten el mismo apartamento para que les salga más barata la calefacción. Hay, sin embargo, momentos en que los

dos coinciden. En la cocina, donde ella prepara un café, o en el balcón, adonde salen los dos a fumar. Entonces recuerdo que son una familia.

Él no ha cambiado demasiado desde que era joven. Sigue siendo un hombre guapo, aunque esté «reparado» aquí y allá. Tiene dentadura postiza y, por supuesto, no ve. Pero, como no lleva gafas y conoce perfectamente el barrio, pocos se dan cuenta de que está ciego. Ella, por su parte, no creo que fuera guapa ni de joven, pero, por las fotografías que me obliga a desempolvar cada semana, puedo entender por qué la eligió. En todas sonríe y aparece vestida como una diva. Un mar de joyas, relojes, diademas, ropa colorida y, seguramente, cara. Seda como para volver deslumbrante incluso a una lombriz. Y, por supuesto, dinero. Tal vez no mucho para un francés, pero suficiente como para retener a un judío llegado de Budapest para construir puentes.

Nunca olvidaré el día en que entré por primera vez en su casa. Me recomendó la madre de Antoine; yo había empezado a cuidar de Céleste y le gusté a su abuela, que conoce a Cora desde su juventud. Dos malcriadas que han atraído a hombres buenos porque tenían «algo más», y no hablo de personalidad. «Mi marido necesita una acompañante discreta», me dijo Cora entonces. «No ve bien, pero no se trata solo de eso. ¿Puedo contar con tu discreción, Pila?» «Mila», le respondí yo. «Me llamo Mila y, sí, puedo ser discreta si llegamos a un acuerdo.»

A veces me pregunto si podría acostarme con él o si una diferencia de veinte años es demasiado incluso para mí. Creo que podría. Seguiría paseándolo por los puentes, le liaría los cigarrillos. Me trasladaría en primer lugar a la habitación de arriba, donde ya he estado; luego a la de abajo, la de los invitados. Le prepararía más a menudo sopas e infusiones, le pondría compresas y le daría masajes, y una noche, después de tomarme una botella de vino, entraría en su habitación y me quedaría allí. No creo que espere gran cosa de una mujer. Una historia y algo con la boca, a lo que, seguramente, ella lo ha acostumbrado todos estos años. Y un sábado, tendría que ser necesariamente un sábado, cogería su capazo favorito e iría al mercado, a ese mercado caro, donde me gastaría todo el dinero en manzanas verdes y mandaría a Halagarda a tomar por culo.

Por la tarde tengo a los perros, y ellos me tienen a mí. En Chisináu, evitaba a los mastines. Nina me dijo una vez que no hay muerte peor que ser descuartizado por un perro rabioso; sin embargo, cuando crecí y conocí a la gente, ese miedo palideció ante la realidad. Cuando éramos pequeños, la gente no solía tener perro en casa. A nosotros nos habría encantado, por supuesto, no hay niño que no les haya pedido a sus padres un cachorro, pero muy pocos cedían. Su generación, llegada a la ciudad desde el pueblo, aunque aprendió a llevar corbata y ligas, se guiaba todavía por las leyes de la tierra. Además del pelo y del olor, argumentos invocados por las amas de casa, estaba también el convencimiento de que un perro criado en un edificio solo podía ser un animal atormentado, algo que con el tiempo acaba irremediablemente en rebeldía, en cuellos arrancados y en dedos roídos hasta el hueso.

En la escuela también nos enseñaban cosas sobre los perros, pero de una manera muy distinta a la de ahora, que se han convertido en un accesorio y un certificado de bondad, más que un amigo. Si tienes perro, significa que te implicas, que eres buena persona. Conozco a varias mujeres adineradas que vienen donde la esposa de Haim a tomar café, y todas odian a las personas. Odian con un odio visceral a los pobres, a los gordos, a los enfermos, a los mendigos. Los consideran despojos de la tierra, sucios dilapidadores de recursos. Ninguna tiene hijos o, si los tiene, no mantiene relación con ellos. Sin

embargo, todas tienen perro. No las juzgo. Es decir, sí las juzgo, pero a mí tampoco me gustan las personas. Seguramente nuestras diferencias no son grandes y se basan tan solo en la clase de gente a la que odiamos. No digo que nosotros fuéramos mejores. Solo digo que, para nosotros, los perros no eran inferiores a las personas, pero tampoco superiores.

En las clases de literatura leí con placer *Mumú*, de Turguénev, y el libro de Troepolsky, *Bim, oreja negra*, me hizo llorar a moco tendido. El año en que estrenaron la película, los cachorros blancos con orejas negras llegaron a costar en los pueblos de Moldavia lo mismo que una cabra. Mi padre, por supuesto, despreciaba esos libros, libros de relleno, y me dijo que, si me interesaba tanto «ese animal», mejor leyera *Colmillo blanco* de Jack London y *Corazón de perro* de Bulgákov, pero no antes de entender lo que leía.

Así pues, una infancia sin perros. La mayoría de los urbanitas se conformaban con gatos, peces o cobayas, otros se aficionaban a los periquitos o a las tortugas, y los más raros criaban lagartos o incluso serpientes. Un chico del patio de al lado tenía una iguana. Su padre, que era piloto militar, se la había traído de Cuba. Se llamaba Che Guevara. Al principio, el bicho comía solo fruta y verdura. La madre del muchacho recorría todas las tiendas del barrio y pedía a las vendedoras que le regalaran perejil mustio o manzanas agusanadas. Las buenas eran bastante caras en la ciudad. Sin embargo, con el paso del tiempo, Che Guevara aprendió a comer como los moldavos, y engullía con apetito *mămăliga*, *borş*,[23] chicharrones, todo lo que sobraba de la comida familiar.

En París atiendo a dos bulldogs; tengo que pasearlos dos horas, luego llevarlos de vuelta a casa, lavarlos, darles de comer, limpiarles la nariz y las orejas y prepararlos para recibir el amor de sus dueños. Cuando vi que eran bulldogs, rechacé el trabajo. Hasta entonces había cuidado de un labrador y de un caniche; los bulldogs me parecían feísimos con sus caras arrugadas y sus traseros siempre húmedos y remolones, pero los dueños, al ver que dudaba, me propusieron pagarme mejor. Son dos familias agradables que viven en el mismo edificio y que, en principio, compraron a los perros por los niños. Pero estos crecieron, se marcharon a estudiar y los dejaron a cargo de sus padres, a los que les quedan todavía diez años para jubilarse y ni pizca de ganas de cuidar de los chuchos. Habría podido cederlos en adopción, me dijo uno de ellos, pero le dio pena. Además, su hija lo amenazó con que no volvería en vacaciones si Max no estaba en casa. En Francia se llega lejos con el amor, pero todavía más lejos con la culpa.

Me acostumbré a ellos enseguida, sobre todo porque, en cierto sentido, vi que nos parecíamos. Son lentos y torpones, no les gusta moverse, pero les gusta comer hasta reventar. Les dan miedo el frío y las alturas, y cuando se aburren, sienten un cosquilleo en el trasero y hacen tonterías. El año pasado, la hembra enfermó de artrosis y, en cuanto me ve, quiere subirse a mis brazos. Me mira mimosa con su cara fea, se frota contra mis piernas, me lame las manos. Me lanza, como ahora, una sonrisa perdida. Qué bien la entiendo. Cómo nos gustaría a las dos que nos llevaran en brazos como a otras.

En casa los llaman Max y Chaussette; yo, sin embargo, los llamo Scrof y Mila, y veo que mis nombres les gustan más. Nos entendemos bien los tres, pero cuando los veo así, abrigados, comiendo de una lata y asustándose de los cuervos, no puedo creer que, al principio, fueran una raza de perros asesinos.

Vamos siempre al Parc Monceau, que está a diez minutos de casa, una distancia perfecta para Mila y para mí. Debería pasearlos al menos una hora, hacerlos correr en círculos y lanzarles sus huesos

perfumados, pero no estamos hechos nosotros para esos trotes. En cuanto llegamos al carrusel, junto a los gofres, yo me tumbo en la mantita y ellos se despatarran sobre mí, y nos quedamos así hasta que llega la hora y nos arrastramos otra vez de vuelta a casa. Es el dinero más fácil que gano, y además puedo pensar en mis cosas, no como cuando trabajo con gente y tengo que fingir interés.

Lo que no sabe nadie es que hace un mes fui a verla. Fue un momento de debilidad, como este. Quería beber, quería que alguien me tocara, sumergirme en una bañera de agua caliente con Malik debajo de mí y que él jugara con mis dedos, que los midiera, que los chupara y me dijera «acércate un poco, Mila, que no llego». Sí, quería que también a mí me chupara alguien. Pero más que nada quería beber y olvidarme de todo, al menos hasta ese instante de mi vida, el primero, en el que mi padre dijo, seguramente, «voy a lavarme», y mi madre no dijo nada, pero pensó «te ruego que seas un niño, que seas un niño y que te llames Mihai o Nichita, en ningún caso Iosif, niña, te ruego que seas un niño».

Echaba de menos a nosotros tres. A nosotros dos. A nosotras dos. Esa nostalgia que te asalta solo cuando te ronda la muerte y que conozco muy bien, la nostalgia de las pequeñeces, la nostalgia de las cicatrices. Así que pasé de los médicos, me bebí dos botellas de vino blanco, vi películas toda la noche y, por la mañana, me dejé arrastrar por la ola. He revivido ese domingo cientos de veces, cada minuto y cada segundo, pero ni siquiera hoy comprendo dónde me equivoqué y qué otra cosa podría haber hecho.

Por la mañana, me desperté a las cinco, saqué la lengua del congelador y la envolví en una sola bolsa, creo que ese fue el primer error. Las botellas las metí primero en dos calcetines de lana, luego las sujeté con una bufanda. «Atadas no se rompen ni te amoratan las piernas», me enseñó Fima hace mucho, y desde entonces así lo hago. Fima siempre da buenos consejos sobre las cosas que hay que transportar o frotar, incluso aunque no sean sus cosas ni las de sus conocidos.

La víspera había preparado las medias y un vestido. No el de los crisantemos, en ese ya no quepo después de lo del hospital. Uno amarillo y brillante que la mujer de Haim, por lo que le costó desprenderse de él, debió de arrancarse de un pulmón o algo así. Un *geste de gentillesse* por haber alimentado a sus peces durante un verano entero sin que muriera ninguno. Por lo de Haim nunca ha tenido ningún gesto de agradecimiento.

Sin embargo, esa noche pensé que quizá debería ponerme algo más sencillo, para que no dijera que me había esforzado, aunque acarrear por todo París una lengua de vaca congelada no deja de ser un esfuerzo, y *Ella* no nació ayer. Me costó abrocharme los vaqueros y sentí al momento cómo se me metían por el culo. Supe, sin mirarme en el espejo, que se me rozaban los muslos. Había empezado a parecerme a las mujeres que me habían desagradado toda la vida.

El ajetreo por casa me llevó una media hora; el camino hasta la estación, otros veinte minutos. Cuando llegué, irritada y bañada en sudor, los castores ya habían salido a la orilla a comer. Entonces, justo entonces, debería haber regresado a casa. Sacar las cintas del armario y llorar. Beber todavía más, llorar todavía más fuerte, concederme tres minutos para no decir que no había sido tierna conmigo misma, y luego arrastrarme al baño, meterme dos dedos hasta la garganta y dejar allí otra vez la desgracia. No habría sido la primera vez, pero algo ha cambiado en mí, desde hace unos meses algo ha cambiado en mí, y esa mañana lo comprendí definitivamente.

Me imaginé que en unos minutos tomaría el primer autobús, que me golpearía en la cara el olor a plástico acumulado durante la noche, que me instalaría en el último asiento, que cerraría los ojos y disfrutaría, por fin, de una hora de tranquilidad. Me gusta que los lugares huelan a cosas, no a personas.

Me gustaba ser la primera en algún sitio.

En el autobús había dos pasajeros más, un perro y su dueño, que iban a visitar a un amigo que se había mudado a los bloques junto al lago. Un amigo pobre, pensé sin querer; alguien con dinero no se iría a vivir a un agujero como el nuestro. Pero, a diferencia del conductor, no me apetecía nada escuchar otra historia de mierda. Los viejos se quejan siempre de los mismos males —enfermedades, injusticias—; los pobres también, solo que al revés. Aun así, no me quedaba otra opción. El ruso empezó a hablar y no paró. Cuando le vi las botas de ante, supe que nos ahogaríamos en su palabrerío: todos los hombres que calzan ante son impotentes y hablan mucho para compensarlo. Una esposa rica muerta de improviso, una nieta en Besançon abogada y lista, «esa juventud insaciable, esas mujeres pobres de cuello largo, que lo quieren todo y lo quieren ya, sin esperar, sin partirse el espinazo».

«Así es, así es», rio el chófer, y me lanzó una mirada interrogante en el espejo. Yo, por ejemplo, decía aquella mirada de pajillero, una mujer pobre en la que se veían todos los huesos rotos, un cuello corto e indeseable, ¿qué tenía yo que decir?

El perro se me acercó un par de veces, creo que olió la lengua o tal vez le interesara yo, pero cuando alargué la mano para acariciarlo, el hombre tiró con fuerza de la cadena y el animal se tumbó dócil entre sus piernas. Tenía las patas y la barriga todavía húmedas del jabón en el que había chapoteado antes y olía vagamente a flores.

Eso me hizo acordarme de Donna, de su hocico suave, de su cuello ancho que se llenó de veneno. Recordé los veranos con *Ella*, ahogadas en gladiolos; «flores de muerto, los adornos de los muertos pobres», decía Roza, pero a nosotras nos gustaban. Nos hacíamos con ellos uñas, broches y coronas, nos cubríamos los pezones con un pétalo de gladiolo y jurábamos que nos casaríamos solo con almirantes o pilotos, con alpinistas o especialistas de cine, con ladrones, con criminales, con hombres de verdad, en una palabra, no con ginecólogos y contables, con los que nos decía Roza que debía casarse una chica.

Ocurrió, sin embargo ocurrió, cuando estaba casi convencida de que me había librado y de que la idea de Haim de viajar temprano había funcionado. Eso tendré que hacer cada vez, pensé; pero más adelante, en el tren, entró un anciana con una escalera plegable al hombro y comprendí que era mentira, todo era mentira. La escalera y la vejez, la mañana y el perro, pero sobre todo la convicción de que tenía que ir allí a enfrentarme a *Ella*.

Sé que empecé a gritar. Los más difíciles son los primeros segundos, cuando la mente se esfuerza por separar la realidad de la imaginación, cuando tiene lugar la lucha entre lo que ves y lo que crees ver. Me dijeron que empecé a dar golpes. Me lo creo, pero una ventana no es un vientre, no le duele, así que el problema, el único problema, de hecho, fue que me eché a llorar, porque aquí, en esta ciudad de estirados, lloras no cuando robas o matas, no cuando quemas coches ajenos y ocupas las casas de otros, aquí lloras solo cuando eres culpable de verdad. «¿Por qué llora, señora, dónde vive, señora, qué lleva en esta bolsa, señora?», y, cuando la lengua comenzó a descongelarse y a gotear sangre en el andén, «dé un paso atrás, señora», ese fue el segundo error.

Si entonces no perdí la cabeza, fue gracias a Onorica. Debería llamarla algún día para ver qué tal está. Después de lo de la policía, vine a casa, cogí el dinero que guardaba para las pestañas postizas y compré alcohol. Tenía ciento y pico euros y me los gasté en unos pocos minutos en vino, en vodka, en licor. Luego me di cuenta de que había también un par de botellas de ron, que yo no bebo, pero entonces sí que

me las bebí. Recuerdo cómo acarreé a casa toda mi alegría en una bolsa de rafia que me cortaba los dedos y cómo me miraba la gente y sonreía educadamente, creyendo que me estaba preparando para una fiesta. «Alguien no va a dormir esta noche —pensaban seguramente—, pobres vecinos», y yo pensaba en cómo iba a mandar a la mierda a los médicos, a Haim y a la tonta de su mujer, que no me llevó a Deauville, a *Ella* y al Cerdo, a todos, y en que iba a beber hasta reventar.

Durante tres días no salí de casa. Bebí hasta perder la noción de dónde estaba. Hubo un momento en que tenía tanta hambre que empecé a comer cebolla cruda. Como si fuera una manzana. Luego me acordé de la lengua que se había quedado en la bolsa, la lavé para quitarle la sangre y la cocí un poco, pero ni de lejos lo necesario. Era larga como una mano humana, tenía un aspecto horrible. La mordí como un trozo de pan. Seguí bebiendo hasta que me meé encima, y me desperté en un charco de vómito.

Cuando paré, escribí a Fima y a Lenuţa. Les pregunté si querían dar una vuelta, pero estaban ocupadas, así que me lavé, salí al parque junto al bloque y me senté en un banco. Hacía fresco, o al menos eso me pareció a mí entonces. Temblaba y los veía a los dos por todas partes, en las flores, en los pájaros, juntos o solos, o en los cuerpos de los perros que pasaban a mi lado. Me levantaba para acariciarlos sin pensar en las consecuencias. Una mujer que había salido a correr se detuvo y me preguntó si me encontraba bien, si necesitaba ayuda, y yo, no sé por qué, le respondí en rumano que echaba de menos a Donna, y entonces ella siguió corriendo. De todas formas, al menos se había detenido, y su gesto, del que hablé más adelante en terapia, me animó en aquel momento.

Al día siguiente fui al médico y le pedí que me cambiara el tratamiento. Él no se opuso. Le dije que quería algo más fuerte, algo que me hiciera no sentir nada, no querer nada. Entonces descubrí que aturdirse es fácil; lo difícil es volver a sentir algo. Me alegró que no me hiciera demasiadas preguntas, solo qué me había llevado a recaer en la bebida después de «haber progresado tanto». Le respondí que había tenido algunos problemas en el trabajo y él anotó algo en el ordenador. Luego me mandó a examinarme la vista, a hacerme una resonancia magnética, un LCR —un desfile de letras que no me decían nada—, análisis de orina y de sangre, pruebas del corazón.

La mujer que me colocó los cables era una enfermera de Râşnov y, cuando vio mi nombre en la ficha, me preguntó en francés si era rumana. Yo le pregunté por qué no me lo preguntaba en rumano si pensaba que era rumana, y ella dijo que no era su intención ofenderme en el caso de que no lo fuera. «¡Parece el monte Omu!»,[24] exclamó cuando me entregó el electrocardiograma, y yo me eché a llorar y no paré ni cuando me trajo agua ni cuando me preguntó si quería que llamara a alguien con mi teléfono y se asombró al comprobar los pocos números que tenía. Pensé en cuánto le habría gustado a mi padre saber que mi corazón era como la cima de una montaña, de una montaña llamada «persona». Además, la enfermera se llamaba Onorica y eso también le habría gustado. «¡Qué nombre tan grandioso!», habría dicho él. «¡Qué nombre tan grandioso, Onorica!»

Me quedé con ella un rato más y me habló de sus hijos, uno en Cluj, el otro aquí; de su trabajo, donde se sentía a gusto; de la suerte que tuvo con el título y con todo lo demás, y de que no había sufrido tanto como otras compañeras que vinieron en los primeros años. Onorica había tenido suerte en la vida con todo: con su marido, con sus hijos, con la casa rodeada de abetos; «estaba muy bien, aunque ganaba poco». Eso le habían enseñado sus padres y sus abuelos, a alegrarse de todo lo que la vida le daba y a dar gracias a Dios por todo lo bueno. «Y tú tienes que hacer lo mismo», me dijo cuando nos despedimos, y esperó hasta que anoté «Onorica, enfermera», y la llamé para que también ella anotara mi número, «Mila

Omu». Salí de la consulta con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas, como si hubiera recibido una noticia trágica, aplastada por la normalidad de Onorica y sintiéndome, por primera vez en todos estos años, verdaderamente enferma.

Cuando volvió de Deauville, Cora guardó silencio durante un par de días; luego me preguntó sin paños calientes: «Mila, ¿has vuelto a beber? Tienes una pinta horrible, nunca te había visto así». Entonces me inventé la historia de mis problemas femeninos y del deseo de ser madre. Le dije que quería un hijo y que estaba siguiendo un tratamiento que me hinchaba y que me producía dolores de cabeza. «Voy a tener que faltar de vez en cuando», le dije como de pasada, orgullosa por que se me hubiera ocurrido de repente una mentira tan acertada. No sé si me creyó del todo, pero desde entonces empezó a portarse conmigo de otra manera. Una tarde, cuando terminó de seleccionar su ropa de verano, separó un vestido ancho. Otro día me dio un aceite que le había traído la marroquí y me dijo que era bueno para las estrías.

A Haim le conté la verdad, pero me arrepentí. «No hacía falta llevarlo tan lejos», dijo en tono seco. Parecía sinceramente decepcionado conmigo. Me dolió, lo reconozco. Después de todas nuestras confidencias, después de todas las horas en las que lo había escuchado maldecirla, preguntándose cómo habría sido su vida sin ella, ¿cómo podía ponerse de su parte? ¿Qué crimen había cometido yo que le pareciera tan grave? ¿Mentirle al decir que quería un hijo y que me tomaría algún día libre? Tal vez desee de verdad un hijo, tal vez no fuera exactamente una mentira. ¿Qué sabrá él?

Al cabo de unos días, me pidió disculpas. Admitió que había exagerado, que debería haberse mostrado más atento con mis «sentimientos», que se trataba, al fin y al cabo, de «una cuestión femenina». Luego soltó todo un discurso sobre lo poco que le gustaba que mintiera o que dijera tacos; la idea de que pueda volverme algún día como Fima, vulgar e inculta, lo espanta. Un cagón, vaya. Como Malik en su época. Como mi padre en su relación con Nina. Como todos los hombres egoístas cuando tienen que elegir abiertamente entre dos mujeres.

Aquella tarde me planteé abandonarlos. Ahora que tengo casa, sé que me las apañaría con menos dinero. Tengo a Antoine, pasearía otro par de perros, unas horas de interina, así tendría también tiempo para hacer algunos cursos. Empecé a darle vueltas en la cabeza a esa idea hasta que llegó a parecerme buena. En cierto modo, podría ser mi forma de salir de todo, de mi vida como criada, de mi espera miserable a que muera Cora, de la mentira de que podría vivir con un ciego. Por la mañana, sin embargo, me levanté con otra disposición. Haim era mío.

En mis noches de insomnio, cuando hurgo en mi cabeza como en la maleta vieja de mi padre, se me aparece Nina cada vez más a menudo. Nina avergonzada por no haber oído hablar de Baudelaire. Nina retirando la comida fría de la mesa. Nina acariciando en el armario los vestidos que me ha hecho y que no me he puesto jamás. Nina llorando, Nina esperando, Nina marchándose…, un cómic de la infelicidad. Su llegada no fue el intento de mi padre por rehacer su vida, como creyeron los vecinos, sino el desafío de Nina. Después del fracaso en mis intentos por conseguir que Malik regresara, y de que Roza nos pillara desnudos en la bañera, mi padre empezó a buscar una mujer.

No creo que en principio le faltaran mujeres, pero pocas de aquellas con las que se acostaba eran adecuadas para el papel de madrastra. Intentó muchas veces atraerme a su juego. Llegaba a casa fingiendo alegría, como con las ciruelinueces, y me hablaba de «una mujer con potencial», «una mujer con talento para llevar una casa», «una ilustradora muy buena, criadora de abejas», y me preguntaba si quería conocer a alguna de ellas. Yo no quería, por supuesto, «tal vez más adelante», decía él, «nunca», respondía yo, y así hasta que él se encerraba en la cocina y yo, en mi cabeza, le deseaba la muerte.

Todas eran mujeres honradas, bibliotecarias o enfermeras. Conoció también a una asistente de laboratorio, Elvira. Elvira trabajaba en un invernadero, y a él siempre le había gustado el calorcito. Estuvo después con una maestra e incluso con una escritora. Algunas vivían en Chisináu o en sus alrededores, a otras las conocía en sus viajes por los pueblos de Moldavia. La que más le gustó fue una cantante de música popular, una mujer realmente guapa, me la enseñó en la tele. «¡Mira qué traje lleva, una *catrinţa*[25] auténtica!» Hoy pienso que mi padre y ella encajaban, y que, si se hubieran casado, yo habría tenido una vida muy diferente. El problema era que la cantante no quería niños, y mi padre no quería renunciar a mí. Tampoco el arreglo que propuso ella —enviarme al pueblo y recogerme solo en vacaciones— le pareció aceptable.

Una sola vez lo vi interesado de verdad en alguien: cuando conoció a Mioara, una investigadora de Bucarest que había llegado a Chisináu con un programa de intercambio. Después de dos meses en los que estuvo saliendo con ella a restaurantes y saunas, fuimos los tres a una cafetería. No a esa donde se reunía él con sus borrachuzos, por supuesto; a otra, una lujosa, pero aquella cita fue un desastre. Yo hablé como una estúpida, intentando impresionarla con mi rumano afectado. «¿Qué aficiones tienes, Mila?», me preguntó, hastiada. «Me gusta estudiar diccionarios, pasear…», respondí yo. ¿Qué le iba a decir, que quería hacerlo con Malik? Me agobiaba no sentirme segura de mí misma, de las palabras, de las expresiones. Recuerdo que en un momento determinado dije «grandioso» o «requetebonito», las dos palabras favoritas de mi padre, y ella se rio como una idiota y dijo: «¡Adorable, adorable!».

Me daban ganas de asesinar a mi padre. Se comportó como un miserable, pidió a lo tonto unos pasteles que ella ni se dignó a tocar, le compró flores mustias a una mendiga y le revolvió el azúcar del café con una cucharilla como si estuviera inválida. Yo estaba tan avergonzada de él, de nosotros, que hubo un momento en que, por los nervios, me eché a reír a carcajadas y solo paré cuando él me mandó al baño para que me tranquilizara. En fin, la cosa tampoco funcionó con Mioriţa, y después de esa cita nosotros dos dejamos de hablar sobre una «posible familia». Sabía, por supuesto, que él salía con

mujeres, porque esos días se vestía con más esmero, se ponía los gemelos morados y cogía dinero de nuestra reserva para las emergencias. Por la noche, sin embargo, cuando lo veía regresar más cansado que cuando había salido, me quedaba claro que nada iba a cambiar.

Cuando Nina entró en nuestra casa, era primavera y estaba lloviendo. Mi padre tuvo que salir de viaje en el último momento y quedó con el chófer de la redacción —un hombre llamado Isai, al que todos llamaban Davai—[26] para que la recogiera en la estación de autobuses y la llevara hasta nuestro patio. La esperé dos horas en la calle, hasta que se me empaparon las zapatillas. Estaba convencida de que se había equivocado de dirección o de que el autobús se había retrasado, pero en mi cabeza esperaba que hubiera tenido un accidente y que no llegara jamás.

En aquella época le deseaba la muerte a todo el mundo. En la escuela bastaba con que alguien me molestara o cogiera mi regla por error para que le gritara al instante que se muriera, que se muriera ya. Había días en los que me imaginaba que toda la gente que me había enfurecido alguna vez estaba muerta. Roza, también ella murió varias veces, siempre entre suplicios. Con vida quedaban tan solo mi padre, Malik, los animales; todos los seres de la Tierra se sometían a mí sin rechistar. Mi padre me oyó un par de veces por casa deseándole la muerte a alguien, pero no le importó. Mientras hablara un rumano correcto y utilizara palabras ingeniosas, no había ningún problema.

Me dirigía ya para casa cuando oí en el patio vecino *«davai, davai, davai»*, y entonces distinguí entre los árboles a Isai, que azuzaba a Nina para que se retirara del camino y así poder marcharse. La odiaba desde antes de su llegada, pero en el momento en que la vi, la odié todavía más. Sabía que no era lista, pero tampoco era guapa, ni elegante: no era nada, y aquella nada iba a sustituir a mi madre. Isai se largó pitando, aunque mi padre nos dijo luego que había pagado a aquel «desgraciado» para que nos ayudara con el equipaje. Así que nosotras dos acarreamos, en primer lugar, un espejo con marco de cerezo; luego las cortinas, los manteles y las sábanas. La máquina de coser y su ropa las llevó sola, y con los tarros nos ayudó un vecino. Nina vino con treinta tarros para mermelada.

Muchos años después, cuando recordamos juntas ese día, admitió que fue su humillación más grande. Mi padre le había prometido que la llevaría a la ciudad en un Volga blanco, que lo celebraríamos los tres en un restaurante e iríamos por la tarde al teatro. Estuvo esperándolo en la puerta con todos los bultos amontonados hasta que vino la practicante a comunicarle que el fotógrafo no vendría, que tomara ella sola el autobús, y a darle el resto de las instrucciones. «Pensé en quedarme en casa, pero sentí pena por ti, Miluţa. Sabía que me estabas esperando», me dijo.

Era una mujer soltera y pálida, hija de veterinarios, apasionada por la costura y por el teatro radiofónico. Mi padre la sacó del pueblo recitándole unos poemas con los títulos cambiados, igual que Malik y yo sacábamos las arañas de la tierra con pan mojado en leche. No la amó ni un solo día, pero necesitaba a alguien que me criara y, de todas las mujeres que le habían prometido seguirlo hasta el fin del mundo, solo ella aceptó mudarse a Chisináu.

Ahora que lo pienso, conservo de ella un solo recuerdo luminoso: Nina haciendo mermelada en la cocina. Una mujer dulce, rodeada de montones de fruta con los que hablaba como si fueran sus hijos. Nunca seguía recetas como las mujeres de ciudad; lo hacía todo a mano y a ojo, y no le interesaba probar nada nuevo. Había aparecido, no sé de dónde, una moda de mermeladas refinadas y siropes, páginas enteras en revistas para amas de casa. «Probad la confitura de tomates verdes», «impresionad a la familia con mermelada de remolacha», «servid en las fiestas un delicioso sirope de rabos de diente de león».

Estas tres son las primeras que me vienen a la cabeza. Nina, sin embargo, afirmaba que ella no entendía «de eso», que sabía hacer «cosas sencillas, de pueblo», y vaya si las hacía, hacía verdaderas maravillas.

Mientras vivió con nosotros, nunca compramos dulces, porque siempre teníamos sobre la mesa las mejores mermeladas de frambuesa, ciruela, cereza amarga y albaricoque. La de albaricoque, sobre todo, era su tarjeta de visita: añadía en el tarro también unas semillas tostadas en la sartén. Los albaricoques eran la fruta preferida de mi padre. En cierto modo, creo que eso fue lo único que ambos compartieron y en lo que encontraron un verdadero placer.

«Acompáñame, Miluţa», me llamaba ella con voz apagada, y me pedía que fuera, que fuera a cambiar el agua, a acercarle, si podía, el azúcar, que fuera sin más, para hablar como hacen las chicas, pero yo no fui jamás. Sabía que no necesitaba mi ayuda, que lo que necesitaba era amistad; sin embargo, no le di nada, nada de lo que debería haber sido mío y de mi madre. Durante todos aquellos años en los que vivió con nosotros, unos años en los que mi padre no salió con ella, no le compró ningún regalo y no le dijo ninguna palabra cariñosa, al menos no delante de mí, Nina hizo mermeladas y lo amó.

El primer año *en famille* fue el más difícil. Fue difícil para mi padre. Fue difícil para mí. Fue difícil para Nina. Él, como era de esperar, fue el primero en adaptarse. Después de volver del viaje y de dedicarle a Isai todas las metáforas que se le ocurrieron, mi padre se ocupó de asuntos más delicados. No sé qué clase de relación le había prometido a Nina para convencerla de que se viniera a vivir con nosotros, pero los arreglos nocturnos no pintaban nada bien para ella. Nuestro estudio, que recibía el nombre oficial de «apartamento separado», estaba de todo menos separado, o tal vez solo lo estaba del resto del mundo. Nos había costado mucho meter el diván de mi padre y una cama plegable para niños con los bordes arrancados para que me cupieran las piernas, además de una mesita en la que colocamos el televisor. Por lo demás, cada espacio libre de la casa se había llenado inmediatamente de libros, diccionarios y toda clase de papeles que trajo él de la residencia para familias, y hasta allí desde el Dombás, y al Dombás desde Chernivtsí, donde había estudiado, aunque de todas formas no se había librado de la pobreza y había tenido que deslomarse trabajando en la mina.

Sitio para Nina, evidentemente, no había. Y tampoco deseo. «Dormiremos en función de las necesidades», nos dijo él la primera noche, con la voz de un hombre que parecía saber lo que decía. Pero yo, acostumbrada a sus disparates, veía que hablaba por no callar. En resumen, su plan era que los tres durmiéramos «donde nos entrara el sueño». Nina, con un confort máximo, en su diván descacharrado, donde se acostaría él alguna vez, cuando no estuviera de viaje. De todas formas, ella no debía esperarlo «en ningún caso», tenía que descansar a sus anchas. Yo, como había dormido hasta entonces: en la cama para niños con los bordes retirados, «teniendo en cuenta que ya no estaba sola en casa».

Animado por la situación —dos mujeres escuchándolo con atención—, mi padre sacó toda la amargura acumulada en los últimos años con mi madre, en la redacción, con sus amigos escritores, algunos de los cuales habían empezado ya a gozar de cierto éxito y de cierta fortuna. Que no lo dejáramos en ridículo ni lo tomáramos por tonto. Que viviéramos con modestia y sin excesos. Que no nos despendoláramos —«es lo más asqueroso que puede hacer una mujer»—, y que no saliera nadie de casa con el culo al aire o enseñándolo todo.

Él se refería, por supuesto, a Malik y a mí, pero Nina, pobrecilla, sin saber de qué hablaba, pensó que las palabras iban dirigidas a ella. Vi cómo se ruborizaba, estaba a punto de echarse a llorar. No la conocía

demasiado bien, pero habíamos vivido unos días juntas antes de que llegara él. Había visto sus batitas, sus bragas y sus sujetadores. El desmadre, en su caso, era un temor infundado.

No sé si se cansó de sermonearnos o si se dio cuenta de que se había pasado de rosca, pero después mi padre intentó arreglarlo diciendo que teníamos entradas para el teatro al día siguiente, y luego, más generoso aún, nos anunció que durante «una temporada» se instalaría «en el pasillo, en un colchón», para que nosotras nos acostumbráramos la una a la otra. Si Nina no se marchó fue gracias a mí. «Me caías muy bien. Se veía que sufrías, y no tenías ningún vestido bonito, solo libros.» Mi querida Nina.

Desde aquí arriba mi vida se ve claramente casi hasta el final. En una orilla, las cosas que han sucedido; en la otra, las que no van a suceder. Rive Gauche, Rive Droite, ya habéis oído hablar de ello. Cada viernes, antes de recoger a Céleste en la escuela, me detengo en el puente y pienso en nosotros tres. ¿Qué hemos ganado al venir aquí? Malik, nada. Yo, nada. De ingeniero y profesora hemos pasado a guardián y cuidadora. *Ella* al menos tiene a Marta. De hecho, no: *Ella* lo tiene todo. Eso no nos lo dijo nadie entonces. Dinero, perseguid el dinero, niños. De todos los inmigrantes que he conocido en París, los más felices son los que vinieron aquí por dinero.

Contemplo los barcos, las gaviotas, los edificios. Ahí está la torre Eiffel, vigilando incansable la ciudad con su ojo reptiliano. Ahí Notre-Dame, rejuvenecida y escondida entre los árboles. Aunque no se vea bien la entrada, sé que aquel es el Louvre, dándole la mano al jardín de las Tullerías, donde tantas veces he soñado sentada en una silla metálica, junto al estanque. Y más allá, el Musée de l'Orangerie, con los gigantescos nenúfares de Monet. Me pasé un día entero ante los nenúfares. Cómo me habría gustado que mi padre estuviera conmigo, sentarnos los dos en el banquito del centro de la sala y dejarnos abrumar por su belleza. Yo le habría preguntado en broma si los nenúfares no son lotos, y él se habría enfadado y me habría dicho: «¿Cómo van a ser lotos, Mila? Los nenúfares son nenúfares, ¿es que no lees nada?». Y luego habría añadido que el nombre de Victoria procede de los nenúfares, no de las guerras, como creen algunos, y que él quiso llamarme Victoria pero mi madre se opuso. Creo que no me habría gustado llamarme Victoria, pero me habría encantado pasear de la mano de mi padre por París.

En el lado izquierdo, mi lado izquierdo, no el de la ciudad, hay más lugares míos. El árbol-padre de la plaza Viviani. El Musée d'Orsay con los cuadros más bellos pintados jamás y el reloj-cafetería, donde me siento a tomar el pastel de frambuesa más delicioso del mundo. Haim. Si estuviera en mis manos, me quedaría a vivir junto a las *Amapolas* o junto al *Tiovivo,* o al menos junto a la *Noche estrellada,* que no se acaba nunca. Haim dice que París nunca será mía porque en ella yo no veo brillo, sino problemas. Pero ¿de qué otra manera puede llamarse una ciudad en la que te despiertas cada mañana y puedes adivinar la hora según la luz? Tal vez París no sea solo mía, pero con toda seguridad es también mía. Esta ciudad vieja e imponente, en la que dormimos en círculos, trabajamos en círculos, amamos en círculos. En la que vivimos como en el vientre de un reloj oxidado.

El Pont des Arts fue el primer lugar que visité cuando me mudé a Francia, un ruego de mi padre. Bueno, más una orden que un ruego, porque en su vida él solo rogó en el archivo y a los médicos. Por lo demás, repartió órdenes y amenazas. Sobre el Pont lo sabía todo. Quién lo construyó, cuánto costó, cómo murieron por él dos campesinos de Normandía, todo. «Júrame que lo primero que harás será ir al puente», me pidió una tarde, después de prepararme una bandeja de empanadillas y llamarme a la mesa. «Mila —dijo en tono grave—, en Francia hay que empezar con buen pie. Los artistas, el Panteón, eso es París, no las tonterías de las que habláis vosotros.»

Las semanas previas a venir a Francia me mudé a su casa. Sabía que no estaba de acuerdo con mi decisión de partir, que se ponía triste de verdad cuando nos oía a los tres hablar por teléfono. Ellos

estaban ya en París y yo le había pedido a Malik que me buscara algo que hacer en Francia los primeros meses. Me sorprendió que respondiera *Ella* primero. «Cuidadora de niños, mujer de la limpieza, *dog sitter…*, eso es lo más fácil», dijo, y ni siquiera le tembló la voz. Malik guardó silencio, como de costumbre, y al final añadió: «Tú ven, que no vas a morirte de hambre». Mi padre estaba a mi lado y lo oyó todo.

«Vas allí como al matadero», me dijo aquella tarde. Vino y se sentó en el borde del diván, el diván que me cedió a mí el último mes, su diván de siempre, que olía a alcohol y a yodo, a leche y a tila, un olor acumulado a lo largo de una vida entera, una pequeña fortuna. En aquella cama había dormido él, al principio con mi madre; más adelante, cuando nací yo y ella dormía conmigo, solo. Durante una temporada, avergonzado, con Nina. Y hacia el final, cuando no distinguía ya entre el día y la noche, con su pichón.

Llevaba varios días sin afeitarse y vestía un jersey de lana de cuello vuelto, aunque era verano. Se parecía a Hemingway en la fotografía que tuvo toda la vida en su mesa y en la que había escrito a lápiz: «¡Magnífico el armenio Yousuf Karsh!».

«Mira, Mila —empezó tímidamente—, se me ha ocurrido algo que puede cambiar las cosas.» Lo veía apurado. Aunque en casa hubiera mentido siempre, en ese momento parecía no encontrar las palabras y se frotaba las manos como si estuviera lavándose una suciedad imaginaria. «Mi pensión es demasiado para mí y creo que deberías quedarte tú con la mitad. Eres joven y tienes gastos. Perdóname por no haberlo propuesto antes.» Fue su último intento de retenerme a su lado. La última vez que lo vi con vida.

Una tarde, cuando regresé de la universidad, encontré en el pasillo una pila de diccionarios atados con un cordel. Había un Larousse, un volumen de un diccionario apocalíptico rumano-francés, de Marcel Saraş, y *Germinal* de Émile Zola, de la Biblioteca para Todos. Le había repetido mil veces que tenía un límite de equipaje. ¿Cómo iba a acarrear aquellos libros que pesaban cien kilos, cuando ya había empezado a renunciar a cosas esenciales? «Los libros son cosas esenciales, Mila. No has entendido nada», me dijo, desgarrado por la tristeza. Mi marcha lo destrozó, lo enfermó y lo convirtió en un anciano abandonado por su única hija. No le hice caso y comprendí sus palabras mucho más adelante.

Yo solo hacía tonterías. Tenía en la cabeza la idea fija y perniciosa de que debía cambiar por completo, de que a un país nuevo tenía que ir una mujer nueva.

Me había cortado el pelo a lo chico, me lo había teñido y me había gastado casi todos mis ahorros en ropa nueva y adecuada. Es decir, lo que pensaba yo que llevaban las francesas en París. Recuerdo sobre todo algunos conjuntos de lencería vulgares y dos trajecitos provincianos, que aspiraban a ser *deux-pièces*, comprados en un mercadillo. Mi prenda fundamental, sin embargo, era otra: un abrigo largo de lana, color burdeos, con un corte en la espalda, hecho a medida, que me costó dos sueldos de profesora. Yo habría preferido que fuera blanco, pero no encontré lana blanca, y la modista me dijo que aquel color era más adecuado para una mujer como yo. Se llamaba «guinda podrida».

Me espanta recordar mi estupidez. Cómo pude perder no solo todo el dinero ahorrado con tanto esfuerzo, sino también la cabeza. En lugar de pensar, como otras mujeres que se habían marchado antes, en cómo iba a ganarme la vida, en quién me ayudaría con los papeles, en cómo obtener títulos falsos de trabajadora social o de esteticista, que para tantas otras habían sido la salvación, yo solo pensaba en las bragas que me pondría en París.

Estaba convencida de que encontraría trabajo inmediatamente. Algo relacionado con el francés, con el ruso; tenía un máster, pensaba, tenía experiencia universitaria. Había oído bastantes historias de éxito sobre vendedoras o antiguas trabajadoras de fábricas de tejidos que habían conseguido «arreglarse» con familias ricas de París y que ganaban más que todos sus jefes anteriores juntos. Estaba además, por supuesto, el ejemplo de Renata, una estudiante que había ido a realizar unos cursos organizados por la Alliance Française y que se había casado con el nieto de un noble. Barón, conde, algo así. También yo había visto la fotografía de su castillo de Charente, circuló una temporada por nuestro departamento. Estaba claro que eso no iba a sucederme a mí, pero el hecho de que le hubiera ocurrido a Renata ya era todo un éxito. Lo cierto es que no pensé en mí en absoluto. Pensé en nosotros, en que estaríamos juntos de nuevo. Nosotros tres en París. ¿Qué podía salir mal?

Al puente fui directamente desde el aeropuerto, donde me recogió *Ella* con su coche nuevo, un Renault Megane amarillo limón. Estaba también Malik; callaba todo el tiempo y me sacaba de mis casillas. Me hacía sentir culpable, como si hubiera estropeado vete a saber qué planes, aunque estaba al corriente, gracias a *Ella,* de que llevaban varios meses sin acostarse y de que lo consideraba un fracasado. Por aquel entonces, Malik había empezado a trabajar en Lyon, en la obra de un marroquí, pero había venido a París solo por mí, «para estar todos juntos cuando llegues».

Nunca me contó lo difícil que había sido. Si me lo hubiera dicho, habría estado más atenta y habría actuado deprisa antes de que se derrumbara todo. Frédéric le había prometido también a él alojamiento y comida. Alardeaba de tener contactos suficientes como para echarle una mano, encontrarle trabajo. No le ayudó en absoluto. Solo una vez le propuso interceder por él en un lavadero de coches, el negocio de un amigo, y cuando Malik titubeó —no lo rechazó, solo titubeó—, el Cerdo se cabreó y le dijo que se buscara una casa, que él no tenía sitio para zánganos. Malik fue más ingenuo que yo. Había venido a París, como descubrí más adelante, con doscientos dólares prestados y con su título de ingeniero traducido al francés en la hoja de un cuaderno.

Aquel día el puente estaba abarrotado. El ayuntamiento no había retirado los candados todavía y docenas de parejas —turistas, por supuesto— se besaban y prendían en la valla esos símbolos de eternidad. «El desfile de los tontos», dijo *Ella* con maldad, aunque entonces me pareció solo un comentario elevado. Estaba más guapa que nunca. Llevaba un vestido de lino con tirantes, pendientes de hilo de oro y un anillo con muchos diamantes al que daba vueltas sin cesar para atrapar el sol y lanzar «reflejos». Yo quería ser como *Ella.* Pero tenía el aspecto de una profesora pobre del este, con el pelo corto y un rastro de tinte detrás de las orejas, y llevaba puestas unas botas con borreguito. Pesaban demasiado como para meterlas en la maleta.

—Esto de los candados es, sin duda, una tontería —comenté yo—. El amor no es así, no es un hierro colgado del barandado de un puente, al menos no el amor verdadero.

También hablaba como una profesora, pero, mientras *Ella* me daba la mano, me sentía como si fuéramos dos niñas de nuevo y como si hubieran florecido los castaños detrás del cine. Cuando oyó mis palabras, Malik se deprimió del todo y se fue a comprar agua.

—Ven, quiero enseñarte algo —me susurró *Ella* cuando vio que él se marchaba, y empezó a empujarme por detrás, como hacía de joven cuando se impacientaba por llegar a algún sitio. En aquel momento, debajo de nosotras pasaba un *bateau-mouche* en el que celebraban una fiesta de blanco—.

¡Ahí estaremos nosotras la semana que viene, tomaremos Aperol y comeremos *huîtres!* —exclamó feliz, absolutamente feliz, mientras yo procuraba absorber todas aquellas imágenes y palabras nuevas.

—¿Crees que podrá venir Malik? —pregunté titubeante. Se había lamentado ya en el aeropuerto de que tenía que volver a Lyon esa noche. Debía terminar un tejado. Trabajaba como un mulo, el pobrecillo, y aquellos miserables ni siquiera le pagaban entonces un salario completo.

—¿Malik? —dijo *Ella* torciendo el gesto—. Malik estará en Lyon con sus constructores. ¡Vendremos nosotras solas!

En aquel instante comprendí que Malik se había equivocado. Se había equivocado amargamente al dejar en Chisináu un mundo entero —a Dina Andreevna, que había regresado a casa enferma; su trabajo en la Politécnica; a sus amigos de verdad— y mudarse a Francia por *Ella*. Fuera lo que fuese lo que había entre ellos, fuera lo que fuese lo que esperaba conseguir él, ya se había acabado. Malik había perdido. Yo, en cambio, había ganado. El París que yo conocía por los libros estaba, por fin, a mis pies.

Antoine trocea langostinos en la *cutting board* que no debo fregar, con el cuchillo que no debo tocar, objetos caros a los que lo unen algunos recuerdos. Su cocina me recuerda a una morgue recién renovada. Tres matices de gris, suelo de mármol, mesa y sillas de plexiglás macizo, hechas a medida. El mes pasado cambió también el cubo de la basura. Un huevo espacial que se abre en cuatro partes para cartón, plástico, vidrio y otros residuos. Lo he buscado en Google Imágenes y cuesta trescientos euros. No lo toco ni aunque me ahogue entre la basura. La meto en el bolso y la tiro en la calle.

—¡*Ma poupette,* comemos en cinco minutos! —grita él desde la cocina, y le digo a Céleste que deje de inmediato la película para no hacer esperar a su padre. Luego tendremos tiempo de hacer lo que queramos.

—Mila, ¿podemos mirar también lavanderías de alfombras? —me pregunta ella en susurros.

—Miraremos lo que queramos —susurro también yo—, pero ahora tenemos que cepillarnos las uñas.

Yo me ocupo de Céleste. Para la limpieza, Antoine cuenta con Pranika, una nepalí de cincuenta años a la que paga su madre desde que él estudiaba para actor, luego para diseñador de interiores —un poco —, después para fotógrafo y solo al final, «cuando comprendió quién era de verdad», el primero de los tres cursos de una prestigiosa escuela de cocina. De ahí sus *cutting boards* de madera de olivo traídas de Italia, los cuchillos, los exprimidores, los hornos y los hervidores…, aparatos como para llenar los estantes de una tienda. Y, por supuesto, los *souvenirs.* En veinte años, Pranika solo se ha ausentado dos —cuando, para sorpresa de todo el mundo, Antoine trajo a casa a *«la salope»*, la madre de Céleste—, pero regresó en cuanto él se divorció y ventiló y fregó todo. Flis, flis, flis, Pranika anda por la casa frotando, limpiando, desinfectando. Una diosa hindú de cien brazos, siempre dispuesta a ponerte en tu sitio.

Este trabajo me lo consiguió Fima a través de su conserje, y desde aquí llegué adonde Haim. En definitiva, mi vida depende de estas dos familias: si no trabajara para ellas, tendría que ir corriendo a diez sitios distintos y limpiar hasta deslomarme. Antoine me sacaba de mis casillas porque me parecía un tarado, pero lo fui conociendo y cambié de opinión. No radicalmente, pero sí mejoró. Cuando necesité dinero para Malik, me lo dio sin que se lo pidiera, a diferencia de Haim, que se escaqueó rápidamente diciendo que el dinero lo lleva Cora. Antoine es la única persona a la que se lo he contado todo sobre Malik. Le hablé sobre mis más negras sospechas, con las que regresé de Lyon, sospechas que ni siquiera mi mente quiere aceptar. «Mila, amar a alguien significa cambiar tú, no cambiar a la otra persona», me dijo entonces, pero no entendí demasiado bien a qué se refería, lo habría leído en algún folleto. De todas formas, me dio el dinero y le estoy agradecida.

Con Céleste es fácil. La conozco desde que tenía tres años, ahora tiene nueve, nos vemos solo los lunes y los viernes y cuando me necesita él. Los viernes, la llevo a catequesis en autobús, tres paradas hasta la iglesia, y espero dos horas mientras hablo con Fima por teléfono. Por la tarde, volvemos a casa y tomamos una cena ligera preparada por Antoine; luego, pasamos la noche juntas. El viernes es *daddy's night,* «cuando todos los papis formales salen a pasarlo bien», nos recuerda él cada vez que sale de casa, vestido como un papagayo.

«Papá quiere encontrar una mamá buena para los dos», me dijo Céleste una noche. Sentí mucha pena por ella, porque estoy segura de que, entre todos esos papis, él no va a encontrarle una madre. Al menos no mientras viva la abuela, que lo paga todo.

Hoy tomamos tartar de langostinos sobre un lecho de cilantro, con láminas de aguacate que él nos corta directamente en el plato con uno de sus *gadgets* favoritos.

—¡El aguacate siempre al final! —grita Céleste levantando un dedo—. ¡Si no, se oxida!

Antoine le acaricia la coronilla y sonríe orgulloso. Hoy está más guapo que de costumbre. Se ha hecho la manicura, se ha depilado el pecho y lleva un perfume que me vuelve loca. Otro hombre que sabe preparar un aguacate, pero que no sabe follarse a una mujer.

—Mila, después de cenar, tenemos que hablar —anuncia, y me da un vuelco el corazón.

Espero que Céleste no se haya chivado de que miramos tonterías en el móvil. Ha ocurrido dos veces, cuando vi que se aburría de sus juegos educativos, puzles y matemáticas, adivina el cuadro, adivina la melodía. Pienso a menudo en lo desgraciada que debe de ser con un padre hogareño siempre encima de ella, con una abuela religiosa que la quiere solo a medias, solo a la mitad creada por su hijo, y con una madre que corretea por el mundo en busca de la mejor versión de sí misma.

Digo todo esto, pero en realidad admiro a Antoine. De todas las cosas que empezó a hacer y que no terminó —estudios, una galería de arte en Le Marais, una tienda de aceites esenciales—, ser padre es la que mejor se le da. Creo que no he conocido nunca a un hombre que cuide de su hija como él, y no hablo solo de cocinar. Cuando Céleste tenía pesadillas, dibujaron juntos un cuadro con todos sus miedos, luego lo quemaron y «arrojaron sus cenizas al viento» para que no regresara ninguno. Cuando ella decidió que quería ser vegetariana, se hizo vegetariano también él, y cuando quiso dejar el ballet impuesto por su abuela, él dijo «es tu elección, *poupette*», y no volvió a mandarla a las clases, aunque la vieja echara humo por todos los orificios.

A la madre de Céleste —una brasileña convertida a no sé qué— la he visto una sola vez, cuando la trajo de las vacaciones tres días antes de lo previsto. Céleste tenía la espalda quemada y piojos —«nosotros no nos protegemos del sol, es fuente de vida»—, y durmió tres días como un tronco. Antoine y yo la tratamos con champús naturales, con aceites y esencias, pero no conseguimos quitárselos. Al final tuvimos que cortarle el pelo y «ponerle venenos». Creo que nunca he visto a Antoine tan furioso. «Eres una miserable, una inconsciente», gritaba al teléfono mientras daba puñetazos en las paredes; estropeó una balda entera de copas. Entonces rompió también la mesa, pero lo de la mesa no lo lamenté en absoluto, porque era de cristal y me enfriaba las manos.

La limonada está agria como la cara de Halagarda. En el vaso de Céleste, Antoine pone una cucharadita de miel, y en el mío, tres granos de pimienta rosa.

—Pruébala, Mila —me dice, chascando la lengua—, ¿notas la diferencia?

—Es ciertamente especial —le respondo con la lengua erizada, y pienso en la Fanta escondida en mi bolso y en las tres ciruelinueces. Palabras así son las que más le gustan: *especial, inesperado, particular.* Procuro contentarlo como buenamente puedo.

Entre otras cosas, he aprendido a fingir gracias a Haim. «Quien te paga quiere que lo hagas todo como él, y es mejor todavía dejar que te enseñe», me dijo desde el principio, cuando Cora me sacaba de

mis casillas con sus consejos sobre cómo escurrir el trapo o sacar brillo a los muebles y discutíamos cada día.

—Papá, Mila dice que, antes que acabar en una silla de ruedas, es mejor morirse. ¿A que sí, Mila?

Eso sí que no me lo esperaba. Bueno, sé de dónde salía, pero no me imaginaba que lo fuera a soltar de esa manera.

—No es exactamente así —respondo apurada—. Mila nunca ha dicho esas tonterías, Céleste. No exageres.

Antoine me mira con creciente interés y veo cómo se prepara para el ataque. Nada le gusta más que atormentarme con todos esos ismos que él, nacido, criado y plantado en el barrio más caro de París, se sabe de memoria. Un día, me alineó sobre la mesa un kilo de patatas y me explicó, como en la escuela, el racismo, el clasismo, el sexismo, el edadismo… Este último, en su opinión, es el más dañino. En fin, yo creía que eran unos cinco, pero resulta que son alrededor de quince. Le mencioné también el comunismo y el socialismo, y no le sentó nada bien. «El socialismo es otra cosa», me interrumpió con su cara de politólogo, como si no supiera yo que ha fracasado en todos sus estudios, incluso en los de cocinero. «En la base del socialismo hay ideas muy buenas, pero se perdieron por el camino.» En la base. Me daban ganas de meterle las patatas por la base.

—Yo no he dicho eso, Céleste —repito, enderezando la espalda—. Hoy he hablado en la iglesia con Virginie sobre su marido, que tiene metástasis y solo sufre, no vive. Quiere morir porque tiene dolores.

—Pero morirse es malo —dice Céleste, a punto de echarse a llorar.

—Tienes razón, *ma poupette*. La muerte nunca es lo mejor. ¿A que no, Mila?

—Claro, Antoine.

Me dan ganas de zarandear a Céleste. Hoy me esperaba un día más llevadero. Después de la discusión con Haim, lo que me faltaba era otra con Antoine. Dos gigolós que tiran del dinero de las mujeres y que me enseñan cómo vivir, cómo no bajar la guardia. Espero que Céleste no se haya chivado de lo de las lavanderías de alfombras, aunque, al fin y al cabo, no le he enseñado nada prohibido ni pornográfico. Si me pregunta algo, le diré que quería mostrarle lo que cuesta limpiar o algo así, que hay que respetar el trabajo de Pranika, el trabajo de la gente con menos privilegios. *Privilegiado* es una palabra que a Antoine le disgusta profundamente.

Me di cuenta hace tiempo de que aquí los niños no saben mentir como mentíamos nosotros. No son capaces de guardar un secreto, de protegerse. Nosotros éramos un muro ante los padres, pero ellos ceden en tres segundos. Todos temen la ley. Una vez oí a unos niños en el parque amenazándose unos a otros con la policía, con el fisco. Cada país con sus miedos.

Luego está el asunto del veganismo; me supera eso de salvar el planeta. Nadie quiere comer carne ni tener hijos. «La tierra está superpoblada y no necesita más gente», nos dijo Céleste una tarde, mientras comíamos biopasta con biosalsa de biotomate. «Deberíamos pensar en cómo reducir el número, no en cómo incrementarlo.»

Me quedé boquiabierta, pero Antoine, en lugar de decirle que no hiciera caso a esas tonterías, la alabó por utilizar correctamente la palabra *incrementar*. Me habría gustado preguntarle cómo pensaba ella reducir el número de personas, pero pensé que me arriesgaba a recibir una respuesta que no iba a gustarme. «¿Y qué dice madame Dubois?», le pregunté en cambio. Estaba convencida de que en la catequesis no podían explicarle lo mismo que en la escuela, al menos allí tiene que estar bien querer

hijos. «Madame Dubois nos ha dicho que, dentro de poco, en Francia solo quedará la gente que merezca la pena.» Al menos eso me ha quedado claro.

—Ahora viene un *parfait* de pistacho —anuncia Antoine, pero debe retocar algo. La nueva receta ha fallado, así que hay que esperar un momento.

Céleste salta de la silla al instante y yo la sigo contenta, antes de que Antoine me diga algo sobre limpiadores de alfombras o sobre esta última, la tontería esa de la muerte.

El verano pasado Céleste pidió dormir en un arcoíris y Antoine le pintó las paredes de la habitación de todos los colores. *Grand-mère* rezongó, pero él la invitó a descargar sus residuos tóxicos en otra parte. Entonces ella decidió comprarle a su nieta una cama en forma de nube. Si no sonara patético, diría que este es mi lugar favorito de todo el universo. Ya trabajaba para ellos cuando él sacó a Céleste de su habitación. Hasta entonces, había dormido en la misma cama que Antoine y, cuando él salía, yo la cuidaba por la noche sentada en una silla. Solo una vez le pedí que me trajera un colchón para poder tumbarme, pero él saltó con que no me pagaba para dormir, sino para velar. Eso fue hace seis años. Desde entonces han cambiado muchas cosas. Él se ha ablandado y yo me he armado de valor. Creo que es el único francés que ve también lo que fui, no solo esto en lo que me he convertido.

Cuando le conté que en Chisináu trabajaba en la universidad, que daba clase y que traduje libros con mi padre, él se puso muy contento. «¡Guau, Mila! Qué *cool* que cuides a Céleste. Ella es aplicada, no como yo. ¡Ya verás!» Siempre me ha gustado que Antoine se ría de sí mismo, no solo de los demás.

Una vez, habló de lo difícil que había sido cumplir las expectativas de sus padres, sobre todo las de su madre, que desciende de una familia rica. Al ser hijo único, era inconcebible que no quisiera estudiar Derecho y, después de la muerte de su padre, la presión se volvió insoportable. «Me vestía como la *racaille*,[27] hablaba como la *racaille*, desaparecía semanas enteras y dejaba que me buscara la policía en las casas de veraneo de todos nuestros amigos. Aunque ella no quiera reconocerlo, la que me cambió fue Adriana, pero con Ada cometí otros errores.»

Por otra parte, comprendo a su madre. Ha costeado todos sus caprichos y solo le pidió que estudiara, que continuara con lo que habían empezado sus abuelos. Si fuera tonto, sería tal vez más fácil aceptar sus fracasos, pero no lo es. Tiene la cabeza de diez *racailles*. Habría podido estudiar en las mejores universidades, desarrollar una carrera brillante, podría ser alguien, no contentarse con preparar comida tres veces al día para su hija. No lo interrumpo cuando la critica, pero su madre no es tan miserable como él dice.

Nosotras nos hemos visto varias veces y debo decir que me cae bien. Es una esnob, así la criaron, no conoce otra cosa. No va a cambiar a los ochenta años. Pero tiene buen corazón y juzga a la gente por sus actos, no por las apariencias. Me dijo que ella cree en los estudios, en la gente que se abre camino en la vida con la cabeza, no a codazos. «Mis bisabuelos, Mila, tenían vacas y cultivaban lechugas. Tres generaciones trabajaron para salir del estercolero, pero Antoine quiere volver a los establos.»

Me preguntó también por mi padre, por mi infancia. Me dijo que lamentaba que hubiera acabado siendo cuidadora, porque podría haber hecho muchas cosas si hubiera nacido en otro país o, al menos, en otra época. «Vosotros habéis renunciado por necesidad, pero nuestros hijos han renunciado a todo por estupidez. Antoine no entiende con cuánto sacrificio hemos llegado nosotros adonde hemos llegado.»

También hablamos sobre la fe, sobre lo que significa la Iglesia para ella. Le dije que me gusta que

para los católicos todo gire en torno al amor y al perdón, porque nuestro Dios, el de los ortodoxos, es más severo y nos castiga más a menudo. Al menos Fima y Lenuţa hablan todo el rato sobre el castigo y los suplicios eternos. Suplicios eternos ya tengo aquí; allí me gustaría que fuera diferente. En cualquier caso, lo que quiero decir es que esta mujer me gusta. A la mujer de Haim, con sus pendientes y sus sedas, le queda mucho para alcanzarla.

Y no creo que haya en el mundo padres que no quieran cambiar a sus hijos. No sé cómo habría sido mi madre más adelante, cuando yo hubiera crecido, pero de pequeña fui claramente una carga para ella. Por mi culpa no pudo estudiar ni desarrollar una carrera. Por mi culpa se quedó sin calcio y sin dientes, y también por mi culpa, pues tenía que llevarme a todas partes en brazos, tuvo que cederle la cámara de fotos a mi padre, «que fingía saber, pero no sabía». De mi padre ¿qué más puedo decir? Después de aquel incidente con Malik, me juzgaba a cada paso. Primero no fui lo suficientemente dócil, después no fui lo suficientemente previsora. Con los hombres nunca he sabido callar, en la facultad hablaba demasiado y con demasiada brusquedad. No le alegró que me marchara al extranjero. No me lo reprochó abiertamente, pero sé que no le alegró. Habría preferido verme como otras compañeras, pobres pero dignas, engañadas pero casadas. Con Céleste parece fácil ser padre. Es obediente y alegre, y duerme en un arcoíris. Dios quiera —tanto el de ella como el de Fima— que me conserven a su lado todo lo posible.

Fima me ha llamado esta mañana y me ha pedido que la sustituya en el Hormiguero. «Mila, he cogido frío en el chochín. Estoy orinando sangre.» Estaba en la habitación de Céleste y no he podido gritarle, pero le he preguntado qué estaba tomando. «Si sangras, es una infección, no es que hayas cogido frío», eso he alcanzado a decirle, y así he desatado el Armagedón. Estaba tratándose con baños de camomila.

Quiero a Fima. Por su corazón y por todo lo demás. Porque no dejó que me tirara del puente aquel día y porque llama a Cora «borrica vieja y podrida», como se merece. Sin embargo, tengo un gran problema con las mujeres de nuestra edad que usan la palabra *chochín*, como si tuvieran un pajarraco en las bragas. Me da pena, claro que me da pena. Pero me fastidia todavía más que, por culpa de la infección en su garza, no podamos ir mañana a ver a Malik, tal y como habíamos planeado; él nos espera el día de su cumpleaños. «No me digas cómo tengo que vivir», fue su respuesta de asquerosa, y antes de colgar me acordé de que estoy en deuda con ella.

Tampoco es la primera vez. Hace dos años, estuvo a punto de morir por culpa de una alergia a una mezcla de productos de limpieza. Ella no utiliza guantes ni mascarilla, no respeta las instrucciones, las dosis, nada. Cuando fui a verla, se me subió la sangre a la cabeza. Tenía el cuello lleno de ampollas y lo de las manos parecían quemaduras de primer grado. Lenuţa se agitaba junto a la cama como trastornada. Le ponía compresas de clara de huevo, de bicarbonato diluido en leche, ese tipo de cosas. Las había avisado muchas veces de que iban a morir las dos devoradas por virus y bacterias, por alguna enfermedad que se podía prevenir, pero ¿qué me respondió Fima? «La gente que tiene la boca sucia come solo tierra en el otro mundo», y Lenuţa añadió: «Y cadáveres, tierra y cadáveres». Por supuesto, ninguna de las dos se vacunó contra el covid e, incluso después de cinco años, me echan en cara que ellas no han estado enfermas ni un solo día, mientras que yo, con tres dosis, he caído dos veces.

Por lo demás, no tenía grandes planes para hoy. El sábado es mi día libre, o debería serlo si no fuera suplente de chochines. Quería dar una vuelta por el Marché Barbès, donde puedes encontrar pimientos morrones y albaricoques aterciopelados, como en Moldavia; a veces, incluso moras. Tengo un antojo terrible. Pensaba pasar también por el Hema. La última vez que estuve, salí con dos bolsas grandes llenas de cosas inútiles que me hacían recordar nuestra juventud, cuando nos podíamos permitir solo baratijas. Comprar muchas cosas con poco dinero siempre me hace feliz. Me importan un rábano la calidad, las marcas, la sostenibilidad. Compro a lo loco plástico y vidrio, vestidos y faldas sintéticas que se estropean con el primer lavado, porquerías sabrosas llenas de conservantes que me engordan, me estriñen y me destrozan los dientes.

Después del Hema, he ido a almorzar. Hacía calor, el aire olía a jazmín y me he decidido por un sitio bueno, bueno de verdad. Uno de esos lugares donde los camareros te miran por encima del hombro si pides solo un café y un botellín de agua. He pedido de todo. He tomado lo más caro del menú: muslo de pato con judías y salsa de miel, patatas panaderas, un agua Perrier y un vino tinto, y de postre un *babà* de ron. Recuerdo la cara del camarero jovenzuelo, un chaval argelino con los dientes separados, ¿qué habrá pensado de mí? Cuarenta y ocho euros por un almuerzo. Una mujer que ni siquiera es guapa, una mujer simple con dos bolsas grandes del Hema. ¡Increíble!

Pero quiero pasar sobre todo por donde el mendigo. Hay un hombre que pide junto a la estación; la última vez le prometí un paquete de cigarrillos y él hizo un gesto incrédulo con la mano. Quiero ver su asombro cuando se lo dé. He empezado a detenerme más a menudo junto a la gente que vive en las estaciones de tren y que acarrea su vida en una maleta. Pienso que alguna vez tuvieron amigos, trabajo, planes, pero han acabado con agujeros en la boca y mirada de asesino. A Fima no le gustan y nunca les da nada. Tanto ella como Lenuţa dicen que, si crees en Dios, si vives según su palabra, nadie te abandona en la calle como un mueble estropeado. Yo, sin embargo, creo que, si soy buena con ellos, si les compro de vez en cuando vino y cigarrillos, me salvaré, porque algún día uno de ellos me contará qué error terrible cometió para perderlo todo.

Nunca he temido la muerte, porque la muerte te lleva, no te deja. Temo mucho más una vida en la que el dolor se convierta en tu nombre, la vergüenza se convierta en tu nombre, todo lo que te han hecho otros se convierta en tu nombre y ahí se quede. Pero primero… las deudas.

Después de abandonar la casa del Cerdo, las horas de limpieza fueron mi único medio de subsistencia. Trabajaba con Fima en el Hormiguero y ganaba trescientos euros al mes. Vivía de pan y leche, y si quería algo caliente, inflaba un tazón de fideos cancerígenos. De día entraba en los grandes almacenes a tomar «muestras». A veces ofrecían gratis yogures, galletas o trozos de pan untados con paté. Zampaba de todo, luego me dirigía a la sección de fruta y salivaba al ver las fresas y las nectarinas, las uvas y las peras. Cuando pasaba junto a los asadores de pollos, juro que me daban ganas de romper el cristal, sacar uno y salir corriendo con él hasta que me pillara la policía, porque para entonces ya me lo habría comido. Malik también conseguía traer alguna cosa de la obra. El jefe le llevaba comida y él no se la comía toda. Después del accidente en la casa del marroquí, Malik había regresado a París y trabajaba por días, pero él no tuvo la suerte de Paşa.

A mi padre le dije que me había mudado a casa de Malik porque me había matriculado en unos cursos y me quedaba más cerca vivir con él que donde Frédéric. La idea de los estudios fue buena, pero, por desgracia, me equivoqué de tema. Le solté por teléfono que iba a estudiar el exilio en la literatura universal, él entendió «escritores en el exilio», y durante una temporada todas nuestras conversaciones fueron solo sobre exiliados. «Mira, Mila, Hugo escribió *Los miserables* en una isla», o «Mila, Hemingway produjo en el exilio su mejor libro», o «Dante, Freud, Solzhenitsyn… Solo esos puedo mencionarte. Tengo que ir a correos a cobrar la pensión».

Aquel año, mi padre se compró un portátil de segunda mano e instaló Skype, así que me llamaba más a menudo y me obligaba a «enseñarle» cosas. «Enséñame los libros que tienes en casa.» «¿Pero qué coméis? Que lo vea yo.» «Mira, Mila, lo bonito que se ve mi jardín desde la ventana, ¿en tu casa qué se ve?» Se veía una mierda. Vivía en una caseta de obra en Villeneuve-Saint-Georges, donde cabíamos los dos solo cuando nos acostábamos. Robábamos la luz de las casas de alrededor y el retrete era el bosquecillo cercano. Menos mal que a Malik, que era también una especie de repartidor y tenía que llevar paquetes, le pagaban el teléfono en el trabajo: así al menos teníamos internet. Cuando sabía que iba a llamar mi padre, me iba a un Burger King junto a la Sorbona y le enseñaba desde allí la universidad, los estudiantes, la ciudad. «Qué preciosidad, Mila. ¡Qué vida! Tienes que sacarme sin falta una foto del péndulo de Foucault.»

Un año después, Fima me consiguió esas horas en casa de Antoine, luego apareció Haim y la cosa

mejoró. El primer día, Cora me preguntó dónde vivía y le respondí con sinceridad que vivía en una caseta de obra con un amigo. «¿Qué clase de amigo? —se interesó ella—, ¿amigo-amigo o novio?» No supe qué responder. ¿Qué era Malik para mí? Le dije que era un chico que había crecido conmigo en Chisináu, y Haim, que acababa de entrar en la habitación, exclamó: «¡Kishinew!». Había estado una vez en Chisináu, en la época de la Unión Soviética. Algo relacionado con Odesa y Bernardazzi.

Al día siguiente me trasladé a su casa, a una c*hambre de bonne* de nueve metros cuadrados, con la condición de no llevar amigos de ninguna clase. Aquella noche en la que dormí en una cama limpia, con sábanas que no rascaban, con una almohada que no olía a sudor y sin borrachos que aporrearan la ventana, fue mi primera victoria francesa. El sentimiento de no deber nada a nadie era extraordinario. Ahora me da vergüenza decir esto. En mi país había vivido así, tal vez incluso mejor. En mi país trabajaba en la universidad. Corregía textos, no limpiaba meados, y en los años que pasé con Anatol conocí incluso el lujo. Sin embargo, ¡cuánto me alegraba aquella habitacioncita solo mía, con una ducha de noventa centímetros cuadrados y postigos en las ventanas! Me compré unas bailarinas y un ramo de peonías, y le dije a mi padre que me había vuelto parisina.

En realidad, el Hormiguero es un museo de ciencias naturales adonde van los niños a jugar con agua, con barro, con algas. A escuchar el mar en las caracolas o a tocar con sus manos de niños urbanitas hielo de verdad y musgo del bosque. Fima dice que solo los tontos gastan dinero en algo así y que, si los padres quieren enseñar a sus hijos lo que significa el trabajo, deberían llevarlos a un pueblo, no al museo. «No todos los franceses viven en las terrazas. En Francia también hay gente que trabaja la tierra.» Nuestra Fima es una gran admiradora de los chalecos amarillos y no ha faltado a ninguna manifestación, aunque en Moldavia viviera en un bloque y trabajara en correos.

Yo no tengo nada en contra de los chalecos, como me reprocha ella echando salivazos —«tú crees que, como has sido profesora, eres muy lista»—, solo que no soporto la violencia. Le pregunté cómo se sentiría si alguien quemara su coche o, no sé, su tienda, la panadería en la que ha invertido todos sus ahorros; ¿los seguiría apoyando? Ella me respondió que quien tiene una panadería ya no es pobre, y que además los coches están asegurados, así que tampoco es para tanto. Encima —y en esto último no quiero ni pensar— dijo que estaría muy bien que llegara al poder alguien que limpiara Francia de «arribados».

En una época, yo también me planteé trabajar ahí. No como limpiadora, sino como vigilante, pero era demasiado complicado. Para un puesto de responsabilidad tienes que hacer unos cursos, los cursos los haces cuando tienes tiempo libre, y el tiempo libre o lo tienes o no lo tienes. Algunos nacen con la vejiga llena de tiempo libre; otros, con las tripas vacías.

Diga lo que diga Fima, a mí el Hormiguero me devolvió la vida. Acababa de limpiar enseguida y luego, durante una hora, mientras ella hablaba con su hermana utilizando el wifi del museo, yo contemplaba las hormigas a mis anchas. En el segundo piso, en una sala enorme, cientos de miles de hormigas viven en un hormiguero de cristal, sin sospechar que son vigiladas. En cierto modo, entiendo que mi padre dijera, cuando le hablé de ellas, que es inhumano recluir a un ser vivo en una cárcel. Pero era como si esas hormigas me hubieran hechizado, y me gustaba imaginarlas como criaturas afortunadas que no tenían otra cosa que hacer en la vida aparte de vivir y multiplicarse, porque todas sus necesidades las satisfacían las personas.

El Hormiguero me recuerda algo más: aquel año negro, mi año en el fondo del agujero, cuando, entre

todas las posibilidades, la muerte me parecía la mejor solución. Aquel año en el que toda la gente bien, toda la gente inteligente y cultivada que conocía, pasó de mí, pasó de mí como de la mierda, y solo me ayudaron Fima y Lenuţa, dos estúpidas que toman ajo por la mañana para reforzar el sistema inmunitario.

Mi primer par de pantis olía a camisa de hombre sudada. Mi padre había vuelto a casa después de una semana de playa en Pitsunda, adonde fue solo con hombres y solo para cambiar de aires. Así de bronceado, así de oreado, no encontraba ya su lugar en nuestro estudio abarrotado de alfombras de lana. Lo recuerdo delante de la ventana, con los puños apretados y las venas marcadas como serpientes. Si yo no hubiera sabido que acababa de llegar, si no hubiera contado una a una sus diez noches de vacaciones, imaginando para cada una de ellas cosas que le gustaban —granadas maduras, un mar sin medusas, cuencos de cangrejos—, habría pensado que aquel hombre descansado y triste, mi padre, me estaba abandonando. Sin embargo, eso no ocurrió entonces. Eso no ocurrió jamás.

Después del incidente de la bañera, hablaba poco conmigo o, mejor dicho, hablaba poco en casa, algo que en principio era lo mismo, pero yo, de todas formas, no me cansaba de él. Me había acostumbrado a sus silencios angustiosos y a sus arrebatos de ira cada vez más frecuentes, a sus lecturas nerviosas en lugares poco adecuados y su escritura cifrada en cualquier cosa que cayera en sus manos, pero sobre todo a sus ojos hinchados, que no eran en absoluto un síntoma de leer hasta muy tarde, como les decía Nina a las vecinas, sino de las borracheras interminables. Lo conocía, o eso me gustaba pensar, porque me conocía a mí misma. Todavía no teníamos en común la pasión por el alcohol, pero tampoco faltaba mucho para eso.

A la playa se largó sin pedirnos permiso y sin anunciarlo siquiera oficialmente. Una tarde, antes de marcharse, cuando empezó a preparar la maleta, Nina vio los billetes de avión y se echó a llorar. Las dos le preguntamos qué pasaba: ¿se marchaba de viaje en avión, se iba a otro país, nos abandonaba? Y entonces él nos dijo sencillamente que se iba a la playa. Solo con hombres y solo para cambiar de aires.

No hacía vida con Nina. Las pocas noches en las que se veía obligado a dormir en la misma cama que ella, decía que estaba «molido», o resfriado, o que no se había duchado, o se inventaba otra enfermedad, otro motivo; se acostaba con un chándal azul que se compró después de que llegara ella y con el que murió. Si bien al principio Nina guardaba las apariencias —se dejaba el pelo suelto y me pedía que le depilara el bigote—, al cabo de un tiempo ella también dejó de tomarse la molestia. Dormía con cualquier cosa, siempre con calcetines gruesos de lana, porque habían empezado a dolerle los huesos.

Desgarrada entre los dos, yo había llegado al límite de mis fuerzas. Quería o bien que desapareciera Nina y que todo fuera como antes, o bien que él se marchara con otra mujer y que me dejara a mí con ella, ahora que me había acostumbrado. Leía mucho por aquel entonces. Me encantaba que los personajes encontraran algún objeto mágico con el cual conseguían liberarse de las garras de la injusticia o del aburrimiento y vengarse de todo. Estaba convencida de que una llave —y, si era necesario, incluso la puerta entreabierta de un armario— podía transportarte a otro mundo si lo deseabas con toda tu alma. Aquella mañana, junto a la ventana, mi padre parecía desearlo con toda su alma, así que me acerqué a él y tomé sus puños con mis manos.

Me habló entonces sobre la amistad y la traición, sobre el vino, sobre la poesía y sobre cosas elevadas, sobre el vino, sobre el dinero que habría podido tener si lo hubiera necesitado, sobre el vino y sobre cómo se sacaron aquella foto los tres hombres desnudos en una playa de Georgia. Con sus puños

en mis manos, ante una ventana cerrada a través de la cual nadie llegó, nunca, a ninguna parte, mucho menos a un mundo mejor, mi padre brillaba. Era una luz que fluía de un sol joven y lejano, una luz que ardió en él hasta el final y que lo quemó.

No sé qué tenía en la cabeza cuando me compró unas medias a mí, una niña de catorce años. Tal vez lo hiciera por Nina, para mostrarle que esas cosas son importantes para una mujer. Tal vez lo hiciera por mí, para mostrarme que esas cosas son importantes para una mujer. Solo sé que estaban escondidas entre sus camisas sucias y que eran azules.

«Son bonitas, son caras.» Oí su voz como si bajara por una escalera empinada y, sin pensármelo demasiado, lo seguí de inmediato por esa escalera, con el corazón en un puño. En aquel instante, más que alegría o vergüenza —lo segundo no ha desaparecido a lo largo de todos estos años—, sentí cómo nacía en mí el deseo de ser como él, de ser él, sobre todo de rodearme de cosas bonitas y caras.

Dicho aquello, se bebió toda la leche del frigorífico, se echó a reír y se plantó delante del espejo, apretándose los ojos con las manos, como queriendo borrárselos de la cara. Sabía qué estaba pensando. Se había acostado en una ciudad bonita, en la que crecían naranjos y cipreses y sus amigos locos tomaban vino y recitaban poemas en la playa, pero había despertado junto a dos mujeres silenciosas, en la habitación estrecha de un bloque soviético, donde la única nota de color eran los tarros de mermelada puestos a enfriar durante la noche.

Le pregunté si quería más leche, en ese momento estaba dispuesta a ir a la tienda y comprar una botella, dos, siete, pero no quería. «Recuerda que el azul es tu color, ningún otro», me dijo él, triste, y al cabo de unos años, cuando su corazón estaba hecho polvo y yo había empezado a beber a escondidas y él lo sabía, claro que lo sabía, y se maldecía, añadió: «Al menos una vez en la vida debes beber vino en un cuerno de carnero».

Durante todo ese tiempo, Nina estuvo preparando comida en la cocina. Una mujer todavía joven, con el cabello ondulado, vestida con una bata de crisantemos que le llegaba un palmo por debajo de la rodilla. Tenía que recibirlo como le habían enseñado, con algo rico en la mesa y sin hacer preguntas, pero hasta la noche quedaba un rato y el pollo en salsa se comía caliente. Sin embargo, él se había hecho un lío con la hora, un jaleo eso del aeropuerto, y había llegado mucho antes. Solo cuando lo vio por la ventana cruzando el patio y dirigiéndose a la parada del trolebús se alejó ella del fogón y vino a verme. Me miró de pie, con la gallina chamuscada en la mano como un guante de carne. «Hoy tú estás más guapa», me dijo sonriente, y volvió de nuevo a la cocina, dejando un olor asfixiante a sangre y a plumas quemadas, como un grito.

Por la tarde fui a enseñárselas también a ellos. Vivían juntos en esa época, en el apartamento de Malik. Dina Andreevna había conocido en Moscú a un químico reconvertido en especialista en pladur y los dos construían techos falsos en las casas de los ricachones. Malik era feliz. Su vida se había organizado como siempre había deseado, solo que no conmigo. Había entrado en la Politécnica, era el primero de la clase y, además, ganaba bien reparando ordenadores. *Ella* era estudiante solo en apariencia. Había sido la peor de su clase en el instituto, pero Roza consiguió matricularla en una universidad privada. Durante una época, los estudios superiores fueron un buen negocio en Chisináu. Casi cualquiera podía abrir «una especie» de institución educativa, no faltaba gente dispuesta a pagar sobornos. Algunos estudiantes ni siquiera asistían a clase. Pagaban solo por los exámenes o directamente por el título. Esa desfachatez no

duró demasiado, en unos años se reguló, pero muchos se aprovecharon y se convirtieron en estudiantes de máster pagando solo mil dólares. Yo estaba en el último año del instituto y me preparaba para el examen de ingreso. Quería entrar en la Facultad de Lenguas Extranjeras, que era una de las más solicitadas, junto con la de Derecho y Economía. Y mi padre, por supuesto, no tenía dinero para sobornos, así que yo estudiaba.

La veía muy poco, aunque viviéramos en el mismo patio. Cuando no iba a clase, se quedaba en casa y veía películas todo el día o iba al taller de Malik, de donde regresaban a casa siempre tarde, en taxi y con bolsas de comida cara. Malik me dijo una vez que aquellos años gastó tanto dinero en comida, en cigarrillos y en bebida que habría podido comprarse un piso o abrir un negocio. «Mi madre se deslomaba en la construcción y yo gastaba como un emperador.» Nunca se perdonó haber permitido que Dina Andreevna se marchara. Pero él no tenía otra elección. Debía impresionarla. Estaba convencido de que en un año se casarían.

Nosotros tres volvíamos a ser amigos. La llegada de Nina me tranquilizó y encarriló mi vida. Con historias, con palabras, con bondad, me convenció de que no podía seguir así, deseándoles la muerte o intentando separarlos. Eran mayores que yo, la vida se llevaba lo que era suyo. Además, me dijo Nina, «¿cómo vas a pelear tú con su amor, Miluţa? Algo así no se cura, no es una enfermedad». Era una enfermedad, yo sabía que era una enfermedad, pero, ciertamente, era demasiado joven como para hacer nada.

—¡Milaaa! —gritó Malik cuando me abrió la puerta—. Entra rápido, que acabamos de poner una película.

Estaba en vaqueros y sin camiseta, con un cigarrillo en la boca. Tenía una pinta ridícula, como un actor que se hubiera puesto por error un traje ajeno. Nunca había visto a nadie fumar en casa. Los hombres salían, de costumbre, al balcón, o al menos se encerraban en la cocina y fumaban por la ventana. Las mujeres todavía no fumaban abiertamente. ¿Pero quién iba a decirles nada? Del apartamento antiguo, donde nosotros dos hacíamos los deberes y comíamos tortillas, quedaban tan solo las paredes. Las cosas de Dina Andreevna habían desaparecido, y en su lugar habían aparecido cosméticos, revistas de moda, montones de ropa alineados en cada centímetro de la casa, tal y como en la nuestra se alineaban los libros.

En primer lugar, *Ella* había traído de donde Roza todas las películas y todos los vinilos, y había montado allí una especie de club de noche. Luz tenían solo en la cocina. Habían cubierto las ventanas con mantas y en la habitación reinaba una oscuridad total, incluso durante el día. Las cintas las había colocado en unas estanterías que Malik le fabricó junto a la cama; el VHS estaba conectado a un proyector.

Aquella tarde estaban viendo *Striptease*, con Demi Moore. Se había estrenado un mes antes, pero Malik había conseguido ya una copia pirata. *Ella* estaba comiendo helado y, cuando me vio, golpeó dos veces la almohada, haciéndome un gesto para que me tumbara allí. Por el aspecto de la cama, parecía que no se hubiera levantado en varios días. Cáscaras de plátano, briks de zumo vacíos, tronchos de manzana. Una verdadera pocilga. Me dirigí hacia *Ella* y me tendí a su lado; Malik vino y se lanzó sobre nosotras. En aquel segundo comprendí cuánto los había echado de menos, a ellos, a nosotros, el pasado. Ya no éramos niños, pero todavía disfrutábamos viendo una película juntos y comiendo un helado entre los tres.

—Mira, Malik te ha copiado, tú eras fan suya, ¿ya no te gusta o qué? —me preguntó *Ella*

chinchándome, y Malik se hizo el tonto.

—Me gustaba, sí —respondí yo, intentando entender lo que pasaba en la pantalla—. Antes era buena actriz, pero ahora no sé. Habrá que verlo.

—Habrá que veeerlo —me imitó *Ella,* copiando mi voz y ese acento rumano impuesto por mi padre que, ciertamente, sonaba ridículo en aquella situación.

Se echaron a reír los dos y reí yo también.

—Relájate, Mila, estás con nosotros, no con tu papi —dijo *Ella,* y se echó a reír de nuevo.

A Malik no le hizo gracia y *Ella* se calló. Me sorprendió entonces que lo obedeciera. Creo que Malik tenía algo, algo que le impedía volverse loca del todo.

—¿Quién quiere fresas con licor? —preguntó él alegremente; nosotras respondimos al unísono «¡yoooo!» y él fue riendo a la cocina.

Yo no había tomado licor hasta entonces, y cuando *Ella* me preguntó si había bebido alguna vez, me hice la ofendida y le dije que sí, que mi padre me dejaba beber con él en la mesa. Una mentira como un templo.

Vimos la película como antiguamente. La paramos mil veces para ver de cerca los coches, el yate, las piernas de Demi Moore, la barra y su traje de plumas. Hacia la mitad de la película, estábamos tan borrachos que empezamos a comportarnos como niños de guardería. Nos metimos debajo del edredón y nos dio por pellizcarnos y hacernos cosquillas, e intentábamos adivinar de quién era la mano que nos tocaba. Nos sentíamos tan a gusto que se me olvidó a qué había ido: a enseñarles el regalo de mi padre y reírnos juntos. Los pantis los encontró Malik.

—¿Pero esto qué es? —me preguntó, metiéndome la mano por debajo de la falda, y yo me eché a reír.

Me puse de pie y di un par de vueltas como en una barra de *striptease,* inspirada por la película y aturdida por el licor.

—Regalo de mi padre —anuncié con voz teatral, teniéndome en pie a duras penas, y ellos empezaron a silbar y aplaudir, gritando *«go, Mila, go!»,* y entonces, en aquel instante, algo se rompió en mí y empecé a desnudarme delante de ellos.

Estoy convencida de que parecía una depravada dando vueltas sobre la cama con mis pantis, que se me caían todo el rato y tenía que agacharme para subírmelos, con ellos tocándome las piernas y todo lo que podían con sus manos que olían a cigarrillo, a fresas y a licor. Pero no me importaba en absoluto, porque en mi cabeza yo solo oía las palabras de Nina: «Hoy tú estás más guapa, hoy tú estás más guapa».

Me desperté en medio de la noche, completamente desnuda, con Nina a mi lado intentando limpiarme la vomitona con un trapo húmedo. Ellos estaban fumando en la cocina y riendo. Estaba convencida de que se reían de mí, aunque Malik juró durante años y años que no se habían reído de mí en absoluto, que estaban más asustados que alegres y que, cuando yo me desmayé, fue *Ella* la que propuso avisar a Nina o a mi padre, para que no ocurriera nada malo. Tuve la suerte de que dieran con Nina, no con él. Nina lo arregló todo sola sin decir una palabra. Los pantis los encontré al día siguiente en el bolsillo de la falda. Estaban minuciosamente cortados con una cuchilla.

Gente que cree. Gente que quiere. Gente que lucha. Toda esa gente que pelea por los demás, por desconocidos. ¿Dónde han crecido ellos? Aniuta y el croata recaudan dinero para los combatientes ucranianos. Pintaron la bandera de Ucrania en un trozo de cartón y van con ella por las iglesias, por los aparcamientos, por los lugares turísticos. También fueron a unos grandes almacenes de lujo en los Campos Elíseos, pero de allí los echó el guarda. Duje, que no está demasiado acostumbrado al lujo, se puso enfermo cuando vio lo que costaba un bolso. A ellos les cuesta mucho conseguir dinero.

Un euro, dos, diez. Los que donan más se llevan un bombón Korivka de regalo. Hasta ahora han reunido setecientos veinte euros, con los que quieren comprar mantas para el invierno. También yo he donado, no mucho, pero he donado. «Mila, llega el invierno. Allí hace frío, ¿te imaginas cómo estarán nuestros chicos a la intemperie? Si van a morir de todas formas, al menos que no mueran de frío», me dijo Aniuta. Por eso me invitó a su casa, para hablarme de la colecta y proponerme que los acompañara.

Yo no suelo donar, a mí en la vida nadie me ha regalado nada, pero sus palabras me conmovieron. No he conocido demasiadas mujeres jóvenes que hablen sobre los hijos de otras. Aniuta no tiene padre ni hermanos, solo tres hermanas, pero ha pensado en esos muchachos, ha pensado en alguien más que en sí misma, y por su corazón puro le doné treinta euros, y ella me recompensó con dos Korivkas.

Duje está convencido de que, si yo pinto una pancarta, recaudaré más dinero que ellos, porque soy de Moldavia y puedo «explicar la situación en francés». Yo no estoy tan segura. En primer lugar, porque después de tres años el miedo ha decaído, y, en segundo lugar, porque aquí a la gente solo le da miedo lo que ocurre en su calle. Cora ni siquiera sabía que Ucrania no es «exactamente» Rusia. Para ella es el «este» y se acabó, y cuando le expliqué «la situación», me preguntó sorprendida por qué no quieren los ucranianos seguir siendo rusos; al fin y al cabo, los rusos tienen cultura, y los ucranianos ¿qué tienen? ¿Aceite de girasol? Tal vez los jóvenes, que saben más cosas, donarían algo. Si no exactamente para los chicos de Aniuta, al menos por las ideas. En general, suelen donar por las ideas. Los delfines, la mucoviscidosis, la energía solar, el agua limpia. ¿Por qué no Ucrania?

Los moldavos donarán. Para ellos Ucrania no es solo aceite de girasol; además, no todos viven como yo. Los que vinieron más tarde, con pasaporte rumano, se han establecido de otra manera. Tienen casa, trabajo, y han reagrupado a su familia, algunos incluso a sus padres. De la generación de Miranda qué puedo decir. Vienen jóvenes preparados, estudian, van a la universidad, obtienen la nacionalidad. Es verdad que también hay gente que vive peor que yo, que sigue el modelo de las vacas lecheras. Se desloman trabajando aquí, envían todo el dinero a casa, a sus hijos y nietos, y cuando se les seca la leche, vuelven a casa a morir, generalmente de enfermedades que no han tratado a tiempo.

Cuando oyó lo de la colecta, Fima se burló de mí y me dijo que con esos setecientos veinte euros el croata y la *haholka*[28] se comprarán un coche, no mantas. Haim me soltó una perorata sobre cómo las guerras financiadas se alargan más que las que «se agotan solas». Sin embargo, yo sé que Aniuta no miente, sé que comprará mantas y nada más, y le he prometido que iré con ella a IKEA para elegir algo bueno y calentito para los muchachos.

De niños, nosotros éramos distintos. No pensábamos solo en llenar la barriga. Medíamos el chocolate

con la uña y contábamos cada grano de uva para que nadie comiera más que los demás. Entonces la amistad no significaba comer hasta reventar, significaba no comer más que la persona que estaba a tu lado. Cuando crecimos, empezamos a sentir más cosas además de hambre y dejó de interesarnos la persona que estaba a nuestro lado. No comeré yo, pero el otro tampoco. Comeré yo, pero no el otro. Sé que la guerra no va a terminar con las mantas de Aniuta, pero sin gente como ella, ¿qué seríamos? Unos autófagos que esperan a consumirse por sí mismos.

De jóvenes, cuando íbamos a Ucrania no decíamos que íbamos al extranjero. Decíamos tan solo «pararemos en Kiev», «pasaremos por Lípetsk», «tenemos una boda en Vínnitsa». No había aduanas. Cuando fui con Malik a Odesa en la moto que le pidió prestada a un amigo, ni nos dimos cuenta de cuándo llegamos. En Odesa estuve también después de la independencia, con algunas compañeras de la Universidad Estatal. Recuerdo que después de la conferencia compramos una tarta *kîivskîi* y nos la comimos a la orilla del mar. Margarita, del Departamento de Lenguas Eslavas, quería visitar a toda costa el hotel London y la habitación en la que se había alojado Chéjov. Llevaba una botella de vino moldavo y se la entregó a la chica de recepción para que le dejara entrar y sacar fotografías. Yo fui con ella; más tarde, cuando le conté a mi padre lo que habíamos hecho, nos alabó por «haber emborrachado una conciencia en nombre de la literatura».

Aniuta me pregunta por qué no vuelvo a casa. Ella va a regresar a pesar de la guerra. «Allí están mis hermanas, mi madre. Pero no solo por ellas, Mila; aunque no estuvieran ellas, también volvería. Esto es bonito, pero es ajeno a mí. ¿Tú no echas de menos a los tuyos?» No sé qué responderle. Sí y no. ¿Y quiénes son los míos? Mientras vivía mi padre, ir a casa no era tan sencillo como ahora. No tenía dinero, lo de los papeles era muy complicado. ¿Y qué habríamos hecho nosotros dos en aquella ruina de habitación? Vale, una comida, dos. Pero no creo que hubiésemos hablado más que lo que ya hablábamos por teléfono. Estoy convencida de que al día siguiente habría ido como de costumbre a la biblioteca o al archivo. En cambio, el hecho de que yo viviera en París, la idea de que su Miluţa estuviera en París, le alegraba mil veces más que si hubiera vuelto a casa tres días y le hubiera llevado un queso.

A diferencia de la de Aniuta, que nació veinte años más tarde, mi vida en mi país no fue precisamente un camino de rosas. El año en que abandoné la universidad, se marcharon tres compañeras más. Dos directamente a Italia, de manera ilegal, con dinero prestado. A una la violó el chófer en el viaje y la abandonó en la frontera con Hungría, donde solo ella sabe lo que le pasó, porque consiguió escapar de allí al cabo de tres meses, con los dientes destrozados y el pelo arrancado. Los profesores cobraban cada ocho meses. Vivían bien solo los bandidos, no los intelectuales. Veíamos cada día, en la tele, noticias sobre la corrupción: un médico corrupto, un profesor corrupto, un policía corrupto. Los policías me importaban un comino, pero sin la policía habríamos muerto todos asesinados en nuestros apartamentos. Por lo demás, yo estaba de parte de los corruptos. Tampoco los médicos recibían su salario durante meses, ¿qué iba a hacer un médico cuando veía que unos críos de veinte años ganaban al mes, especulando, mucho más que él en un año? No tengo adonde regresar. No volvería a trabajar como profesora, independientemente de lo que diga Liduţa, y los precios de los pisos han subido tanto que con mis ahorros podría permitirme exactamente una *hruşciovca*[29] como esa en la que viví con mi padre, quizá una incluso más deteriorada.

Hoy he hablado también con Liduţa. Solo un momento, porque estaba ocupada. Mañana vienen Miranda y Edward —una visita sorpresa—, y ella buscaba en la plaza un gallo para preparar un áspic. Le he aconsejado que haga pimientos rellenos, a los extranjeros nuestro áspic les resulta grasiento, pero ella ha dicho que también rellenará pimientos. «La otra vez, Edward se lo comió todo. Le gustó tanto la *mămăliga* que quería que se la sirviera incluso con las crepes.» La he dejado en paz con sus preparativos, me ha parecido que estaba estresada. Le da miedo, como a cualquier madre, que Miranda acabe con un borrico. Solo yo sé cuánto le ha costado criarla, cuántos sacrificios, cuántas lágrimas. Yo entonces estaba con Anatol y no me faltaba de nada, pero ella a duras penas se las apañaba.

Cuando vino a decirme que estaba embarazada de tres meses, le aconsejé que abortara antes de que fuera demasiado tarde. Mircea ya la había abandonado y le había pedido el divorcio, vivía públicamente con otra mujer. «Si se entera de que estoy embarazada, quizá se quede. ¿Tú qué crees, Mila? ¿Me elegirá a mí?» La recuerdo acurrucada en mi sofá nuevo, mordiéndose los labios, con la cara afeada por unas manchas marrones. Solo comía pan seco porque vomitaba todo lo demás. La llamé todo lo que se me pasó por la cabeza. Entonces yo era una arrogante, Anatol me había transformado también a mí en una burguesa. La humillé sin piedad. Le dije que Mircea no la elegiría jamás, que la otra era más joven y tenía un negocio de cortinas, ¿ella qué tenía? ¿Quién era? ¿Enseñaba historia de Rumanía? Una época muy difícil, pero Liduţa salió adelante. La ayudé como pude con dinero, con un alojamiento. Si hubiera seguido mi consejo entonces, ahora no existiría Miranda y ella no estaría buscando un gallo en la plaza. He oído que Mircea ya no se llama Mircea, sino Marcelino. Pobre Miranda. ¿Cómo se habría sentido ella con un padre llamado Marcelino Sulă?[30]

Cuando Malik llamó a mi puerta estaba sola en casa. Nina y mi padre se habían ido al pueblo a recolectar fruta para hacer mermelada. Entonces se llevaban bien, creo que fue la época más feliz de Nina. Mi padre ya no viajaba tanto como antes y tampoco traducía. A la redacción habían llegado algunos jóvenes brillantes, con contactos, con enchufe. Él, con su lengua de Caragiale[31] y la documentación del archivo, era considerado un estorbo. A veces publicaba algún reportaje especial que recibía alabanzas corteses en las reuniones. Entonces volvía a casa exultante de alegría. En general, sin embargo, aunque fingía no darse cuenta, molestaba. Le pedían que se ocupara de la sección de cultura, que no leía nadie, o incluso de la de «cartas a la redacción». Y él se ocupaba.

Yo había terminado los exámenes del segundo curso y rumiaba dónde esconderme para que el verano pasara más deprisa. Mis compañeras se habían marchado al pueblo con sus padres. O, las más listas, a Turquía con sus novios o sus amantes. Algunas trabajaban como guías en verano o traducían. Habían empezado a llegar extranjeros a Moldavia y se ganaba bien con ellos. Yo ni tenía amantes ni hablaba un francés perfecto. Escribiendo era la mejor, pero tenía un acento muy marcado, no como los alumnos de los institutos de élite de la ciudad. Había regresado a los veranos aburridos en los que no ocurría nada. Ni siquiera podía quemar las pelusas de los álamos. Otros niños habían ocupado mi lugar.

Nina me dijo que fuera al pueblo, «a trepar a los árboles y comer cerezas hasta reventar», pero mi padre me sugirió que me quedara en casa y que estudiara. Mi ocho en Literatura Universal era, por supuesto, una vergüenza. «Con esa nota yo no asomaría la nariz por el centro», dijo él con dureza, y en aquel momento deseé que desapareciera. Estaba harta de él, harta de mi vida. Me criticaba por todo. Porque no era excelente. Porque me vestía con descuido, es decir, con vaqueros y camisetas; porque me maquillaba. Pero sobre todo porque no había encontrado un chico digno al que seguir y que quisiera «formar una familia conmigo».

Malik estaba fatal. Se apoyó en la pared del pasillo y se quedó allí, tragando en seco hasta que empecé a gritarle que me dijera qué le había pasado. Por su pinta, estaba convencida de que había matado a alguien o de que había robado. Algo malo, en cualquier caso. Pero no le había ocurrido nada malo, al contrario. Malik no quería vivir porque *Ella* lo había abandonado y se había marchado con otro. «Serj-Serj», consiguió balbucear él, y me di cuenta de que había retomado su forma de hablar de la infancia, repetía las palabras como antes de conocerla.

«No es el fin del mundo, Malik», le dije yo, enfadada. Seguramente demasiado brusca, porque me miró furioso y me golpeó en la boca como si quisiera cerrármela. «¿Qué voy a hacer ahora-ahora?», repetía él. Ahora-ahora. Ahora-ahora. Quería tirarse por la ventana, cortarse las venas, pero yo veía que ya estaba muerto. Entonces comprendí cuánto la amaba y, por primera vez, acepté el hecho de que jamás sería mío. Al menos no hasta el final, no como quería yo. «Hay más chicas, Malik. Encontrarás a otra», intenté consolarlo yo, pero su respuesta llegó tan rápido y con tanta furia que se me llenaron los ojos de lágrimas al instante. «No habrá otra. Nunca-nunca.»

Le preparé un té con miel y le di de comer, le propuse que se quedara a pasar la noche. Al principio no quería, se sentía incómodo, «ven tú a mi casa». Pero yo me negué a ir adonde ellos habían hecho el

amor mil veces y donde *Ella* había destruido mi primer objeto verdaderamente bonito, verdaderamente mío, las medias. Aquella noche hicimos el amor. En el suelo, porque no queríamos manchar el diván de mi padre. Una experiencia penosa. Tuve que hacerlo todo yo sola y consolarlo para que dejara de llorar, porque hacia la mitad empezó a sentirse culpable por hacerlo precisamente conmigo. Superamos también eso.

Dejé que se lavara minuciosamente, se lavó incluso la cabeza. Le ofrecí comida de nuevo; por la mañana se despertó antes que yo y me preparó *gogol-mogol* como le preparaba a *Ella*. Estaba convencida de que seguiría alguna disculpa improvisada, algo con lo que alejarme definitivamente. Esperaba —de hecho, deseaba— que me humillara de tal manera que no pudiera perdonarlo jamás y pudiera echarlo de mi vida para siempre. Sin embargo, él me dijo que la noche había estado bien. «Ha estado bien, Mila», como si volviéramos a ser niños y lo hubiera mandado a jugar con el destornillador por la casa para que yo pudiera escribir mi diario. Después de esa noche conmigo, no volvió a repetir ninguna palabra.

Esperamos los dos varios meses a que *Ella* diera señales de vida, pero no las dio, y entonces le propuse que viviéramos juntos. A mi padre no le entusiasmó la idea, pero al menos conocía a Malik. Y yo ya no era una niña, no podía retenerme por la fuerza. Nina me emocionó muchísimo entonces. Me preparó un paquete con todos sus camisones sin estrenar —pequeñas joyas de lino y seda, con el cuello y los faldones bordados a mano— y me susurró al oído, para que no lo oyera mi padre: «Que al menos los vea alguien».

Para empezar, hice limpieza en la casa. Quité las mantas de las ventanas, ventilé y desmonté su maldito cinematógrafo. Malik se opuso. Vi que le daba miedo tocar sus cosas. Creo que, en su fuero interno, esperaba que volviera. Y a mí también me daba miedo que volviera, por eso me apresuré a cambiarlo todo para que no quedara ningún rastro de *Ella.* En lugar de cintas, en las baldas puse libros, y a él le dije que podía reparar ordenadores en casa, que no hacía falta que se desplazara hasta la otra punta de la ciudad. Yo estaba acostumbrada a sus destornilladores y no me molestaban.

Me sorprendió que a mí también me gustara, como a mi padre, trastear en la cocina. Después de clase, iba a la plaza y compraba todo tipo de exquisiteces; por la tarde preparaba sus platos preferidos y esperaba sus alabanzas. Vivíamos, por fin, como dos jóvenes de nuestra edad, o más bien como una pareja de recién casados, aunque de matrimonio no hablaba nadie, y no sabíamos ser una pareja. Mi cuerpo no le interesaba demasiado y el suyo me lo prestaba como prestas a un amigo una chaqueta abrigada. Estaba allí cuando lo necesitaba. Blanco, frío, sin pasión, como nuestra cocina, en la que podíamos entrar con los ojos cerrados en plena noche y aun así servirnos un vaso de agua. A la derecha, el fregadero; a la izquierda, la mesa; de frente, la ventana.

Las noches en las que hacíamos el amor no veía en su rostro ni rastro de placer, ni de curiosidad siquiera. Le habría dejado mirar mis botones para que viera cómo funcionaban las cosas. Incluso le habría dirigido la mano por todas partes para explicarle, para enseñarle. Tenía, por fin, algo que mostrar, pero no fue necesario. Él se movía pesadamente y acababa rápido, siempre avergonzado por haber gemido

demasiado fuerte, sorprendido en cierto modo por haber culminado una tarea, seguramente no muy distinta a la de limpiar los ventiladores, que, como me confesó una vez, era lo más fatigoso.

Después de licenciarse, empezó a trabajar como profesor en la Politécnica, y con su primer salario nos abonamos a «los canales». Eran prácticamente las mismas películas que habíamos visto en VHS, solo que en versión original con subtítulos. Nos sorprendió descubrir que, sin aquella voz chirriante que doblaba tanto a hombres como a mujeres y niños, las películas tenían una atmósfera completamente distinta. Algunas nos parecían claramente mejores, pero no todas. Veía que también él echaba de menos aquellas copias piratas, los helados en la cama, el licor de fresa. Yo no dejaba que me ensuciara la casa. Comíamos siempre en la mesa, y veíamos la televisión en los dos sillones de capitoné que Dina Andreevna nos había enviado desde Moscú.

A *Ella*, durante dos años, no la mentamos siquiera de pasada. Sabía gracias a Roza que le iba bien, y no quería saber nada más. «Viaja», les decía a los vecinos cuando le preguntaban por su sobrina.

Con Malik a mi lado, con la casa que cuidaba como a un niño y con mi padre orgulloso, por fin, orgulloso de mí, me sentía casi feliz. Me acostaba por la noche con uno de los camisones de Nina y pensaba en lo sencilla y limpia que se había vuelto mi vida sin *Ella.* Los vecinos me respetaban, en la universidad era la mejor de mi clase. Me molestaba un poco que Malik no me pidiera matrimonio, pero yo no insistía. No éramos los únicos que vivían juntos sin papeles.

Recuerdo el día en que Malik obtuvo el visado para Francia. Había mentido en la embajada y me había obligado a jurar que no le contaría a nadie cómo lo había conseguido. Yo lo sabía, por supuesto. En aquella época, los hombres del este tenían dos opciones: enrolarse en la Legión Francesa o decir que eran homosexuales y pedir asilo. Malik nunca había sido soldado, ni siquiera había hecho la mili. Se dejó golpear y humillar por unos pelagatos de la ciudad con el fin de abrir un expediente en la Policía. Se iba con *Ella*, se marchaba convencido de que sería feliz, de que lo estaba esperando en París y de que allí vivirían juntos.

Antes de partir, pasó por mi casa y me dejó su viejo VHS y una bolsa llena de cintas, mis películas favoritas. «No están todas —se excusó—, pero están las mejores.» Las tengo en casa junto con las fotografías sacadas por mi madre. También entonces me dijo algo que no olvidaré jamás. Después de hacer el amor con *Ella* por primera vez, él salió al balcón y vomitó. *Ella* creyó que era por la bebida, pero no fue por eso. Malik sabía beber incluso mejor que yo. No fue la bebida, fue el miedo. El miedo de que no se le entregara por segunda vez. «Me daba miedo volver a la cama, Mila. Si me hubiera dicho entonces que no le había gustado, nos habría matado a los dos.»

Una mujer acabada, oigo a mi paso, mira, una mujer acabada, pero yo sigo caminando, sigo empujando el cuerpo como una silla sin ruedas, fingiendo que siento placer, fingiendo que siento cansancio, fingiendo que siento algo. El domingo entro a trabajar al mediodía, pero si llego antes, me detengo en la cervecería de la esquina a tomar un café y a hablar con mi padre sobre la gente. Casi todos extranjeros. Turistas ancianos contentos de que por fin haya llegado el otoño y París se haya vuelto respirable. Pero también hay gente conocida. Esa mujer vive en el segundo piso y vende gafas en la tienda de enfrente. He ido muchas veces a llevar recetas. Tanto para Haim como para Cora, incluso para mí, pero seguro que no se acuerda.

El hombre de los mocasines es un empleado del Ayuntamiento y Pauline tiene una tienda de telas. A ella la saludo siempre. En mis paseos con Haim, hemos llegado muchas veces a su «paraíso», que no es ni de lejos «el de las mujeres». Más de la mitad de los clientes son hombres que trabajan en la industria de la moda.

Los pasteleros y el florista abren también en domingo; en cambio, monsieur Bernard, el de los vinos, ha anunciado a todo el mundo que guardará fiesta los domingos para atender a sus nietas. Tiene dos nietas gemelas y vienen a verlo desde el otro lado del puente, en dos caballitos de madera empujados por sus padres. Ahora, quien quiera beber en domingo tendrá que hacer acopio de vino con antelación.

Sin sus tareas fundamentales, todos me parecen cambiados, y no siempre para bien. A los funcionarios les falta la paciencia. A los vendedores, la educación exagerada. Los primeros años la odiaba, pero ahora la considero también yo un requisito del trabajo. A veces veo a la mujer de Haim salir al balcón para regar las plantas o regresar de la panadería con un pan y una cajita de pastas de almendra, que no sé dónde esconde, porque nunca las encuentro por casa. ¿Se las comerá ella sola, en la escalera? Pasa tan cerca de mí que, si estirara el brazo a través del seto, tocaría su rostro y sus pendientes. Ella, sin embargo, no me ha visto nunca, así como tampoco ve las cosas cambiadas de sitio en su casa.

Haim me pidió que no ponga etiquetas a la gente porque, aunque a él no le importa, es humillante decir que alguien es un vejestorio o que está en la tercera edad y, «de todas formas, ¿quién cuenta los años hoy en día?». Luego estuvimos una hora entera contándolos juntos y clasificándolos por edades. Según él, una mujer de cuarenta y cinco está, por supuesto, en la primera edad. «Algunas mujeres nacen a los cuarenta y cinco, ¿cómo vas a pensar que una madre con un niño pequeño es vieja?» A él lo metimos en la «segunda edad», y a Cora, seis años mayor que él, en la «tercera». ¿Se habrá planteado tal vez enterrar a Cora?

Sinceramente, no puedo entender el deseo de seguir siendo joven a toda costa, incluso aunque sea solo sobre el papel. O el de ocultar la edad. ¿Qué vas a hacer con esos siete años que has ganado mintiendo? ¿Ir de nuevo a la universidad? ¿Tener un hijo rápidamente? En el último control, la ginecóloga me recordó que las mujeres nacen con un determinado número de óvulos y que «con el tiempo, simple y llanamente, se agotan».

Era una chica joven, con muchos títulos en la pared, en los que seguramente ponía lo lista que era, cuánto había conseguido, cuánto había triunfado. De ella me gustó todo: el orden de los dosieres, los

zapatos de suela roja escondidos debajo de la mesa y las pausas que hacía entre las frases para asegurarse de que había entendido cada palabra. Pero me gustó sobre todo cómo dijo «simple y llanamente», como para dejar claro que ella no tenía la culpa de que yo no pudiera tener hijos, que la vida se agota.

«Entonces, ¿ya sabía que no puede tener hijos?», me preguntó aliviada, y yo le respondí que lo sabía, claro que lo sabía. Había pasado ya por controles y cálculos, solo había cambiado de médico, no de cuerpo.

Son casi las doce y los camareros han empezado a preparar las mesas para el almuerzo, pero ellas dos siguen con el desayuno. La joven que ha hablado antes tiene unos veinte años, lleva un vestido de flores y el pelo sujeto con un lápiz. En el cuello se le ve la marca blanca del bikini. El bronceado es reciente, un fin de semana en la playa con sus amigos, ahora que los estudiantes han vuelto a clase y las playas están vacías, o tal vez se haya puesto morena aquí mismo, junto al canal, mientras dura el verano y los estudiantes se reúnen cada tarde para disfrutar de *l'été indien.*

Una hija tardía, como tantas otras. Una joven como no he sido yo jamás, hermosa como un cartel publicitario. Se mueva como se mueva, su cuerpo se muestra firme, y todo lo que aflora de su vestido es delicado, joven, sano. La he visto antes. Viene a menudo a visitar a su madre y siempre le trae peonías o libros. Hoy ha venido con dos catálogos de vestidos en los que ha pegado unas marcas en forma de flor. Estoy demasiado lejos de ellas como para saber de qué están hablando, pero me imagino que le dice «mira, *maman,* el amarillo te quedaría bien», y su madre le responde *«ma poupée,* no quiero nada, estoy acabada», y su hija la consuela y le dice «no, mami, qué vas a estar acabada, ahí tienes a una mujer acabada», y me señala discretamente, mi culo grande y caído, mi espalda ahogada en grasa y mi coleta sin lavar.

Una buena chica que quiere a su mamá. En lugar de «acabada», yo podría llamarla a ella «coño florido», pero no creo que cambiara gran cosa. Nada de lo que hago puede cambiar gran cosa, pero podría al menos plantarme y decirle a Cora que ya no iré los domingos. Lo aceptaría, estoy segura, pero tampoco quiero quedarme en casa. ¿Para qué? Ya no bebo y, aparte del parque con ratas, que detesto, no tendría nada que visitar en esa zona. En París al menos pasan cosas, me encuentro con alguien, entro en una exposición o me arruino en alguna librería. Shakespeare & Co está a dos pasos de la casa, aunque a mí me gusta más Abbey, y todavía más la de la barcaza, aunque a esa tengo que ir en metro.

Ni siquiera hoy, después de veinte años, me he cansado de París. Me parece más bonita todavía, cosa que no puedo decir de la gente, que viste peor y se ha vuelto más grosera. Veo que ya se han marchado mis acabadas. La vieja no ha elegido ningún vestido, ya no la espera nadie en ningún sitio, como tampoco me espera nadie a mí. Segunda o tercera edad, qué más da. Si por mí fuera, apuraría ahora el café, caminaría con los brazos extendidos, primero por esta puerta viva, luego por esa calle con coches feos, bajaría la escalera de los leones removiendo la gravilla, giraría a la derecha, siempre a la derecha, hacia el puente, por el puente, y así hasta donde fui la última vez que salí.

Haim hace un gesto con la mano: él no tiene miedo a nada. «A Cora le da miedo que con los años suba el nivel del Sena y perdáis la casa de Croissy», le digo, más que nada por trabar conversación. «Es su casa —responde él secamente—, ¿a mí por qué va a darme miedo?» Desde que ha envejecido, se hace el distinguido y se desentiende de la fortuna de Cora. Él no necesita nada, la política es para los jóvenes, y la especulación, para los ricos de verdad, cosa que él no es. Ahora se presenta como un simple jubilado

que disfruta de la vida *dans les limites.* En cierto sentido, lo entiendo. Si hubiera tenido hijos, habría sido diferente. Tal vez habría esperado también con un nudo en la garganta un caballo de madera en el puente, aunque no lo creo. Ni lo habría esperado ni habría venido el caballo. Los hijos no te devuelven más de lo que les has dado.

Haim me dijo una vez que, después de la muerte de Marius, lo más duro fue asistir al cambio de Cora. No queda nada de la mujer de la que se enamoró, nada de la criatura radiante con la que se casó, el alma de todas las fiestas. Entonces se plantearon divorciarse, pero les pareció demasiado complicado y decidieron que era mejor separarse durante una temporada sin comentárselo a nadie. De todas formas, ella pasaba casi todo el tiempo en Deauville, en casa de sus abuelos, donde el agua la sosegaba. A él, en cambio, solo lo calmaba París. El estudio de arquitectura en el que trabajaba acababa de obtener unos contratos para La Défense, y se sumergió en el trabajo. Era el momento de mostrar lo que podía hacer él solo, de dejar atrás por fin esa huella de la que tanto le había hablado. «Los hombres sufren de otra forma», me había dicho Cora al contarme su versión de la historia. No le hizo ningún reproche cuando descubrió que descargaba su dolor no solo en la obra, sino también en los brazos de empáticas ayudantes; pero cuando le pidió *carte blanche,* como había hecho también su padre en otra época, le pareció demasiado. Le pidió que eligiera y él eligió la «estabilidad».

La costumbre de preguntar a la gente cuál es su miedo más profundo es una secuela de la terapia de grupo, y me sorprende la rapidez con que algunos responden a una pregunta, en principio, tan íntima. A Lenuţa le dan miedo los hechizos y las tijeretas. A Pranika, las palizas. A Aniuta, las bombas, y a Antoine, la encefalitis. A Antoine no le da la cabeza ni para tener un miedo propio. Un amigo suyo se fue a Kenia con la esperanza de encontrar un rumbo nuevo, pero encontró una encefalitis, y desde entonces a Antoine le da miedo la encefalitis.

Raphael, nuestro terapeuta, creía en aquello de superar los miedos a través del arte e incluía en nuestro programa toda clase de actividades con plastilina, acuarelas o diversos objetos sonoros. *«Ra-ta-ti-ner votre peur!»*,[32] nos gritaba desde una escalerita, mirando todo el rato el reloj por el rabillo del ojo y siguiendo el ritmo con una cantimplora metálica, en la que llevaba cada mañana un litro de café. «Ra-ta-ta, ra-ta-ta», a tomar por el culo los miedos, chicos, dejad las drogas, dejad la bebida, vagos miserables, «ra-ta-ta, ra-ta-ta», «ra-ta-ta», fracasados y saqueadores de ayudas, os mandaría a todos a vuestro país a trabajar. Bueno, la segunda parte me la imaginaba yo, pero no creo que estuviera demasiado lejos de lo que Raphael pensaba de nosotros.

Éramos once y nos dividía en grupos de tres. A veces, sin embargo, teníamos la suerte de estar solo dos, y entonces nos dejábamos de mentiras. Claro que mentíamos, mentíamos todos por igual, mentíamos cada día. A lo largo de mi vida no he conocido a nadie que reconozca sinceramente qué le da miedo. Dices las alturas, pero estás pensando en Valerică, que saltó del octavo piso porque no aguantaba más las palizas de los *gópnik*.[33] Dices la oscuridad y estás pensando en Lika, la muchacha a la que los chicos de la clase violaron y luego le metieron vidrios rotos por ahí. Dices la soledad, pero estás pensando en ese año en que por la mañana querías a alguien más que a tu propia vida, pero por la tarde querías matarlo.

Inventábamos miedos a mansalva. Algunos decían que les daba miedo el teleférico, la calvicie, los submarinos. Me costaba comprender la relación de todo eso con el alcohol y las drogas. Otros se acordaban de sus padres o de los años de escuela. Mi vecino habló durante medio mes sobre su perro,

que había muerto de cáncer, pero, como balbuceaba y no hablaba bien francés, nosotros pensamos que hablaba de su novia, Lianne, no de la *chienne.* En fin, cosas así.

Yo hablé de la pobreza y sus derivados: la humillación, la frustración, la incertidumbre del día de mañana. Como tenía que llenar el tiempo y me sobraban datos, tomando mi ejemplo como punto de partida, hablé de toda la migración de Moldavia, que, en mi humilde opinión, eso es lo que dije —«mi humilde opinión»—, fue la peor de todo el este de Europa. Resumiendo, hablé mucho, sobrepasé el tiempo del resto del grupo y gesticulé como un molino, como hacían en otra época mis estudiantes, que sabían que era la pasión, no las ideas, la que les reportaba buenas notas. De la terapia salía siempre con un deseo rabioso de emborracharme.

El año en el que yo me licencié, mi padre se quedó sin trabajo. Solo entonces me enteré, gracias a Nina, de que sabía desde la primavera que iban a despedirlo, y así consiguió salvar al menos sus flores. Tenía en el despacho más de cien plantas que había cultivado a partir de hojitas y raíces, de injertos y plantones, todo ello encontrado, pero sobre todo robado, en sus viajes a lo largo de la vida. «Mila, para que una planta agarre, tienes que robarla. Te diriges al dueño y le dices: "Mire, tengo que robarle esta planta". Si andas con dinero y esas tonterías, las flores lo notan y se marchitan.» Eso me enseñó a hacer a mí también, solo que yo no he tenido su mano y no he cultivado nada en mí ni junto a mí.

Mi padre prefería las plantas a las personas, pero también ellas se portaron mejor con él o, al menos, más a su gusto. No hubo en el mundo nada verde que él regara y que no prendiera en su corazón, alegrándolo como a un niño. Mientras que yo, su único plantón humano, me alejé de él y dejé que se marchitara de pena.

Me cuesta pensar en sus últimos días en la Casa de la Prensa, en la que consumió la mitad de su vida. Cómo elegía una planta —una violeta, una azucena, un jacinto—, cómo acariciaba sus hojas y la llevaba luego en brazos por todos los despachos, intentando encontrar a una mujer honrada que quisiera robarle una flor. Una flor bonita, una flor rara, una flor ya crecida, como una niñita. Una Miluţa.

No le contó a nadie lo que sufrió ese verano, pero que lo apartaran de la redacción, su-redacción-hogar, su-redacción-iglesia, cuando le quedaban todavía varios años para jubilarse, lo destrozó. Alguien me comentó más adelante que marcharse fue decisión suya, que podría haberse quedado, como hicieron otros, y besarles el culo a los políticos que habían comprado la revista, pero él no quiso. «Prefiero dejarlo mientras tenga la boca limpia», debió de decir entonces, pero quién sabe cómo ocurrió todo; yo no lo sé. De una cosa, sin embargo, estoy completamente convencida. Sabía, seguro que sabía, que a su edad no se trataba ya de un alto en el camino. Había llegado a la *konecinaia*[34] y ni siquiera esperaron a que se apeara: le dieron una patada en marcha, como a un saco de basura.

Yo no me enteré de nada hasta el último momento. Estaba tan ocupada con los exámenes, con la tesina, con mi añoranza por ellos, que ni siquiera me di cuenta de que mi padre había envejecido diez años en una semana. La única vez que me paré a preguntarle por qué tenía los ojos rojos, si había llorado —¿él, al que no había visto llorar ni en el funeral de mi madre?—, me dijo que era por la pelusa de los álamos, que estaba por todas partes y había engullido la ciudad entera.

El hecho de que lo sustituyeran de inmediato unos mediocres fue para mí un primer aviso. Comparados con su experiencia de toda una vida, los cinco años de francés superficial que cursé yo y un título con buenas notas no eran demasiado prometedores. Es cierto que había sido una alumna sobresaliente, la primera de mi promoción, redactora de la revista, pero, fuera de las aulas, las notas no tenían ya el mismo valor. Contaban mucho más los contactos, que yo, por supuesto, no tenía. Algunas de mis compañeras encontraron trabajo inmediatamente en las empresas de sus padres o, gracias a sus conocidos, en ministerios y en organizaciones no gubernamentales. Las ONG eran prácticamente los únicos lugares donde se cobraba un salario. A los empleados de las fábricas y de los talleres les pagaban con lo que producían, y los funcionarios esperaban continuamente los sueldos vencidos.

«Una lengua no es una profesión. ¿Qué más sabe aparte de “francés”?», me preguntó en una entrevista la jefa del departamento de comunicación de una ONG que se ocupaba de los niños de la calle. En realidad, yo no pintaba nada allí, habían aceptado mi CV porque había incluido mi experiencia como redactora jefe del periódico universitario para justificar la condición de mánager. La mujer parecía simpática, sin aires de superioridad ni prejuicios, aunque, por su forma de vestir y de hablar conmigo, estaba claro que se había alejado hacía mucho de la vida real. Me dijo sin rodeos que no era una candidata adecuada para el puesto; sin embargo, al despedirse me dio un buen consejo y yo lo seguí.

Estábamos comiendo pescado frito con alioli, su comida favorita, cuando sonó el timbre de la puerta. Nina se sobresaltó y se santiguó.

—No abras —dijo—, a estas horas solo hay locos por la calle.

Era casi medianoche, pero últimamente nos acostábamos tarde, a veces incluso hacia el amanecer. Había seguido el consejo de la de la ONG y me había matriculado en un máster. De día asistía a las clases, y por las noches traducía. Mi padre me ayudaba como podía, o al menos traducía por solidaridad conmigo algunos fragmentos del francés al rumano. No sabía mucho francés, pero sus traducciones eran maravillosas, incluso mejores que las mías. «El traductor tiene que conocer la lengua a la que traduce, no aquella de la que traduce. A un francés le da igual si yo llamo queso al requesón o compota a la jalea, pero mi lector sabe.»

En el rellano se oyó primero un alboroto, luego ruido de cristales rotos. Teníamos preparada una bolsa grande de botellas para llevarlas al centro de recogida al día siguiente.

—Dios mío, estará todo lleno de sangre —dijo Nina, y saltó rápidamente de la silla.

A mí me flaquearon las piernas. Empecé a temblar y a corretear por la habitación en busca de un sitio donde esconderme. No sabía qué hacer primero: cambiarme de ropa, arreglarme el pelo o pasarme una toalla húmeda por los sobacos, porque ese día me había dado pereza ducharme y sabía que olía a sudor. Habría reconocido aquellas voces en cualquier sitio.

—Mila, mira quién ha venido a verte —oí que decía mi padre al otro lado de la puerta—. ¿Dónde estás, Mila? ¿Te has escapado?

Me había escapado, sí, pero no tan lejos como habría deseado. En aquel instante quería desaparecer de la faz de la Tierra. Me había imaginado ese encuentro mil veces, lo había vivido en mi cabeza de mil maneras, y también mil veces había repetido cada palabra que les diría para que creyeran que me iba bien, que estaba bien sin ellos. Les hablaría, en primer lugar, sobre el máster. Luego les contaría lo de las traducciones, que traduzco para extranjeros y me pagan en divisas. Pagar pagar, a decir verdad, todavía no me había pagado nadie, aunque me lo habían prometido. Pero no tenía tiempo. Me enjuagué la salsa de ajo de la boca con algo de leche y salí de la cocina como un topo escaldado.

Malik fue el primero en acercarse a abrazarme. Había engordado, le sentaba bien. Se le habían quitado los granos de la cara y, para mi sorpresa, le favorecía aquel corte a lo bandido: le realzaba los ojos y la frente. Parecía, por fin, un hombre. No podía creer que fuera él, mi Malik, ese que había llevado el pelo largo toda la vida y *bezrukăvci*[35] tejidos por Dina Andreevna con los restos de lana de sus jerséis.

—¡Milcaaa! —gritó—. ¡Ven aquí, *padrujka!*[36]

Nunca había vuelto a hablarme así, y cuando se pegó a mí, cuando sentí en mi pecho su pecho

nuevo, endurecido, sin las costillas entre las que tantas veces me había acurrucado, comprendí que ni una pizca de Malik era mía, si es que lo había sido alguna vez.

Ella estaba detrás, y la vi mirar con desdén a su alrededor. Nuestro apartamento nunca había parecido más miserable. Nina había puesto a secar en los radiadores todos sus calzones de invierno y unas medias agujereadas, y en el alféizar, en unos diez frascos de crema vacíos, mi padre había plantado cebollas. Cada mañana, cuando se levantaba, hablaba con sus cebollas y les pedía que brotaran, que florecieran y que nos protegieran de los resfriados a los tres. Además, al comienzo del invierno había reventado una tubería de la cocina y, hasta que dimos con la fuga, hasta que llegó el equipo de reparaciones —unos alcohólicos de la JEK—,[37] el agua caliente destrozó gran parte del parqué y abombó una pared.

Sin embargo, lo más penoso era el olor. Además del de pescado frito que llegaba desde la cocina, toda la casa olía a alcohol con alcanfor, a bálsamo Steluţa, a yodo, a cataplasmas de mostaza. Pero no era nuestra pobreza lo que me avergonzaba entonces, no eran las camas viejas con los muelles rotos, que ya ni nos molestábamos en hacer durante el día, ni el televisor viejo con los botones pelados. Yo me avergonzaba de otra cosa: de cómo había acabado mi padre. Aquel hombre que había llevado toda la vida traje y corbata, que podía recitar de memoria páginas enteras de Eminescu, Baudelaire, Lorca, Esenin, que sabía leer en latín y griego y explicar la etimología de cualquier palabra rumana mejor que cualquier diccionario, se había presentado ante ellos como un reo.

Yo no sabía qué hacer, cómo hablarles, cómo atenderlos a ellos, unos miserables, unos mentirosos que me habían abandonado y que no me habían llamado una sola vez en todo el año. Odiaba a todos los presentes por igual. A Nina porque, después de diez años en la ciudad, seguía hablando como una pueblerina. A mi padre porque no se había metido el orgullo por el culo y no había aceptado seguir trabajando en el periódico, donde habría ganado un sueldo como los demás. A Malik porque me había traicionado, me había abandonado y había vuelto con *Ella.* Pero la odiaba especialmente a *Ella*, por todo.

Llevaba un abrigo de piel hasta el suelo, un bodi de guipur y una minifalda de piel que no creo que midiera más de veinte centímetros. Se había quitado las botas en la entrada, pero las vi luego, eran también de piel, por encima de las rodillas. Estaba tan delgada que creo que habría cabido en uno de sus vestidos de niña. Cuando me liberé de los brazos de Malik, me acerqué a *Ella*. No quería parecer demasiado amistosa, porque confiaba en quedarme un momento a solas con ellos y echarles en cara que no me hubieran llamado. Estaba convencida de que tendrían una historia sobre lo dura que era su vida en Moscú, que no tenían dinero ni para pan ni mucho menos para llamar por teléfono; pero, después de ver la ropa que llevaban, la cantidad de oro, cómo olían los dos a perfume caro, a un perfume francés que yo olí una vez en una compañera rica, comprendí que me habían llamado no porque se encontraran en una situación difícil, sino porque estaban muy bien. Para mi sorpresa, *Ella* se acercó a mí y me abrazó con fuerza contra su pecho. No la recordaba tan pegajosa.

—Ya le dije yo a *zaia*[38] que pasaría esto, que no viniéramos sin avisarte —me dijo tan despacio que me costó entender sus palabras.

Me dieron ganas de echarla. ¿A qué se refería con «esto», y desde cuándo tenían ellos que avisar antes de venir? Pero, sobre todo, eso de *zaia.* ¿Mi Malik su *zaia?*

—¡A la mesa, todo el mundo a la mesa! —gritó mi padre, contento, y vi a Nina traer de la cocina dos platitos, en los que había dividido en dos un trozo de pescado frito. No esperaba invitados y no le hacía

ninguna gracia compartir con dos bocas más un pescado comprado para nosotros con tanto esfuerzo. Afortunadamente, ninguno de los dos quería comer.

Durante un rato solo habló mi padre con Malik. Le preguntó si había conseguido ver la Galería Tretiakov e ir al Bolshói, si había «peregrinado» por los parques, donde crecían unos árboles maravillosos, y luego, por supuesto, si había estado en la Plaza Roja. Intentó recordar una cafetería donde había estado de joven con unos escritores, pero no lo consiguió y le preguntó en cambio por los grandes almacenes Drujba, donde, en su época, los de Besarabia compraban libros en grafía latina y los traían aquí de contrabando. Malik respondía a todo con vaguedades, o bien rehuyendo mi mirada, o bien mirándome con cara de culpable. Luego, para cambiar de tema, fue a preguntarle algo sobre la redacción, pero yo conseguí darle una patada por debajo de la mesa y se calló a tiempo.

—¿Qué tal tus padres? ¿Cómo les va por allí? —le preguntó mi padre a *Ella*, pillándola desprevenida.

Habían pasado tres años desde que Roza y Gleb vendieron el apartamento de arriba y se trasladaron al campo, donde Roza había comenzado a cultivar flores en invernaderos, claveles y rosas. Las flores se vendían muy bien entonces, y Roza, espabilada como era, había organizado enseguida una red de distribución. Venía a menudo a nuestro patio para ver a sus antiguos vecinos; decía que estaban bien, pero que echaban de menos a su hija.

—Vida de pueblo —respondió *Ella*—: gallinas, cerdos, el retrete en el huerto.

—El pueblo tiene sus ventajas —empezó mi padre, apaciguador—: agua del pozo, aire, un viñedo. Mira, aquí tengo unas fotos que saqué en otoño, si queréis…

—¿Se puede abrir algo? —lo interrumpió *Ella* bruscamente, se levantó de la mesa y se dirigió a la ventana.

Mi padre, el pobre, se sintió avergonzado, pero no se le notó en la cara.

—¡Aire, claro, aire! Hace demasiado calor aquí —dijo con una premura fingida, y fue rápidamente tras *Ella*.

Nina saltó como un resorte porque tenía la calzas en el radiador y, con la excusa de subir las cortinas, retiró de un plumazo toda la porquería. Aquella misma mañana habían sellado juntos las ventanas con masilla para el invierno, y habían discutido como fieras. Ella quería dejar abierto al menos el tragaluz, para poder ventilar la habitación, pero él le había dicho que lo sellara también para que no hubiera corriente.

—Ya decía yo que había que dejar sin sellar al menos el tragaluz, para airear —dijo mi padre, y empezó a retirarlo todo mientras le gritaba a Nina que le trajera un cuchillo, porque la esponja estaba muy hundida en la grieta y no podía sacarla con los dedos.

Al ver que estaba a punto de echarme a llorar, Malik empezó a pedirle que lo dejara «todo como estaba», que ellos tenían que marcharse de todas formas y que comprendía, cómo no, todo aquel jaleo de sellar las ventanas. Cuando llegaba el frío, no era ninguna broma.

Cuando se marcharon, yo me quería morir. Estuve toda la noche en la cama con los ojos abiertos y recordé cada año a partir de la muerte de mi madre para entender cómo, cuándo habíamos acabado nosotros así. Ricos no habíamos sido nunca, pero tampoco habíamos conocido la pobreza hasta entonces. Había crecido convencida de que, si estudias, si vas a la universidad y eres una persona íntegra, es imposible no salir adelante en la vida. Entonces, ¿cómo era posible que, por sus convicciones, mi padre

hubiera sido arrinconado, y otros, por lamer culos, hubieran construido palacios? Pero, por encima de todo, necesitaba averiguar cómo habían llegado *Ella* y Malik a hacerse tan ricos en un año.

Me gusta venir aquí, sobre todo en otoño, cuando brotan los crisantemos y las dalias, los gladiolos y los ásteres. Entonces me parece verlos juntos entre las tumbas, silbando o arrancando malas hierbas, o un poco más allá, junto a las criptas, clareando el jazmín, que se ha extendido demasiado. «Mila, si supieras lo banales que son tus preocupaciones… —me parece oír a mi padre—, lo que vosotros llamáis vida aquí no llega a un segundo.»

Aunando fuerzas, conseguimos mantener la tumba de Malik. Lenuţa viene poco, pero tampoco le pido más. De todas nosotras, ella fue la que mejor lo amó hasta el final, con un amor puro y desinteresado. En otra época, cuando me dijo que se iban a casar, no podía soportarla. Sufrí mucho ese verano, cuando se fue a vivir con él a la caseta de Villeneuve-Saint-Georges, donde había vivido también yo una temporada. Durante un mes esperé que él me enviara siquiera una señal. Ya no había gran cosa entre nosotros, pero tampoco es que no hubiera nada. Sin embargo, él no llamó, no escribió, ni siquiera mandó recuerdos, como hacía muchas veces cuando no sabía qué decir: llamaba a una de nosotras y nos mandaba recuerdos a todas.

Fui a verlo para decirle que me daba asco, que ni el hombre más macho —y él no lo era— se habría acostado, una tras otra, con todas sus amigas. Lo encontré fuera, en chancletas y con los pantalones arremangados. Estaba lavando trapos en una palangana. «¿Ya has pasado a la tercera?», le pregunté, desesperada. No tanto por amor cuanto por la incapacidad de compartir aquello con nadie más. «¿Qué quieres, probarnos a todas?» Luego vi a Lenuţa, con un pañuelo en la cabeza y el pecho vendado, y nos echamos a llorar las dos. «Júrame que no se lo contarás a nadie», me pidió ella. «Si se enteran, perderé todas las clases.»

Nos pusimos muy contentas cuando Antoine nos ayudó a encontrar un lugar en el cementerio de Courbevoie y nos dio mil euros para el entierro. No gastamos mucho: un ataúd barato, una chaqueta con una tara en la espalda, una misa con un cura joven. Las chicas se tomaron medio día libre, y por la tarde fuimos todas a una terraza y comimos alitas. «Aquí le haremos compañía por turnos», dijo Fima después de que se marchara el cura y nos quedáramos nosotras cuatro junto a la tumba. Lenuţa, que esa semana había salido de nuevo de la quimioterapia, acarició la tierra con la mano y susurró: «No tengas miedo, Malichka, tu mami te espera». Yo no dije nada, pero *Ella* se quebró y dijo que teníamos que mandarlo a casa, a Moldavia, para que estuviera con los suyos. Sentí vergüenza ajena. Menos mal que estaba Fima, que la puso en su sitio y le soltó que de ahora en adelante era nuestro muerto, que en su país no lo necesitaba nadie, que tal vez la situación hubiese sido otra si su madre no hubiera perdido el apartamento, pero así, sin nada que heredar, Malik se había convertido en el muerto del camino. «De todas formas, tú no lo necesitaste nunca, así que ya puedes largarte», le soltó al final. Acabaron mal, no se hablaron durante mucho tiempo. Pero el tiempo y el dinero las reconciliaron.

Malik no está, pero está Lenuţa. Unas veces peor, otras mejor, pero está. De vez en cuando, reaparece el cáncer, y entonces la vemos solo en el teléfono. La mujer del pope la lleva y la trae de la quimioterapia, le da de comer, la asea, está con ella día y noche. A Fima y a mí no nos deja ir a verla, para que no «la despistemos de la recuperación». Luego se pone bien y, por enésima vez, a los médicos

les parece un milagro. Siempre que encuentro flores en la tumba de Malik, sé que ha estado Lenuţa un martes, cuando tiene tres horas de descanso; de vuelta a casa, se apea cuatro paradas antes en su línea de metro, cinco minutos más andando y ya está. Rosas, como a él le gustaban. Hoy parecía querer venir también ella, pero la he disuadido. Esperaremos a que se recupere también Fima, y entonces lo celebraremos todas.

Malik murió en Lyon la noche del 14 de julio, como siempre había querido. Cuando éramos niños, en nuestro patio falleció un vecino y coincidió que era 9 de mayo.[39] En las calles reinaba el jolgorio. Desfiles, encuentros de veteranos: la ciudad celebraba la victoria. Así que Iura, que hasta entonces había sido un don nadie, se convirtió de golpe en un muerto popular. Los vecinos sacaron mesas a la calle y las llenaron de comida, alguien trajo una armónica, todos gritaban: *«Za pobedu, za mai!»*.[40] «¡Y también por Iura!», añadía su mujer. Antes de que cayera la noche, Iura era Iuri Andreevich, un héroe. Nadie celebraba ya la victoria, todos celebraban a Iura. A Malik se le quedó grabado ese día, y una vez me dijo que a él también le gustaría morir un día de fiesta. Para no morir solo, en una palabra.

El chico que lo vio caer del tejado declaró más adelante que había sido un accidente de verdad. *«Vraiment-vraiment»,* escribió en su declaración, confiando quizá en acabar cuanto antes y recuperar el móvil con el que, por casualidad, lo había filmado todo. Pero su madre empezó a pegarle ya en el patio de la Policía, por arrimarse a cualquier pordiosero, y su teléfono quedó confiscado como prueba durante un periodo indeterminado.

La Policía decidió que no había sido un asesinato, que ni siquiera había sido un suicidio.

De la grabación se concluía que el fallecido había subido al tejado del almacén en el que trabajaba para admirar los fuegos artificiales; se acercó demasiado al borde, era de noche, estaba bailando y se cayó. *«Vive la France…* Se oye claramente, señora. Un hombre disfrutando de la vida.»

El policía parecía aliviado por el hecho de que yo hubiera acudido tan rápido desde París y de que hubiera aceptado ser la hermana del difunto, «así todos podremos irnos de vacaciones, seguir con nuestra vida». En un arrebato de bondad, me prometió un traslado gratuito al aeropuerto si me marchaba antes del jueves. Le di las gracias, y él me ofreció café, agua, un cigarrillo y, después de firmar, llevarme a la morgue en su coche. «¿Estaba bailando solo?», le pregunté de repente, ya lista para partir y procurando parecer amistosa por lo menos al final. En el fondo, era un hombre decente. Un hombre con un cargo que solo estaba intentando simplificar las cosas para los dos, para que pudiéramos irnos de vacaciones y seguir con nuestra vida. Mi voz, sin embargo, me traicionó, rompió la cadena, le saltó al cuello, y vi en su rostro que se había asustado. ¿Pensaría que yo iba a pedir una investigación adicional, aunque no tuviera derecho a ello? Creería que era una tonta que, por más que se le haya explicado todo, sigue sin entenderlo bien y pregunta, pregunta, pregunta. «Era un vigilante, señora», me respondió secamente. «Si no le importa, la llevo a la morgue ahora mismo.»

Cuando le conté a Fima toda la historia —que había firmado un solo documento por un hombre muerto y exactamente tres por rescindir el contrato de alquiler; que la vieja en cuya casa vivía había sacado ya todas sus pertenencias a la calle, incluso su ropa, incluso la cartera con los *fantice,* y que el forense me había entregado su reloj a través de una ventanilla, sin dejar de comerse un yogur—, Fima dijo que tenía que ser una señal. El hecho de que la última persona que vio a nuestro Malik con vida repitiera las palabras tenía que ser una señal.

Sin embargo, algo me había molestado, aunque solo en el tren comprendí qué era, cuando, enfadada porque *Ella* no me respondía al teléfono, me eché a llorar. Me molestaba que no se hubiera dignado a mover el culo para ir a ver al muchacho con el que había compartido el pan, al que había amado y con el que había pensado incluso tener un hijo. Que todo hubiera sucedido tan rápido y con tanta facilidad. Pero, sobre todo, aquel «claramente» de la estúpida conclusión de la Policía, una palabra como un escupitajo en la cara, bajo la cual el cuerpo destrozado de mi mejor amigo, de mi primer hombre, de la persona Mark Lipski, llamado Malik, había sido enterrado como una caca de perro.

Durante un tiempo me pregunté si había actuado bien, si había hecho lo que tenía que hacer, si no me había vendido barata a un policía francés que me había pillado desprevenida y que se había llevado, probablemente, una gratificación. Unas cosas encajaban, otras no, pero Malik había muerto y estaba muerto. ¿Qué importaba si se había caído o si lo habían empujado? ¿Qué podía hacer una mujer como yo, inmigrante y pobre, en un país extranjero? Solo una tarde, cuando habían pasado ya tres meses y yo seguía sin encontrar sosiego, Haim, consciente de cuánto sufría, me hizo una pregunta que me obligó a ver las cosas de otra manera. «¿Sabes tú algo que no sepan los demás?», me preguntó. Sí. Sabía algo que no sabía nadie.

Yo vivía en casa del Cerdo por aquel entonces. Marta tenía seis años y mi papel en su familia ya no estaba claro. Cocinaba, planchaba, limpiaba, pero en mi fuero interno confiaba en encontrar un trabajo de verdad, como aquel de la AFP, e irme de aquella casa. Notaba que querían que me marchara. Había criado a su hija. Había conocido a un montón de las amigas ricas de *Ella.* Cuando venían a verla, yo les servía la mesa. Me pedía que se lo llevara todo en una bandeja y nunca me llamaba para que me sentara con ellas. Cuando nos quedábamos las dos solas, me decía que su nivel de francés era demasiado avanzado para mí, pero yo sabía que, en realidad, quería aparentar que tenía criada. Mi presencia la incomodaba también por otro motivo. Delante de mí, no podía fingir a sus anchas, y *Ella* fingía siempre.

Entre semana, vivía con ellos —de todas formas, tenía que llevar y traer a Marta de la guardería—, pero los fines de semana procuraba alejarme de su mirada, y por lo general iba a Lyon, a ver a Malik. Él se había desencantado definitivamente de París y había regresado al punto de partida, solo que ya no trabajaba en una obra, sino en un almacén.

«Mila, hay un perro», me escribió Malik un domingo, como si no hubiera ocurrido nada, como si nuestra última pelea no hubiera sido la quema de todos los puentes del pasado y del futuro. En un segundo, me enfurecí a morir. Su cara de niño, los ojos siempre culpables, todo ello cristalizó en aquellas cuatro palabras que solo yo comprendía y que querían decir que Malik tenía un perro para mí. Mila, hay un perro. Mila, tengo un perro. Mila, ven.

«Vete a tomar por culo, Malik», le respondí en un mensaje mientras empezaba a vestirme con la otra mano. Sabía que antes del anochecer llegaría donde él, donde ese hombre balbuceante que se reía inclinando la cabeza de cualquier chiste sobre periquitos, gatos, cocodrilos, monos; donde mi querido Malik, que me había conseguido un perro.

Vino a buscarme en moto a la estación. Llevaba su chaqueta buena, es decir, la chaqueta de cuero que había traído de Moscú, de sus años de degeneración. El perro estaba dentro, pegado a su pecho. Le había sacado la cabeza por el cuello de la chaqueta y le metía rodajas de salchichón en la boca. «Sube también tú», me dijo riendo, y eso hice, y así arrancamos: un hombre, un perro y una mujer que los

abrazaba por detrás, recorriendo las calles de Lyon en moto a toda velocidad. «¡Sabía que vendrías!», me gritó, contento, cuando arrancó la moto, y mis manos encontraron a Donna y le acariciaron la barriga, la cola, el lomito, porque así iba a llamarse el perro, Donna, y así quedaría ese día para siempre en mi memoria, limpio y cálido como la barriga de un bebé.

Aquella noche no hicimos nada, ni siquiera lo que solíamos hacer cuando nos emborrachábamos como cubas. «Ahora que tengo un perro, ya no te necesito», le dije en broma. Estaba muy muy borracha, tumbada en el suelo del baño con Donna sobre mí, y él fumaba en la ventana con los ojos cerrados. Nos habíamos tomado dos botellas de coñac y una de licor, algunas cervezas, me duraba también el vino de la noche anterior, estaba hecha un verdadero trapo. Esperaba que dijera algo, que riera, que protestara, que soltara alguna bobada. Que replicara al menos «¿cómo que no me necesitas?», «¿nada de nada?», que dijera cualquier cosa. Y la dijo. Algo que no me esperaba entonces, pero que había intuido siempre. «Mila, hay un chico.»

En su rostro se leían la culpa y la desesperación. Me dijo que nunca había sido feliz, y que, después de marcharse de casa, de nuestro patio, no supo cómo seguir viviendo. Francia, *Ella*, Lenuţa. Todos aquellos trabajos sin sentido, con los que ganaba un dinero que no necesitaba para comprar una vida que no le satisfacía. Se despertó un día sin aire y sin dirección, sin recuerdos y con el corazón agujereado, como un caracol que un niño recoge en un bosque y arroja luego en un patio de hormigón. Y aquel chico le recordó todo, la vida, nuestras noches. Era tontorrón y desobediente, y repetía las palabras como hacía también él de niño. Iba a bailar al patio del almacén, al ritmo de una melodía que solo él conocía, y Malik lo miraba desde el tejado. «Perdóname, Mila», me dijo, con tanta tristeza que no supe qué responder, no supe qué responder. Era demasiado incluso para mí.

Al día siguiente casi no hablamos. Sorbimos dos huevos crudos cada uno y tomamos una aspirina, metí a Donna en una mochila vieja, con un trozo de salchichón para el viaje, y me fui andando a la estación. Me propuso que me quedara con él un día más, me pidió «que habláramos», pero no me quedé. Me moría por llegar a casa, comprarle a Donna una cesta, un hueso, un cepillo para el pelo. Le dije que el martes tenía una entrevista de trabajo, algo que no era exactamente mentira, pero tampoco verdad, porque sabía que no me saldría nada. «Búscate tú también algo que hacer —le solté al despedirme—, nos vemos dentro de un mes.» Tenía que venir al cumpleaños de Lenuţa, que aquel año cumplía una cifra redonda y nos había invitado a todos a comer alitas en el centro.

Ni la muerte de mi madre ni la degradación de mi padre, ni siquiera la relación con Anatol, me transformaron tanto como aquel año que pasé en Zavodskaia.[41] En mi juventud, me resultó liberador. Hoy, en cambio, entiendo que entonces comenzó, en realidad, el final. Año cero, como nos enseñó Raphael en las reuniones, a partir del cual la debilidad deja de ser debilidad y se convierte en la fuerza que te arrastra. En Zavodskaia me convertí en lo que soy ahora, una criatura del revés, eviscerada de todo deseo propio, capaz de sentir tan solo lo que ha pasado antes a través de los demás.

La casa en la que vivían los dos desde hacía un año pertenecía a un ladrón. No exactamente a un «ladrón de verdad», porque de algo así no habríamos salido vivos, pero sí a alguien lo bastante importante como para dar miedo. No les pregunté cómo habían acabado haciendo lo que hacían, aunque, viendo a Serj y a los demás, no era difícil de adivinar. Solo al cabo de muchos años me confesó Malik que *Ella* se había hecho amante de un tipo que, después de llevar a cabo dos robos a mano armada, había huido del país y seguía utilizándola para lo que hiciera falta.

«¿Tú crees que yo necesitaba dinero, coche, todo eso?», me preguntó él un par de meses antes de morir. «Tampoco *Ella* lo necesitaba, pero no sabía cómo escapar. Le daba miedo que la matara, o algo todavía peor.» Esas palabras de Malik —«o algo todavía peor»— se me quedaron clavadas en la mente como la peor conjugación de los tiempos más oscuros. Peor que peor vivimos nosotros entonces. Malik me dijo también otra cosa. Él estaba en contra de que me fuera a vivir con ellos, pero *Ella* le había dicho que, si no me llevaba, ya estaba largándose él.

No creo que Malik me mintiera. ¿Qué sentido habría tenido después de tantos años? Hacia el final, hablaba todo el tiempo de pecados, de errores y reparación. Se acordaba de cosas que había hecho en la infancia y me tenía al teléfono horas muertas para explicarme que esa no había sido su intención, que había pronunciado aquellas palabras cuando estaba nervioso, y que, si me había ofendido, me pedía perdón. Así pues, su visita a mi casa, la idea de salvarme de la pobreza, de tenderme la mano, había sido una mascarada. En realidad, Malik temía perderla a *Ella* y *Ella* quería pringarme a mí también.

La casa tenía tres pisos y solo se podía llegar en coche. Creo que esa era precisamente la idea: que no llegara cualquiera. Se veía que los propietarios tenían mucho dinero cuando empezaron a construirla y se lanzaron con materiales caros, pero cuando el dinero se acabó, se vieron obligados a rematarla como pudieron. La fachada ni siquiera tenía ventanas, y, en lugar de puerta de entrada, Malik había colgado dos mantas con unos clavos. Nosotros tres entrábamos por la parte de atrás, que era más o menos habitable, aunque todo lo que contenía te hacía pensar más bien en un búnker. Poca luz, una gran mesa de billar en medio del salón, dos sofás de piel desgastados y algunas butacas hundidas. Junto a la cocina había un baño con azulejos de lujo, pero sin ducha, y con una taza tan sucia que a veces pensaba que se habían aliviado en ella todos los delincuentes de los alrededores. Había también una sauna, que, por supuesto, no funcionaba, aunque olía muy bien a madera.

Vivíamos en el tercer piso, que *Ella* había arreglado. Oficialmente, compartía con Malik una habitación y una cama, pero discutían tan a menudo que casi la mitad del tiempo Malik dormía en el sofá desgastado. Cuando entré por primera vez en su habitación, me bloqueé. No creo haber visto en mi vida

nada más *kitsch* y, al mismo tiempo, más orgánico, que se adaptara tan bien a una persona. La conocía desde pequeña, pero a *Ella*, la de verdad, la conocí solo allí, en aquella habitación que llamaba, y no en broma, *budoar*.[42] Me habló largo y tendido sobre cada objeto. Tenía un cuadernito amarillo lleno de números de teléfono: vendedores, artesanos, especuladores. El nombre, el precio, la dirección…, por si necesitaba algo en otra ocasión. La mayoría de los objetos estaban fabricados a medida según sus diseños, según fotografías o imágenes de películas. Había cubierto las paredes con papel dorado, y en la cama había puesto sábanas de seda negra, como había visto en *El padrino*. Su mayor orgullo, sin embargo, era otra cosa. Ni los papeles ni la lencería, ni siquiera la pantalla de la lámpara de terciopelo rayado que Malik había montado con gran esfuerzo justo en medio del techo, sino una mesita de tocador. Rosa, enmarcada por cien bombillitas que brillaban en todos los colores y que, en la oscuridad, hacían que te sintieras en un Luna Park.

Mi habitación estaba junto a la suya. Grande y completamente vacía, pintada de blanco. Tenía solo una ventana y dos bombillas que salían de una pared a la altura de la cama. Seguramente ese iba a ser el dormitorio. Malik se disculpó porque no sabía qué cama comprarme y había esperado para que fuéramos juntos a la tienda. «Compraremos lo que quieras además de la cama», añadió, atento, mirándola de reojo, lo cual me dio a entender que no era él quien se ocupaba de las finanzas. En fin, no era nada lujoso, pero estaba limpio y era mío. Mejor que separada de Nina y de mi padre por un trapo.

Desconocía a qué se dedicaban exactamente, pero les eché una mano en varias ocasiones. Una vez empaqueté fruta toda la noche, creo que más de cien cajas, en las que ellos habían escondido algo. Al día siguiente, Malik las cargó en un camión. Otra vez hice lo mismo con paquetes de trigo triturado, con juguetes para niños, con edredones. Recuerdo que *Ella* vino una tarde con cuatro edredones ya descosidos, en los que metió saquitos de polvo blanco y luego los cosió a mano. Drogas, divisas, no creo que les confiaran armas. En todo lo que preparábamos pegábamos la etiqueta «donación de la Fundación no sé qué», y lo enviábamos a Rusia. *Ella* lo sabía todo, Malik sabía solo la mitad y yo solo me lo imaginaba. Cada tarde oía en el televisor que habían detenido a tal o cual ladrón, que un *mahăr*[43] había sido tiroteado o que habían descubierto un canal de contrabando. Chisináu era una cárcel abierta.

El papel de Malik era algo entre perro y chivo expiatorio. No era siquiera un *şestiorkă*.[44] Para eso, en el mundo criminal, tenías que ser un ladrón, y él no lo era, aunque se vistiera y hablara como un delincuente. Malik era el *şestiorkă* de *Ella*, su perro y su chivo, al que enviaba a hacer todo el trabajo sucio y al que recompensaba en la cama. El pobre se pasaba todo el tiempo en la estación o en escondrijos, recibiendo y enviando paquetes sospechosos, o en *strelci*[45] con antiguos o futuros presidiarios. Salía de casa por la mañana y volvía tarde por la noche, cansado, magullado o con las manos hinchadas y llenas de heridas, señal de que había pegado a alguien. Nunca lo vi armado, pero tenía muchos *castete*.[46] También nosotras teníamos.

A *Ella*, a la de entonces, no sé cómo describirla. He bloqueado algunas imágenes en mi mente, otras no podría borrarlas por mucho que quisiera. Eran dos personas que habitaban el mismo cuerpo y salían en días distintos. En las semanas en las que salía la joven con la que pasé la infancia, era sencillo. Llamaba a la facultad, decía que estaba enferma y, durante varios días, no hacía nada. Por la mañana nos despertábamos y tomábamos *gogol-mogol* que hacía Malik o crepes que hacía yo. Luego pasábamos el día juntas. Yo leía, *Ella* se quedaba en su habitación hojeando revistas o maquillándose y desmaquillándose cien veces, rizándose el pelo o arreglando ropa, como en la infancia. Aquella afición

suya por coser y arreglar la ropa perdura hoy en día. Sé por Fima que su casa está también ahora llena de cordones y de retales.

Cuando se cansaba de las tijeras y de los cosméticos, ponía la música tan alta que temblaban las paredes. Entonces bailaba como una loca sobre la cama, en las escaleras, en la mesa de billar, y sus ojos de color violeta llenaban de nuevo el aire de un olor a malvas. Por la noche, pedíamos pizzas o kebab y mandábamos a Malik a la ciudad a comprar la bebida; él regresaba con *schnaps* y licores, con coñac y Martini, nuestros favoritos, porque vino no tomaba nadie, es decir, nadie joven, y nosotros éramos jóvenes. Los alineaba luego sobre la mesa de billar y hacía de camarero. Se colocaba en el brazo una toalla o un par de calcetines o, una vez, cuando ya estaba borrachísimo, una cortina del salón, que arrancó con riel y todo, y nos preguntaba: «¿Qué desean tomar las damas?». Las damas deseaban de todo y bebían mucho, hasta que se encontraban mal e iban a vomitar a aquel baño asqueroso, dándose golpecitos en la espalda la una a la otra.

Por la noche, nos acostábamos los tres en la cama inmensa, fabricada a medida, por supuesto, en la que habría cabido una persona más. Malik y yo nos arrojábamos en ella los primeros y nos moríamos de la risa con aquel estúpido montón de seda que hacía que nos resbaláramos por todas partes; luego, como en otros tiempos, veíamos películas toda la noche. Ahora tenía todavía más cintas. Había llenado una pared entera, y no solo con películas, sino también con conciertos, programas, espectáculos de humor, dibujos animados. Tenía una obsesión casi enfermiza por grabar todo lo que le había gustado; bueno, no *Ella*, Malik. Además de todo lo que hacía, debía ocuparse también de eso. Nos quedábamos dormidos abrazados, a mitad de alguna película, borrachos perdidos o muertos de cansancio. Si sabía que al día siguiente tenía que levantarme para ir a la facultad, me arrastraba a mi habitación y los dejaba solos. Otras veces, sin embargo, se marchaba Malik y nos dejaba a nosotras.

Había también días oscuros, cuando salía la otra joven que me hablaba solo para burlarse de mí o para enviarme en busca de algo. «¿Qué más se cuece en tu mundo, Mila? ¿Qué dice la gente instruida? ¿Está al caer el apocalipsis o qué?» o «Tráeme cigarros. Y no estaría de más que limpiaras un poco la casa, aquí no vivimos como donde Nina, no secamos las bragas en los radiadores». Esos días miraba a Malik como si fuera un hueco en la pared o lo insultaba a la mínima ocasión, y si se cruzaba con él o se lo encontraba en el baño o en la cocina, lo golpeaba con saña y gritaba: «¡Lárgate, me das asco!».

Cogía luego sus mensáfonos, se llevaba el teléfono tirando del cable y se encerraba en su habitación hasta la noche, cuando salía vestida como una puta y tan maquillada que prácticamente no la reconocía. Pocas veces le pedía a Malik que la llevara en coche, pero si se lo pedía —con gestos, ni siquiera con palabras—, él saltaba como un muelle y lo hacía de inmediato. La mayoría de las veces, sin embargo, salía sola y montaba en coches con los cristales tintados, sin matrícula, que venían hasta la puerta y en los que desaparecía como en un agujero.

Aunque solo se prostituía *Ella*, nosotros dos nos sentíamos igualmente sucios. Él porque no hacía nada por evitarlo, yo porque incluso así, tan degradada, me daba envidia. Le pregunté una vez a Malik adónde iba esas noches, qué hacía. Luego me arrepentí, porque Malik se trastornó por completo y empezó a mentir de forma tan penosa que ni siquiera pude enfadarme con él. Me dijo que *Ella* no hacía «nada de eso», que se ocupaba de cosas serias: organizaba reuniones, enviaba paquetes; era una persona de contacto, no una *şalavă*.[47] *Ella* le mentía, o se mentía él solo, no lo sé. Pero creo que su corazón sabía lo que pasaba.

Al principio, estaba más o menos claro. Teníamos cada uno una tarea. Yo, aunque no hiciera nada concreto, estaba allí para reconciliarlos y para hacerles recordar. Me sentía como una copa de cristal en un aparador tirado a la basura, una prueba de que nosotros habíamos vivido de otra manera, de que en otra época habíamos sido también gente decente. A partir de un determinado momento, sin embargo, todo empezó a complicarse. Malik, que tenía que ser nuestro sostén, volvía a casa cada vez más abatido, y yo veía que tenía miedo. Instaló alrededor de la casa y en el primer piso un sistema de vigilancia con cámaras, y comenzó a llevar pistola. Discutían todos los días y, cuando pillaba fragmentos de su conversación, entendía que él le pedía que lo dejara antes de que fuera demasiado tarde. Se había vuelto peligroso, decía Malik: controles, gente nueva con la que él no quería ya trabajar porque no eran ladrones o contrabandistas, sino criminales. «Matan, ¿me entiendes?», gritaba él. «¿Y qué propones?», respondía *Ella,* ausente, haciéndose la ausente, porque también *Ella* tenía miedo, se notaba. «¿Vas a decirles tú lo que tienen que hacer?»

Yo, por supuesto, no podía meter baza, porque Malik me atacaba sin pensárselo dos veces: «No es asunto tuyo, tú dedícate a estudiar». Y entonces *Ella* se echaba a reír y decía: «Mira tú quién va a salvarnos, Mila. Corre a escribir una redacción». Felicidad, alegría. Suciedad, miedo. Así vivíamos.

La primavera trajo consigo unos acontecimientos tan violentos que prácticamente nos convirtió en conejos. Malik «se cayó por descuido sobre una navaja»; su versión, claro. Estuvo una temporada en el hospital, donde nosotras pagamos unos trescientos dólares para asegurarnos de que nadie llamara a la policía. En aquel entonces, había que denunciar las heridas sospechosas: de pistola, de navaja, las violaciones. Pero no si les «dabas las gracias» a los médicos como Dios manda. Casi no dormíamos ya por las noches, nos temíamos que apareciera la policía para arrestarnos en cualquier momento, o que alguien lanzara una granada a la casa. Lo segundo era lo más probable. Desde hacía una semana, habían empezado a llegar toda clase de desconocidos que, evidentemente, huían de la ley. Por fortuna no hacían ruido. Eran fugitivos, no tenían ningún interés en hacer ruido.

Recuerdo a uno que se encerró en la sauna y durmió sin moverse un día y una noche; luego se marchó sin decir una palabra. Otros dos subieron al tercer piso y registraron cada habitación, cada rincón, para ver si efectivamente no había nadie en casa, como les había asegurado yo. Estuve a punto de mearme encima cuando los vi revolviendo las camas. El joven me preguntó en ruso cómo me llamaba, pero el otro le hizo un gesto para que callara y oí cómo le susurraba que era la mujer del чёрт.[48] Pensaban que yo era *Ella.* Me preguntaron si había comida en la casa. Les di salchichón y les freí diez huevos, me dieron las gracias respetuosamente y me dijeron que podía acostarme tranquila, que ellos vigilarían la casa.

Aquellas semanas, Malik estaba sombrío, y las noches de *Ella* se habían vuelto más largas y más frecuentes. A veces desaparecía incluso dos días, y cuando regresaba, en un estado deplorable, no dejaba que la tocáramos. La vi en algunas ocasiones quemar la ropa que había llevado, y entonces se dedicaba solo a ver Ну, погоди!.[49] Le preguntaba si quería que viera los dibujos animados con *Ella*, si quería que le preparara crepes, pero no quería nada. Me lanzaba una mirada vacía en la que se leía la desesperación. En aquella época solo podía imaginarme lo que estaba ocurriendo. Al cabo de los años, descubrí que era incluso peor.

Cuando *Ella* no estaba, Malik y yo empezamos a dormir juntos de nuevo. Al principio, solo en mi habitación, con cuidado de borrar toda huella de complicidad, como unos adolescentes, pero eso no duró

mucho. Un día nos pilló desprevenidos. Estábamos desnudos, restregándonos, no podíamos fingir que estuviéramos haciendo otra cosa. Lo que más me sorprendió fue que no nos reprochó nada, y Malik no volvió a sentirse culpable por engañarla precisamente conmigo. A partir de entonces, no nos tomábamos la molestia de escondernos. Hacíamos el amor en su cama, luego nos quedábamos viendo películas, bebiendo, comiendo, y si regresaba pronto, *Ella* venía y se acostaba con nosotros. A veces besaba a Malik. A veces me daba la impresión de que quería besarme a mí, o a los dos. Nada parecía ya vergonzoso o incorrecto. Sentíamos una especie de desesperanza y excitación que no creo que pudiera explicarle a quien no vivió esos tiempos. No había reglas. El bien y el mal eran lo mismo, la diferencia estaba en dónde te escondías. La persona, el día, eso era lo importante. Ni siquiera el día, el segundo. Ese segundo en el que la muerte se agachaba para atarse los cordones nos lo quedábamos nosotros.

En junio les dije que iba a volver a casa para los exámenes. Mi padre y Nina se habían marchado al pueblo, su apartamento estaba vacío y yo necesitaba tranquilidad. Lo cierto es que, en mi fuero interno, estaba dispuesta a marcharme para siempre. No podía seguir viviendo como aquellos últimos meses: con el pánico en el cuerpo, una resaca constante, friendo huevos para todos aquellos despojos de la Tierra y, sobre todo, con aquel embrollo sexual degradante. Malik estaba fuera, pero *Ella* me dijo que le parecía bien que volviera a casa. «Para poder vivir también la una sin la otra», añadió, soñadora o tal vez solo hastiada, cansada, no lo sé. En cualquier caso, la frase sonó rara.

En casa de mi padre me sentí como una niña otra vez. Nina había terminado de preparar las primeras conservas para el invierno, el pasillo estaba lleno de tarros de mermelada. Mi padre había empezado a traducir *El viejo y el mar* del ruso al rumano, un trabajo inútil que evidentemente no le había encargado nadie, pero él lo hacía por gusto. Su escritorio parecía la torre de Pisa, con pilas de diccionarios y libros a punto de derrumbarse en cualquier momento.

Me acosté en la antigua cama sin bordes —¡seguía allí!— y pasé la mano por el tapiz de la pared, mi alfombra azul, un recuerdo de mi madre que ella había prometido entregarme como regalo de boda. Recordé las noches de mi infancia, cuando ella lloraba quedamente a mi lado porque echaba de menos a mi padre. Saqué de la balda inferior de la estantería el primer libro que cayó en mis manos y empecé a leerlo con avidez, buscando sentidos ocultos incluso en las palabras más banales, como me había enseñado mi padre toda la vida y como yo no había hecho jamás. Por la noche, cené sola en la mesa, luego encendí el televisor y busqué algo que no fueran películas.

Era más de medianoche cuando llamó a mi puerta. Tenía un labio partido y, bajo el vestido de seda, arrugado, desgarrado, que parecía un trapo, se veían quemaduras profundas y manchas de sangre. Yo no sabía por dónde empezar. Qué darle para que no le doliera, qué decirle para tranquilizarla. Al mismo tiempo, el miedo crecía en mí como una ola: yo era la siguiente. Luego mi padre. Luego Nina. Toda mi gente quemada, asesinada, pringada de la mierda en la que me había metido *Ella*, nadie más. Recuerdo que le pregunté si estaba también Malik, si estaba vivo o si yacía muerto por ahí, y *Ella* respondió que él había conseguido esconderse.

«¿Y qué vamos a hacer ahora?», grité yo, desesperada. Quería que se marchara, que desapareciera de mi casa, de aquel lugar limpio, lleno de historias y de fruta, de los vestidos de Nina. «Yo no quiero vivir toda mi vida como tú, como una descarriada. Por tu culpa hemos llegado hasta aquí. ¿Dónde está tu чёрт para protegernos?» Fue la primera vez que lloró delante de mí. Me dijo que su чёрт estaba muerto y que nadie, absolutamente nadie, podía protegernos.

Mañana es el cumpleaños de Céleste, cumple diez. Para que no me pase lo del año pasado —elegí una muñeca que Antoine donó inmediatamente a la Cruz Roja—, le he preguntado qué regalo quiere que le compre a su hija. «Algo de productores ecorresponsables, con una historia detrás, que apoye una causa.» Le he dicho que lo elija él, y entonces me ha tendido una hoja donde había apuntado la dirección de la tienda y el nombre del artículo. Creo que no soy la única que le ha pedido sugerencias. Llevo dos horas en la puerta, esperando a que abra la ecotienda de los cojones.

Otra vez se me ha puesto el día patas arriba. Pensaba que acabaría antes y que tendría tiempo de preparar lo de mañana. No tengo gran cosa que hacer, pero me gustaría evitar al menos los errores de la última vez. Lengua no voy a comprar, eso seguro. Quizá unos bombones, vino, un coñac. Había pensado hacer una tarta de crepes, pero a ver cómo me las arreglo por la tarde. Cora me ha pedido que limpiemos la casa hoy, puesto que voy a faltar el jueves, así que me he quedado y he limpiado. Ella ha salido con una amiga y a Haim le ha gritado que, si tiene hambre, me pida a mí que le «apañe» algo, que voy a estar en casa todo el día. A veces tengo la impresión de que es bipolar o de que vive, como mi padre, en dos mundos paralelos. En uno es la mujer con un hijo muerto que me regala vestidos y entradas de conciertos, y en el otro, una estúpida vieja y podrida.

Haim ni siquiera ha salido de su habitación. Todavía se hace el enfurruñado, aunque ayer por la noche me envió un mensaje con toda la información sobre los exámenes. Creo que le llevó un buen rato. Primero dictar el mensaje de voz para la búsqueda, luego escuchar lo que está escrito y enviar otro mensaje de voz. No es exactamente fácil enviar mensajes cuando eres ciego. Su idea ha empezado a echar raíces. A alcaldesa, como dice Liduţa, no llegaré, pero, a fin de cuentas, ¿qué pierdo por hacer un examen?

A Malik le gustaban las alturas desde pequeño. En Chisináu disfrutamos de una pequeña vida en su balcón, donde Dina guardaba los tarros en invierno; en verano, le dejaba que instalara allí su «taller» de pegar todo lo que caía en sus manos. Mientras vivió en Lyon, solo me hablaba de las montañas. Que teníamos que ir sin falta a esquiar. Que haríamos rutas. «El año que viene, no ahora», porque tenía que terminar un socavón, un baño, una terraza. En el almacén estaba todavía más ocupado. No tenía días ni noches, solo una pausa de treinta minutos para almorzar. A veces me llamaba desde el tejado mientras comía. «Estoy arriba, ¿puedes hablar?»

No siempre podía, pero hablábamos con bastante frecuencia. «Aquí hace calor, ¿y ahí?», me preguntaba él, o «¿qué tal las chicas? ¿Siguen liadas con la iglesia?». A diferencia de mí, Malik no tenía nada contra los creyentes, y discutíamos siempre por ese motivo. «Algo existe, Mila. No se ve, pero existe», decía él cuando hablaba de Dios, y yo le respondía que al menos no había estudiado en balde en la Politécnica. Ahora lamento aquellas discusiones estúpidas. Desde que ha muerto también mi padre, me gustaría saber que ellos dos no están allí solos, que «algo existe».

Cuando cumplí treinta y ocho años, me dijo que tenía una sorpresa para mí y me citó junto al Centre Pompidou. «¿Sabes dónde está? Cerca del ayuntamiento. Ven sobre las diez.» Claro que lo sabía. En

Chisináu mi padre me escribió en una hoja la dirección del taller de Brâncuşi y me dijo que, si tenía algún problema, fuera allí como a una embajada. Había encontrado en una revista un artículo sobre cómo habían acabado las herramientas de Brâncuşi en manos del Estado francés; él había querido que estuvieran todas en el mismo sitio, incluido el yunque, incluidas las cadenas. «¡Unas junto a otras, Mila, y no desperdigadas por el mundo! Para ser feliz, una persona necesita un lugar en el que conozca todas las cosas y todas las cosas la conozcan a ella. El maestro lo entendía, pero tú no quieres entenderlo.»

Cuando quería convencerme de algo, mi padre hablaba siempre en tercera persona. Ya no me enfadaba con él. Venía cada día con un mensaje oculto; si no pretendía interponerse en mi camino, sí al menos retenerme un poco. Me preparaba mis platos favoritos. Me preguntaba si no quería ir, como en otra época, a la terraza de los escritores. Me leía mis antiguos diarios y me sorprendía ver que los había conservado en la redacción; me traía ramos de flores frescas, recogidas en los parques del barrio. Sufría como un perro, una vecina me dijo que se lo había encontrado un par de veces llorando en la parada del trolebús. Mirando atrás, comprendo que esas fueron las semanas en las que más me quiso y en las que me dio los mejores consejos, como si intuyera que iba a morir solo, rodeado no de nietos, sino de las cosas que mejor conocía: libros, flores, vino.

Malik vino a la cita con un ramo de peonías y una bolsa de comida. Llevaba una botella de champán escondida debajo de la chaqueta, aunque se veía a un kilómetro. Lo vi cansado —sabía que había trabajado todo el mes en una obra, colocando suelos, instalando sistemas de ventilación—, pero parecía contento de verme. Me tomó de la mano y me condujo a la parte trasera del edificio, desde donde, a través de unas puertas de servicio y con la complicidad de un vigilante que lo conocía, consiguió llevarme directamente al tejado. Aquella era la obra en la que había estado trabajando. «No puedes imaginarte lo bonito que es, sobre todo de noche. Te lo voy a enseñar.» Fue la mayor altura a la que subimos los dos. A la torre Eiffel no he subido, y por Montparnasse siento también yo un desprecio tácito, como todos los franceses.

No tengo demasiado tiempo para escaladas, pero cuando dispongo de una hora libre, vengo aquí y subo a nuestro tejado del Pompidou; algunas veces, incluso entro a alguna exposición. La última vez visité el taller de Brâncuşi y me gustó muchísimo. No había visto jamás tantos rumanos orgullosos reunidos en un solo lugar. Algunos habían venido de Rumanía. Otros eran de aquí o estaban de paso, con las maletas. Una pequeña Rumanía aglutinada ante la Puerta de un amigo.

Pensé en mi padre mientras paseaba por la sala, y me lo imaginé también a él hechizado ante los gallos y el beso, estudiando atentamente las cabezas y las columnas, aguantando la respiración ante la sabiduría de la tierra, pero desarmado sobre todo por la belleza de los pájaros, que, al igual que yo, se engañan con que vuelan en el vacío, cuando en realidad están inmóviles sobre una ciudad extranjera. «Estoy arriba, ¿puedes hablar?»

He escondido el regalo debajo de la almohada y estoy esperando a que Céleste se lave. Antoine ha elegido un *casse-tête*[50] de madera, un regalo caro y sin alma, seguro que a Céleste le hará mucha ilusión. No tiene ninguna muñeca esta niña. Estoy empezando a hablar como Nina en otra época, pero es que no tiene. Antoine dice que las muñecas enseñan roles equivocados y que las niñas que juegan con muñecas de pequeñas tienen muchas posibilidades de enredarse en relaciones con maltratadores en la

madurez. En mi vida había oído semejante estupidez. Debería haberle comprado un vibrador, ya puestos. Desde que compré el *casse-tête* no he conseguido relajarme. Me pregunto cómo es posible que una palabra me lance en un segundo hacia atrás, al mundo que me juré no volver a pisar jamás. Otras cabezas rompían entonces nuestros *castete*.[51]

Si Haim está en lo cierto y puedo ser funcionaria, tal vez Cora también tenga razón y pueda ser madre. No parir, eso no va a suceder ya, sino adoptar. Una niña que sea mía, mía del todo, no solo los lunes y los viernes o mientras dure una fiesta. Mía toda la vida. No digo que me fuera a querer de repente o del todo, tampoco yo amé a Nina. Con el tiempo, sin embargo, se acostumbraría a mí, estoy segura, y entonces seríamos una familia. «Mi mamá hace las mejores crepes del mundo», diría ella en la guardería. «Mi mamá me deja el teléfono móvil para que mire lavanderías de alfombras», en la escuela. «Mi madre no es mi madre biológica, sino la que me ha criado», más adelante, en la facultad, en una primera cita, en mi funeral. Y sería suficiente para mí.

Si Anatol no hubiera desaparecido sin dejar huella, nos habríamos casado en otoño. Mi relación con él fue lo más parecido a una relación normal, con él habría tenido un hijo. Lo conocí en el rastro, donde tenía varios puestos de ropa, uno de kebabs y una oficina de cambio. Luego descubrí que lo del kebab era, en realidad, la tapadera de un negocio miserable de tráfico de personas, pero al principio no lo sabía y, durante un tiempo, todo fue bien. Al menos no fue peor que con otros, lo cual ya superaba mis expectativas.

Yo buscaba una chaqueta de piel. En la universidad era la única profesora que llevaba abrigos de lana. Mis compañeras vestían a la moda e iban al trabajo en su propio coche: Opel y Volkswagen de segunda mano, de los cuales, antes de entrar en el *alma mater*, extraían ostentosamente las radios para guardarlas en el bolso. Todas tenían maridos, padrinos, amantes. Sabía, por las estudiantes, que aceptaban dinero a cambio de aprobarles los exámenes. Siempre rascaban algo a fin de mes.

No las envidiaba; ellas me criticaban, pero cuando me preguntaban a veces si me gustaba alguna falda o una blusa vulgar con la que aparecían por la mañana en el departamento, les decía sinceramente que era fea. Yo deseaba otra clase de vida. Su aburrida existencia —una sucesión infinita de cumpleaños, bodas y demás compromisos, celebrados siempre en locales feos, donde la música significaba un sintetizador y la sorpresa de la velada, recoger el dinero— no me tentaba. De todas formas, nunca me invitaron a esas fiestas.

Yo estaba sola de nuevo. *Ella* llevaba un año en Francia y Malik la siguió al cabo de unos meses. Los dos me llamaban para contarme lo bien que les iba con Frédéric y que solo faltaba yo para que todo fuera como antes. Malik les había montado un minicine en el sótano de la casa y veían películas los tres, comían helados, se emborrachaban. Esos detalles me amargaban. Procuraba fingir indiferencia y les decía que también yo tenía una vida llena de actividades. Al principio, recé para que su Frédéric resultara ser un depravado o un pobretón. Esto último habría significado con seguridad el final. Se oían toda clase de historias sobre extranjeros que en Moldavia pasaban por ricos y en su país vivían como mendigos, pero no fue el caso. Frédéric tenía un apartamento, trabajaba en un banco, le iba bien.

Aquella semana yo había cobrado, por fin, los retrasos, y me quedaba algo de dinero de las traducciones; tenía trescientos dólares en efectivo. No podía decir que necesitara una chaqueta de piel, había otras cosas mucho más necesarias. En primer lugar, tenía que arreglarme dos muelas. Y, en segundo lugar, quería ir a la playa. Pero lo más importante era que le había prometido a mi padre investigar cómo conseguían algunos la ciudadanía rumana, porque él había oído que incluso Grişa, «ese jeta de mierda», que había envenenado a todos los perros de nuestro patio, era ciudadano rumano con papeles en regla. «Mila, él no habla una palabra de rumano, ¿cómo va a tener el pasaporte? ¿Crees que debería llamar al Ministerio de Asuntos Exteriores?»

Durante varios meses, instaló un teléfono y me llamaba al despacho por cualquier tontería: para decirme que el viernes iban a cortar la luz, que no se me olvidara descongelar el frigorífico, o para preguntarme qué tal estaba. «¿Qué tal estás, Mila? Esta tarde echan *Los miserables* con Robert Redford en la Telecinemateca, tienes que verla sin falta con Liduţa.»

Había alquilado con Liduţa un apartamento de una sola habitación junto a la estación. Vivíamos peor que los estudiantes. Dormíamos las dos en una cama, por todo mobiliario teníamos una mesa y un armario con luna, pero a nuestros padres les habíamos dicho que teníamos una habitación cada una, con televisor, una lámpara grande y ventanas de PVC que no dejaban pasar el frío. Ella era tan pobre como yo, pero tenía suerte con sus padres en el pueblo, que le enviaban bolsas de comida todas las semanas.

El rastro, aunque pretendía pasar por un mercado fino, era, en realidad, una cloaca que sacaba a la superficie toda la miseria de aquellos tiempos. Veías máquinas tragaperras a cada paso, en los altavoces se escuchaban solo canciones sobre la hampa, y los rateros no se tomaban siquiera la molestia de disimular. Aunque nadie iba allí sin dinero, lo primero que te golpeaba en la cara en cuanto cruzabas la puerta era la pobreza. Gente desesperada. Gente maleada. Gente dispuesta a meterse en una pelea por un comentario o a sacarte los riñones por cien dólares. Había otros como yo, compradores papanatas y bisoños en el regateo, que iban no tanto a consolidar su estatus cuanto a remendar su imagen.

Después de deambular un par de horas entre los puestos, me detuve ante uno que parecía ofrecer mejores precios y ropa menos estridente. La vendedora, una mujer más o menos de mi edad, escondía las manos debajo del mostrador. Pensé que estaba contando dinero y la dejé en paz. Cuando vi que ni siquiera había levantado la mirada hacia mí, la saludé y le pedí que me enseñara una prenda de la fila de arriba. Costaba trescientos dólares, pero quería sacarla más barata. «¿Tienes dinero o me vas a venir con que se te ha olvidado?», me preguntó con acritud, y entonces vi que tenía las manos vendadas. En una de ellas, la gasa estaba empapada de sangre y el meñique, negro e hinchado. Sus manos me apaciguaron un poco, pero no por mucho tiempo. Al fin y al cabo, todos teníamos problemas. Estaba allí para atenderme, era su trabajo, así como el mío era meterles por el gaznate inútiles conocimientos de francés a unas estudiantes que solo iban a la facultad a encontrar marido. Abrí la boca para ponerla en su sitio, pero no fue necesario. Entre la ropa apareció la mano peluda de un hombre y le dio un bofetón. «Enséñale la *kurtka*,[52] ¿o es que quieres quedarte también sin lengua?», se oyó inmediatamente la voz detrás de la mano, la voz de Anatol.

Empecé a acostarme con él al cabo de un mes, un plazo que a mí me pareció señal de desesperación, pero que para él era un alarde de virtud. Estaba acostumbrado a conseguir al momento todo lo que quería. Tenía dinero y poder, y las mujeres no entraban siquiera en el apartado de los gastos. Pagaba solo por prostitutas de lujo, como hacían todos los hombres del mundo de la hampa para mantener su estatus. A las demás, generalmente estudiantes o alumnas de familias necesitadas, las violaba y les cerraba el pico con un perfume o un par de vaqueros de marca. En casos extremos, tenía a sus vendedoras del rastro, mujeres angustiadas a las que aterrorizaba y ataba en corto. Algunas tenían hijos a los que criaban solas, otras no tenían estudios; la mayoría, sin embargo, eran víctimas del tráfico de personas, habían regresado a casa gracias a diversas ONG e intentaban rehacer su vida. Después de ser forzadas por cientos de hombres en Turquía y Albania, mutiladas y contagiadas de enfermedades venéreas, aquellas chiquillas se veían obligadas a hacer de nuevo lo mismo, solo que esta vez parecían haberlo elegido. A ellas no les preguntaba si querían. Las tomaba, incluso a plena luz del día, en un tenderete o en el kebab, solo o con amigos. ¿Quién podía detenerlos?

No sé qué me impresionó más, el hecho de que me defendiera delante de la vendedora o que al día siguiente me hubiera localizado y estuviera esperándome enfrente de la universidad. Podía tener a

cualquier mujer, pero me había elegido a mí. Por fin, alguien me había elegido a mí.

Nunca me compraba una sola cosa; elegía conjuntos. Anillo-pulsera o collar-pendientes; en el peor de los casos, pendientes y un broche. Con los pendientes tenía una fijación casi enfermiza. Su mente no podía aceptar una mujer sin pendientes, y yo no tenía agujeros en las orejas, algo que resultó ser un serio problema al principio de nuestra relación. «¿Cómo es que no tienes agujeros en las orejas?», me preguntó como si hubiera descubierto que lo había engañado o, todavía peor, que no podía tener hijos. «¿Tu madre no te los hizo cuando eras una cría?»

Era el Día de los Enamorados, una fiesta que, amplificada por las tiendas, se había vuelto más importante que los cumpleaños. Las prometidas esperaban al menos una cena en un restaurante, y para las amantes ese día era una mina de oro. Todas comprendían que incluso los asnos más notorios pasaban la noche con sus esposas, lo cual quería decir que al día siguiente ellas recibirían el doble. Yo no era amante, pero tampoco era esposa. No tenía claro cuáles eran mis derechos y, de todas formas, con Anatol las cosas podían cambiar de la noche a la mañana.

Habíamos acabado de hacer el amor, o al menos había acabado él; me había asaltado tan rápido, desde la puerta, bajándome los pantalones y las bragas como un salvaje, que no había conseguido despojarme ni siquiera del jersey grueso sin el cual me congelaba en las aulas de la universidad. Quería ir al baño y desnudarme, y quería sobre todo limpiarme el semen, que me resultaba desagradable, pero me daba miedo que se enfadara conmigo y fastidiar todos los planes. Se volvía loco cuando me lavaba inmediatamente después. Quería un hijo, y me obligaba a permanecer acostada en la cama al menos media hora con las piernas levantadas, algo que, en su opinión, me ayudaría a quedarme embarazada y a darle por fin un hijo. «Tienes que ir mañana a hacerte los agujeros como una mujer normal», me dijo, enfadado.Sacó de debajo de la cama una caja roja con un lazo y me la lanzó al vientre todavía viscoso. Era mi primer regalo de mantenida: una pulsera y un par de pendientes de diamantes.

Me di cuenta de que no sabía nada sobre mí. Aparte del hecho de que era profesora de francés, algo que le hacía reír siempre como si fuera tonto y recitar con voz de patán *«notr pul dan votre cul»*,[53] aquel hombre que se vaciaba en mí cada día ni siquiera sabía que no tenía madre. Dormíamos juntos, hacíamos planes para el verano, y él incluso para la vida, pero nuestros mundos estaban tan alejados que los momentos en los que encontrábamos puntos en común eran tan raros como los eclipses de sol.

Hoy me parece un milagro que aguantáramos tanto tiempo juntos, pero sería un error afirmar que la relación fue solo fruto del esfuerzo por mi parte. Lo amé. Amé en él, sobre todo, lo que me había faltado en Malik: el deseo de vivir, la determinación, la facilidad con que tomaba una decisión y la asumía, incluso aunque con el tiempo resultara ser errónea. Me gustaba que, a diferencia de Malik, que había visto mi cuerpo desnudo desde la infancia pero lo había tratado como una tabla masturbatoria, como un borrador del cuerpo de *Ella,* Anatol encontrara en él placer verdadero e incluso partes favoritas, a las que mimaba con diminutivos estúpidos, a la altura de sus capacidades: «tetuca», «culete», «ombliguín».

Lo que más me gustó, sin embargo, fue que me considerara la mujer de su vida desde el principio, desde el día en que me llevó a su casa e hicimos el amor en su cama, en la que habían dormido solo su madre y sus hermanas. «Tú estás hecha para mí», me dijo, tan feliz como si hubiera encontrado un tesoro, y en mi fuero interno me alegré de no haber sido más atrevida. Después de Zavodskaia, también yo podría haberle enseñado alguna cosa en la cama, pero la idea del *striptease* con una silla, como estaba de moda entonces, me parecía humillante. Tuve la fortuna de que no le gustaran las prostitutas. Las

consideraba adecuadas solo para los placeres denigrantes, para las cosas que un hombre no podía hacer en casa con la madre de sus hijos, la mujer que debía permanecer pura.

Con mi padre coincidió una sola vez, y si tuviera que elegir un día de mi vida que me gustaría anular, sería ese. Yo había cumplido veintinueve años y Anatol había insistido en celebrar mi cumpleaños «como se merece». En su cabeza, eso significaba alquilar un restaurante e invitar a unos cuantos amigos míos, y especialmente a todos sus enemigos, a comer y beber hasta reventar, para contarles luego a otros enemigos cuánto le había costado la fiesta. Yo le dije que prefería preparar algo rico en casa, invitar a mi padre y a Nina, y a Liduţa con Miranda. Nos habíamos mudado un mes antes a un apartamento de tres habitaciones, en el que Anatol había hecho una «eurorrenovación».[54] Lo había comprado todo él solo, en el rastro, por supuesto, donde lo conocían todos los vendedores, que, por respeto o por miedo, le hicieron descuentos importantes. A mí solo me dejó elegir las cortinas, que él consideraba «cosas de mujeres», y me preguntó si me gustaba el papel de la habitación de la criatura. Por supuesto, era azul, con cohetes, para un niño.

Mi padre, sin embargo, tenía neumonía y no pudo venir. «Creo que me ha llegado la hora, Mila. ¡De ahora en adelante, que suene la música!», me anunció por teléfono. Exageraba como siempre, pero lo tranquilicé diciéndole que iría yo a su casa. «Mi padre está enfermo y no puede venir —le dije aquella noche a Anatol—, y sin él no quiero celebrar una fiesta.» Su respuesta me sorprendió. Creía que insistiría en lo del restaurante, le encantaban las fiestas, pero se mostró muy comprensivo: «¡No hay problema, vamos nosotros a su casa!». Un hombre de familia, pensé entonces.

Esperamos a que mi padre se sintiera mejor y, al cabo de dos días, fuimos a su casa. Nina se había preparado como para una boda, la casa resplandecía. En la cocina vi unas cazuelas nuevas, también habían arreglado algo en el desván y no se veían ya las manchas de humedad de la última inundación. Por no mencionar la comida: había cocinado como para diez.

—Tolean…[55] —se presentó Anatol, intentando parecer jovial, y a mí me dieron ganas de abofetearlo allí mismo. Le había dicho que en mi casa hablara con sencillez, que no intentara impresionar a mi padre con tonterías, porque él venía de otro mundo. Creo que no entendió ni jota.

—… *Odolean* —respondió mi padre al instante, y se echó a reír como un necio, frotándose las manos, encantado con lo bien que le había salido el juego de palabras—. Tolean-*odolean* —insistió, riéndose todavía más fuerte—, sabes lo que es *odolean*, ¿no? Valeriana, al *odolean* se le llama también valeriana o *valeriankă*, como seguramente la llamarás tú.

Anatol torció el gesto, pero no dijo nada. Aquel día, mi padre parecía más viejo que de costumbre, se había anudado al cuello un pañuelo de Nina, olía a patatas ralladas y alcohol, y sobre la camisa llevaba un chaleco confeccionado con retales que Nina había cosido con unas ropas viejas. Nos sentamos los cuatro a la mesa y mi padre continuó, animado:

—Tolean, ¿has oído hablar de Anatolia? Sabes dónde está, ¿no? Mila me ha dicho que queréis ir de vacaciones a Turquía; deberíais empezar por Anatolia, de donde viene tu nombre.

—Yo no soy turco, crecí en Bălţi —le respondió despacio, y vi que se ruborizaba como cuando algún ruso lo llamaba por la calle *barîga*[56] o *baran*.[57]

—¿Cómo te encuentras, papá? —le pregunté deprisa, intentando cambiar de tema mientras tranquilizaba a Anatol. Arrimé mi silla a la suya y empecé a acariciarle el muslo derecho por debajo de la

mesa, pero eso solo pareció enfurecerlo todavía más.

—Aquí no me toques —farfulló, y me apartó de un empujón con silla y todo.

—Cómo voy a encontrarme —dijo mi padre, contento con la pregunta—, como un muerto reciente en un ataúd de mermelada. —Y se echó a reír de nuevo, alterando esta vez incluso a Nina, que se levantó de la mesa y le hizo una señal para que fuera a la cocina a echarle una mano.

—Es por la medicación —le susurré a Anatol cuando nos quedamos a solas en la habitación—, no sabe lo que dice.

Pero no era por la medicación. Había comenzado el declive.

Mientras comíamos, todo fue bien. Después del vino, del vodka y del coñac —mi padre se había aprovisionado para quedar bien—, Anatol se relajó y, alentado por mí por debajo de la mesa, le contó todas las dificultades por las que había pasado su madre, una mujer sencilla, que crio sola a cuatro hijos. Cuando estaba borracho hablaba mejor, y me pareció que la tensión entre ellos había desaparecido. Entonces me enteré de que también él había hecho «un trozo de carrera». Había estudiado un año en la Universidad Agraria, pero tuvo que dejarlo y ganar dinero para sus hermanas. «No quería que se convirtieran en unas *şalave»*,[58] dijo él, y yo me apresuré a traducirle a mi padre: «Mujeres en una situación difícil».

Todo se fue al garete cuando llegó el momento de los regalos. Anatol se había negado a presentarse con un jacinto en una maceta, como le había sugerido yo, o con el nuevo diccionario fraseológico que quería mi padre pero que costaba una fortuna, sino que le había comprado una bandolera, un objeto muy solicitado en aquel entonces.

—Muy útil, gracias, Anatolie —dijo mi padre dándole vueltas a la bandolera—, me la llevaré a recoger nueces.

Yo me apresuré a reír la primera, para que comprendiera que era una broma, pero tenía claro que ellos dos no volverían a verse jamás. En el mundo de Anatol, los regalos eran algo sagrado y había que apreciarlos como se merecían.

Me alegro al menos de haberlo convencido con gestos de que no sacara también entonces el regalo de Nina, sino que le dejara desenvolverlo sola, después de que nos marcháramos nosotros. Le había llevado una caja entera de jabones Duru, unos veinte en total, y Nina me contó más adelante que, cada vez que mi padre se lavaba con ellos, cantaba «el jabón Duru lava bien la cara»[59] y se reía, se partía de risa él solo.

Tres meses después de que Anatol desapareciera sin dejar rastro, me encontré en mi casa con su madre, vestida de negro, y dos matones con la cabeza rapada. Acababa de llegar de la universidad, y al principio creí que me habían robado. Las puertas de los armarios estaban destrozadas, las alfombras enrolladas y atadas con un alambre. El televisor había desaparecido de la pared. Lo habían limpiado todo. A mí me dejaron solo la ropa, y tampoco toda. La mejor estaba empaquetada en bolsas de plástico. Habían reunido también todas las joyas. «Para las hermanas de Tolică, no para hienas como tú.» En resumidas cuentas, de Anatol me quedaron solo un par de pendientes, los que llevaba puestos ese día, y la chaqueta de piel, que había comprado con mi dinero cuando nos conocimos en el rastro. Le pregunté a su madre por qué iba de negro, ¿había muerto? Pero ella se limitó a lanzarme un escupitajo y me dio la espalda. Aún sigo sin saber qué fue de él.

Ahora que ya he llegado, no sé qué hacer. Llevo aquí una hora, pero no he dicho una palabra. Ha abierto una botella de vino de las cuatro que le he traído, la ha dejado sobre la mesa y ha salido al huerto a recoger manzanas. «Una reineta», creo que eso ha dicho, mejor asar una reineta porque *Ella* no come ya basura, o sea, tartas o bombones, ya no bebe alcohol con carbohidratos, o sea, vino o coñac, o sea, nada de lo que he traído yo desde lejos en varios trenes, atravesando la enfermedad, para hacer las paces. Ahora, *Ella* vive limpia. Sigo por la ventana de la cocina cómo pasa de un árbol a otro, sacudiendo con furia sus ramas, agachándose con furia a coger las manzanas caídas, una mancha de color fuera de sí.

Cuando me vio con las bolsas en el umbral, se mostró impávida. Los codos pegados al cuerpo, la barbilla levantada, los ojos entornados. Eso hacía también de joven, cuando Roza la pillaba fumando o mintiendo. Eso hizo también cuando nos separamos. Bueno, no nos separamos exactamente. No te separas de alguien sacándolo a la puerta descalzo, quemando su ropa, envenenando a su perro. Pero por eso se esconde *Ella* debajo de los árboles, estirando el tiempo y mordiéndose el pelo como una loca. Veo que tiene miedo, no necesito sus estúpidas señales.

Reconozco el vestido que lleva. Estábamos juntas cuando lo compró. Habíamos ido a Montmartre a ver la iglesia y a hacernos quizá un retrato juntas. Yo fui sobre todo por eso, por aquel «hacernos quizá un retrato juntas» que me lanzó como si fuera un hueso. Ni por los santos ni por las velas; por estar juntas, por la idea de seguir juntas al menos en algún sitio, aunque fuera en el retrato malogrado de un pintor callejero. Una vez más, no llegamos a ninguna parte. Cuando salimos del metro en Anvers, vio los montones de ropa barata y supe que la había perdido. Ganar, conseguirlo, marcharse con el rico. Así era de pequeña, así educa ahora a Marta. Llenó dos bolsas como dos vacas, y a mí me compró un par de medias y me miró a los ojos hasta que las tomé de su mano. Su manera de reparar un error, incluso al cabo de los años: taparlo con dinero.

Recuerdo cuánto me costaba aguantarlos cuando Marta era todavía pequeña y él la llevaba todavía a fiestas y a cenar, porque estaba todavía de moda tener una esposa del este. No era demasiado lista, pero era guapa y se reía mucho; luego, cuando se emborrachaba, contaba cosas interesantes sobre ladrones de verdad, sobre planes de robos increíbles o sobre empleados de fábricas a los que pagaban con trozos de jabón y papel higiénico áspero. «¿Os podéis imaginar cientos y cientos de rollos de papel higiénico áspero?» Sus colegas banqueros la adoraban y decían abiertamente que era demasiado buena para él, demasiado buena, que se la tirarían también ellos si fuera posible. ¿Era posible?

Volvían a casa molidos. Él, con los ojos a punto de reventar por las drogas; *Ella*, con los talones ensangrentados, hablando sobre otro negocio ventajoso que había olfateado —cómo timar a un amigo, dónde esconder otros diez mil—, mirándome como a cientos y cientos de rollos de papel higiénico áspero. Cuando les decía que Marta estaba enferma, o que le estaban saliendo los dientes, o que se encontraba mal y había que llamar al médico, *Ella* parecía no oírme y subía directamente a la habitación; él me arrojaba a los pies billetes de veinte euros. Dos o tres, nunca más. *«T'es qu'une mal baisée* —me decía—, *fous le camp»*.[60]

Por la mañana, sin embargo, siempre nos reconciliábamos. Marta se despertaba y pedía comida. Eso me ha ayudado siempre, cuidar de alguien, saber que me necesita. Cuando *Ella* entraba en la cocina todavía borracha, con las marcas de él en el cuello y en la cara, sentía cómo mi enfado se derretía con cada gesto que me dirigía. Que le hiciera *gogol-mogol*, que le untara mantequilla en el pan, que le lamiera las heridas. Yo la sermoneaba porque no se preocupaba por su hija, y *Ella* se reía y me tapaba la boca con las manos. «Mi hija ya es mayor y, de todas formas, te tiene a ti», me decía. Luego, cogía a Marta en brazos y la colocaba en medio de la mesa. Entonces era gordita, tenía las mejillas tersas y su sudor olía a leche. «¿A que tienes dos mamás, Marta?», le preguntaba. «Una lista y una guapa, ¿tú a cuál quieres más?»

Sé cómo va a terminar todo de nuevo. Vendrá y dirá que bebo demasiado, le diré que al menos yo no robo; alargará el brazo para pegarme, pero yo golpearé primero. Así empezó la otra vez, y no habría habido ningún problema si no hubiera intervenido el Cerdo. Podría dejarlo estar, ir a mi antigua habitación, dormir una hora y recuperarme. Fima me dijo que la ha transformado en despensa, pero no me importa. Que ha pintado las paredes de rojo, pero no me importa. Que ha sacado todas las plantas de casa y ha dejado que se congelen en la terraza. O podría prender fuego a la casa y mirar cómo arde el infierno hasta el final.

—Es muy lista, ¿y ves qué huesos tan finos tiene? —me dice defendiendo a su hija, mezclando frustraciones antiguas con las cualidades inexistentes de Marta, como si quisiera parirla otra vez, aquí mismo, en la mesa de la cocina. Por fin saldría una Marta a su gusto: mentirosa pero perfecta.

Le he pedido un cuchillo y se ha ablandado. Me ha lanzado algunas manzanas, ha llevado el resto al fregadero para lavarlas.

Siento tristeza, tristeza, tristeza, aunque, después de todos estos años, debería sentirme más bien recompensada al verla con el culo plano y sin su brillo de cierva, en esta casa de gente rica en la que vive solo para criar a su hija. No para vivir con estilo, como decía de joven, no para embellecerla, como alardeaba de hacer con cualquier espacio, por muy feo que fuera, solo porque *Ella* era hermosa. Está aquí solo para limpiarla y para llenarla de comida.

—¡Hay que ser responsables! —dice como desde una tribuna, y veo sus uñas postizas arrojando las pieles de manzana en un cubo hermético. Sé que está a favor del compost, y del reciclaje, y del vegetarianismo, y de la copa menstrual. Lo dice por mí, y sobre todo por las mujeres como yo. Mujeres que *eligen* vestirse con ropa barata, *eligen* comer basura, *eligen* ser gordas e inseguras, borrachas y enfermas. Mujeres que eligen mal porque son estúpidas, porque han elegido estúpidamente.

—¿Llevas a Marta a ballet? —le pregunto, cogiendo del frigorífico una fotografía magnética. Marta de puntillas, una sonrisa que me hiela la sangre, la sonrisa de él.

—Aquí creemos en la educación —me responde secamente, y me dan ganas de matarla. Podría recordarle sus años de instituto, cómo se burlaba de los alumnos que estudiaban mucho, cómo les decía que todos acabarían siendo unos gafotas y oliendo a comida de bote como sus padres, que trabajaban para el Estado. Podría seguir escuchándola, solo que estoy borracha y ya se me ha agotado la paciencia.

—Ejem —me oigo decir como dentro de una barrica—, qué suerte ha tenido con sus padres. Supongo que tendrá un montón de amigos.

—Tiene a los amigos que se la merecen.

Desvaría, pero la dejo. Es su casa. Oigo que su voz suena distinta a como la recuerdo. No desconocida, solo distinta, pero no sé de qué manera. Tal vez porque está de espaldas a mí, o tal vez porque rebota contra su suelo de barro cocido, otra tontería, igual que el frigorífico que fabrica hielo. Ha cambiado mucho la cocina, hay cosas de él por todas partes.

—Nastea,[61] Anastasia —empiezo con cuidado, como he repetido en casa miles de veces. No una chica de quince, una mujer de cincuenta—. He venido para que hablemos de nosotras.

Me levanto de la silla y me acerco a *Ella.* Noto que su vientre se rebela un poco, siento sus pechos en tensión, oigo su corazón acompasado. Puesto que una vez fuimos una, debería echarle el pelo hacia atrás, tirar de él sin contemplaciones con una mano y gritarle a la cara que la veo, que de mí no puede esconderse ni en un millar de huertos. Pero, sobre todo, decirle que deje de utilizar corrector amarillo en los moretones, porque esa lámpara nueva le tiñe el rostro de verde y parece que ha empezado a pudrírsele la cara.

El cuerpo recuerda un lugar antes que la cabeza. El olor dulzón de la glicinia, la aspereza de la moqueta bajo los pies descalzos, el sonido de la bomba de filtración del lago junto a la iglesia. Entre semana, se pone en marcha alrededor de la una; eso significa que ha pasado el mediodía y que en Chez Margaux han abierto la terraza para el almuerzo. En invierno, Margie ofrece cada día sopa de calabaza con semillas tostadas y picatostes, y el Cerdo está casi siempre de viaje. «En septiembre hay que empezar una vida nueva», nos decía él los primeros años. «La gente quiere caballos y barcos, bodegas y vacaciones, os las arreglaréis solas, no será para tanto.» Y no lo era. Por la noche, mientras yo le preparaba la maleta, *Ella* cumplía todos sus deseos, y por la mañana las dos fingíamos tristeza. «Cuidado con la sinusitis, Frédéric», yo. «Ya te echo de menos, qué mes tan horrible», *Ella.* Y, cuando estábamos absolutamente seguras de que se había largado y no había olvidado nada, cogíamos el coche y nos íbamos a los almacenes Moldavia.

Allí llenábamos el portamaletas con nuestra comida favorita: carne de cerdo para hacer brochetas, higadillos de pollo, caballa *malosol*[62] y, sin falta, sin falta, una lengua entera de vaca, para prepararla con ajo y mucha mayonesa, como nos enseñó Roza. Volvíamos a casa riendo y bebiendo, con las canciones de Zemfira a todo volumen. En aquellos momentos éramos tan felices que, si alguien nos hubiera propuesto que eligiéramos entre dos vidas buenas, pero separadas, y una mala, pero juntas, habríamos elegido la segunda sin pensarlo demasiado. A menudo invitábamos a Malik, y algunas veces Malik venía. Entonces vivía en París, en una habitación de seis metros cuadrados que le había conseguido Fima. Fima nos despreciaba a los tres, pero a él lo protegía, le decía que se olvidara de nosotras dos y que encontrara una chica piadosa, con un trabajo estable por horas. Ella conocía a una buena chica en la iglesia, Lenuţa.

He intentado miles de veces recordar cuándo empezaron a cambiar las cosas entre nosotras, pero nunca lo consigo, porque no fue un día ni por algo en concreto. ¿Fue acaso la sensación de que me interponía en su camino, o fue que tal vez, por fin, comprendí que ellos tenían su camino?

Ahora debería levantarme de la cama y regresar a casa, pero la cabeza me lo impide. Mi casa está aquí, grita ella, en este sótano en el que tanto has soñado. Es el espejo antiguo en el que fuiste guapa. Entre estas paredes rojas, que me ahogan, mi vida se abre en tres, como el tremó barnizado de Roza: niña, mujer, pecio. Tengo cincuenta años, estoy acabada; cuarenta y cinco, la mujer de Haim morirá

enseguida; treinta y ocho, Malik está vivo, aún puedo tener hijos; veinticinco, mi padre está sano, juntos de nuevo, matamos a Audrey y a Donna y las enterramos bajo el castaño; doce, la vida es una película y yo estoy a sus pies.

Me ha dicho que tiene una cita y que la puerta se cierra sola. Oigo sus pasos arriba y siento cómo pasan a través de mí. A través de mi yo de ahora, a través de mi yo de entonces. Sus pasos, que se han convertido en latidos de corazón y sin los cuales no logro encontrar mi sitio, porque detrás de ellos hay siempre alguien de quien no puedo saciarme. Una niña de ojos violetas bailando en un bloque soviético, una joven con la espalda quemada, una mujer que disimula sus cardenales.

Me pregunto qué pasaría si yo desapareciera del todo. ¿Me buscaría? ¿Intentaría averiguar dónde he escondido la moto de Malik para poder venderla o no haría ni eso, sino que tiraría las manzanas y apagaría la luz para acostarse? «¿Sabes algo de esa amiga tuya?», le preguntaría tal vez él una noche, después de tres porros, con los ojos turbios e incapaz de moverse del sofá, frotando con la camiseta sus juguetes pringosos, sin los cuales ya no se le levanta. O así, sin más, mientras ven una película sobre criptomonedas y otros proyectos, él tirado en el sofá y *Ella* entre sus piernas, con el pelo desparramado por la espalda. «¿Qué amiga? —diría *Ella* en tono temeroso, como le gusta a él, una mujer un poco temerosa pero no demasiado, lo justo para que se sienta poderoso—, ¿qué amiga, a quién te refieres, *chéri*?» «A esa —respondería él, hastiado, rico y hastiado, rascándose con una mano los huevos vaciados y acariciándole con la otra el centro de la cabeza, como a un perro a punto de morir—, a la fea esa que baila a cambio de alcohol, a Mila.»

El día en que obtuve el visado para Francia, Nina le anunció a mi padre que lo abandonaba. «Yo aquí ya he terminado», le dijo en un tono sosegado del que no la creía capaz, como si no estuviera abandonando al hombre junto al que había vivido diecisiete años, sino a un desconocido que la hubiera contratado para limpiar. Él ni siquiera dejó de comer. Se sirvió otra taza de té de milenrama y le respondió, sin inmutarse: «Como quieras». Sabía, por supuesto, cómo estaban las cosas. Ellos dos se habían convertido juntos en la nada.

Cuando me marché con Anatol, Nina se trasladó a mi cama con los bordes arrancados y empezó a sentirse como una huésped en aquella casa. Mi padre se ocupaba de todo. Hacía las compras, cocinaba, lavaba. Lavaba incluso las cosas de ella para demostrarle que también eso lo hacía mejor. Se había vuelto más arisco y hablaba con Nina solo para humillarla. «A mí no me pongas funda de almohada», «No te acerques a mi sartén», «¿Para qué queremos tantas mermeladas?»… Esto último era lo que a ella más le dolía. Se quejaba porque le había impuesto una especie de «toque de queda» de ruidos, lo cual implicaba que por la noche solo podía hacer punto o coser a mano. El televisor, «ese ventilador de mentiras», estaba prohibido en *su* casa.

A los vecinos con los que antes se paraba a hablar, para darles consejos y aliviarles los dolores, ni siquiera los saludaba. Se refería a ellos con palabras inventadas que sonaban a insultos —*esmoldón, leozamba, bilisteco*—, y luego se reía solo.

Lo más grave, sin embargo, era que había empezado a tener miedo a los ladrones, un miedo que lo acompañaría hasta el último segundo. En primer lugar, miedo a los rateros, a los carteristas. Se protegía llevando el dinero debajo de la camisa, en una faldriquera de tela que se fabricó él mismo con la máquina de coser de Nina. Se apropiaba de todo sin pedir permiso, como se apropió en otra época de la cámara de fotos de mi madre.

Luego apareció también el miedo a los ladrones de verdad, que, estaba convencido, vendrían a atacarlo con armas de fuego, con cuchillos o con una plancha con la que le quemarían la espalda. Bloqueaba todas las noches la puerta de entrada con una escalera y arrojaba trozos de cristal en el pasillo para que al menos se cortaran, «y no dejarse sacrificar como un carnero».

Nina vino a la universidad en varias ocasiones para decirme que no podía más. Por si fuera poco, él había empezado a beber como en su juventud, con la diferencia de que ahora bebía solo y bebía en casa. Se encerraba en la cocina y se quedaba allí toda la noche tomando vino, escribiendo poemas o examinando restos de negativos sin revelar. A menudo se llevaba el teléfono y llamaba a sus amigos muertos. «Anoche habló con Ilie y con Eugen, ¡pero si los pobrecillos llevan muertos diez años!», lloraba ella, y me preguntaba qué podía hacer «para acabar con aquello».

La marcha de Nina me afectó más de lo que cabría esperar. La quería, quería a mi sufrida madrastra, que aguantó todos nuestros caprichos, enjugó ríos de lágrimas de mis mejillas y me cuidó como, para ser sincera, no creo que me hubiera cuidado mi madre. Mi madre, aparte de a mi padre, que era como su Demiurgo, no quería nada de la vida. Creo que a mí me quería solo porque era hija de él, no porque hubiera salido de ella. El hecho de que mi padre borrara a Nina de su memoria como un error gramatical

y su obstinación por no reconocerle ningún mérito me hicieron verlo bajo otra luz. Me dolió saber que era tan seco y despiadado, él, que consiguió ver la belleza hasta en su propia demencia.

Fui a visitarla en primavera. Le había dejado a una vecina una dirección y un número de teléfono por si yo quería visitarla. Sentía curiosidad por saber cómo vivía después de haber abandonado nuestra casa, pero echaba de menos sobre todo hablar con ella. Aparte de Liduţa, con la que quedaba a veces para tomar un té, no tenía ninguna amiga. Cuando me vio, su rostro se iluminó. «Creía que no vendrías, Miluţa. Pensaba que tú también estabas enfadada conmigo y que no querías saber nada de mí. Pero yo te esperaba como a una hija.» Le dije que yo querría saber de ella toda mi vida, que era su hija y que eso no iba a cambiar jamás.

La mujer a la que cuidaba se llamaba Ana y le faltaba una pierna. Tenía más de sesenta años y pensé que, si el plan de Nina era heredar la casa enseguida, se había equivocado de nuevo. Por el aspecto de Ana, tenía muchas posibilidades de vivir incluso más años que ella. Sin embargo, Nina no quería casa ni dinero; quería calor. Quería alegrías sencillas y palabras sin espinas, algo que mi padre no pudo ofrecerle, y yo lo comprendí demasiado tarde.

La casa, aunque no era gran cosa —tres habitaciones, un baño y un aseo—, tenía encanto y un huerto bastante grande. Después de darle de comer a Ana, Nina me llevó afuera y me explicó qué árboles quería plantar, qué flores, qué hierbas. Me dijo que tenía también un porche que daba a la calle y que se planteaba abrir con el tiempo un taller de costura; de hecho, llegó a hacerlo. Lo llamó Donde Nina, y allí cosió, casi hasta la vejez, ropa de señora, pero sobre todo «vestiditos» de colores para niñas. Era la misma Nina con la que había acarreado bajo la lluvia platos y cortinas, y, sin embargo, era otra. Alegre, parlanchina. Ya no elegía las palabras, como había hecho toda la vida con nosotros, y llevaba una falda de florecitas por encima de la rodilla.

Cuando nos fuimos las dos de casa, mi padre limpió todo. Ya entonces no me gustó esa limpieza suya, pero ahora la mera idea de verlo sacar nuestras cosas —las de mi madre, las de Nina, las mías— y arrancarlas de raíz como si fueran malas hierbas venenosas, para que no volviéramos a brotar de nuevo, me deprime. Se plantó en la soledad con tal saña, se aisló de la gente con tal violencia que solo entonces comprendí cuánto le habíamos complicado la vida. No digo que mi padre no me quisiera. Solo digo que me habría querido más si entre nosotros no hubiera habido malentendidos. Si yo no hubiera sido una mujer, sino un libro.

Retiró en primer lugar las alfombras y las cortinas, y se las donó a una familia joven. Dejó únicamente las cosas que había acarreado consigo, como un proscrito, durante cincuenta años. El sofá que compró en la época de Chernivtsí. El escritorio y los cuatro trajes, que colgó de un perchero de cuatro brazos como adornos de un árbol de Navidad. El resto, plantas, libros. Había reunido varios miles de libros a lo largo de su vida; los apiló en la habitación levantando con ellos torres, muros, pirámides. Libros siguió comprando hasta el final, hasta casi duplicar su número, siempre que se presentaba la ocasión. Los compraba en librerías, en tiendas de segunda mano, a sus amigos con dificultades económicas; o, aún mejor, los cogía directamente de la calle cuando algún vecino moría o se mudaba y sus libros acababan en la basura. Entonces me llamaba muy contento y me decía: «Mila, hoy tengo invitados. ¡Mira quién ha venido a verme! Un chaval llamado Asimov, ¿lo conoces? Si no, deberías conocerlo, ¿lo pillas?».

«Papá, ¿has vuelto a recoger libros de la basura?», le preguntaba yo. «Estás metiendo en casa porquería, chinches. Y tampoco te viene bien respirar todo ese polvo. Ya tienes libros para tres vidas.» Pero él no me escuchaba. «¿Cómo que para tres vidas, si ni siquiera sé qué hacer con esta? ¡Imagínate, Mila, han sacado a la basura más de cien libros! Había también láminas, me estoy planteando llevarlas a la Politécnica y donarlas por el alma de Mărkuşor, ¿tú qué opinas?» Algunos libros los tenía en rumano, en ruso y en francés, o los mismos libros en diferentes ediciones. Los conservaba todos porque estaba convencido de que me los traería a Francia cuando pasara por casa.

Cuando murió y fui a Chisináu a vender el apartamento, vendí con él los dieciocho metros cuadrados de libros, y encontré entre ellos decenas de mensajes ocultos. Era una escritura diferente a aquella a la que me había acostumbrado desde pequeña, casi indescifrable. Creo que escribía cuando estaba borracho o cuando le dolía el corazón. Algunos mensajes estaban dirigidos a mí: «¡Mila, en Pitsunda crece un pino que se llama como tú!». Otros eran para él: «¡Cuando seas feliz, golpea tú primero!». Recuerdo sobre todo uno. Estaba escondido en *El viejo y el mar,* en la página diecisiete, en la que firmaba todos sus libros: «Mila, tienes que escribir sin falta un libro sobre los amigos».

Pienso en sus últimos años con un sentimiento de culpa. Si me hubiera quedado en Moldavia, tal vez su vida habría sido más larga y su corazón no habría acabado hecho trizas, como dijo el doctor después de la autopsia, «un corazón hecho trizas». Otras veces, sin embargo, me pregunto si de verdad habría vivido mejor mi padre. ¿Habría sido más feliz si hubiera estado yo allí? No creo. La libertad de la que disfrutó él no voy a tenerla yo jamás.

Desde que no está, su voz se ha trasladado al transistor negro que se trajo de la residencia para familias y que había llevado allí desde el Dombás. Basta con encenderlo en cualquier frecuencia —a mi padre nunca se le dio bien la tecnología— y entonces empieza a contarme historias, a hacerme preguntas, a pedirme que le enseñe cosas.

«Mila, hoy te pareces a Eduard Dudcă. ¿Sigues leyendo?»

«¿Qué tienes en esa rama del albaricoque? Acércate más para que pueda verlo.»

«Miluţa, las plantas se secan cuando no se es feliz. ¿No eres feliz, cariño?»

Aquel invierno, mi padre no murió solo. Con él murieron un huerto, un pichón al que los niños arrancaron las alas y, como descubrí más adelante, un artesano que fabricaba silbatos en una aldea del norte. Mi padre le enviaba cada año dinero para carbón. Unos cuantos muertos menos —recuerdo haber pensado entonces—, si hubiera muerto en verano, lo habrían acompañado unos cuantos muertos menos. La imagen de mi padre conducido a la tumba como un faraón, con un séquito de almas muertas, de todos los que dependían de él y no pudieron o no quisieron vivir sin él, me ha perseguido a lo largo de los años. Cuando pienso en él muerto, cuando la palabra *padremuerto* me atraviesa, veo a un hombre realizado y en su sitio, siempre ante su mesa de trabajo, rodeado de folios y lapiceros, de diccionarios y galeradas, con restos de tinta en la frente. No sé con exactitud dónde andará ahora mi padre sabio, porque no creía en la vida después de la muerte, creía solo en la terrenal. Creía en las plantas y en los cardiólogos, en la escritura y en la lectura, pero mi padre creía sobre todo en los amigos. Sé, sin embargo, que allí, en ese lugar al que ha llegado él y que ahora caldea para cuando yo llegue, nos encontraremos los dos y beberemos vino juntos en un cuerno de carnero, beberemos sin falta.

Una novela en forma de cicatriz, escrita desde el sitio exacto en el que la devoción y el rencor se vuelven indistinguibles.



Mila tiene cincuenta años. Nació en un país del Este, pero ahora sobrevive en París en casas ajenas entre trabajos precarios, atrapada en una soledad cada vez más espesa. Su vida, moldeada a golpes, la ha ido arrastrando hacia el alcohol y la humillación. En el centro de todo ha estado siempre su padre: tan tierno como irresponsable, tan luminoso como tóxico. Periodista bohemio y alcohólico, fue quien la enseñó a escribir, pero amó los libros más que a su hija y murió sin decirle lo que ella necesitaba.

Un libro sobre la embriaguez y la vergüenza, sobre la herencia familiar y la imposibilidad de empezar de nuevo. Sobre lo que una hija sigue debiéndole a un padre incluso cuando ya solo queda de él una nota escondida entre las páginas de un libro.

CITAS

«Sus novelas tienen la capacidad para transformar el dolor en belleza.» —Paula Molins, *Harper's bazaar*

«Apela a la fuerza del amor y el perdón.» —Pablo Bujalance, *Diario de Sevilla*

«La escritura de Tatiana Tibuleac humaniza la crueldad y la valentía de la gente perdida.» —Lourdes Ventura, *El cultural*

Tatiana Ţîbuleac nació en 1978 en Chisináu, Moldavia. Hija única del periodista Ion Ţîbuleac y de una correctora, comenzó a colaborar con distintos medios mientras cursaba estudios de Periodismo y Comunicación. Su debut literario llegó en 2014 con *Fábulas modernas,* una colección de relatos.

Con *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes* (2016; Impedimenta, 2019), su primera novela, alcanzó un notable reconocimiento internacional y se consolidó como una de las voces más singulares de la narrativa europea contemporánea. La traducción al español, realizada por Marian Ochoa de Eribe, obtuvo galardones como el Cálamo Libro del Año 2019, el Premio Las Librerías Recomiendan 2020 (CEGAL) y el Premio Novela Europea Casino de Santiago ese mismo año. Además, fue finalista del Libro del Año de las Librerías de Madrid en 2019.

Su segunda novela, *El jardín de vidrio* (2018), también publicada por Impedimenta, recibió el Premio de la Unión Europea de Literatura y ha sido traducida a múltiples lenguas. *Cuando seas feliz, golpea tú primero,* fruto de siete años de trabajo, está considerada su obra más madura hasta la fecha y ha recibido el Premio Radio Romania Cultural 2026. Actualmente reside en París con su marido y sus dos hijos. El anonimato del que disfruta en Francia es para ella un espacio de libertad imprescindible para la escritura.

Título original: *Când ești fericit, lovește primul*

Edición en ebook: septiembre de 2026

Copyright © Tatiana Țîbuleac, 2025
Copyright de la traducción © Marian Ochoa de Eribe, 2026
Imagen de cubierta: *Parasomnia del Bono Exquial*, Bache
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

INSTITUTUL CULTURAL ROMÂN
Esta obra ha sido publicada gracias a la ayuda concedida por el Instituto Cultural Rumano dentro del Programa de Subvenciones par la Traducción y la Edición.

ISBN: 979-13-87641-97-9

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Dulce de origen oriental elaborado con frutos secos, pasta de sésamo, miel… *(N. de la T.)*

[2] En argot ruso, ‘Senea el pajillero’. *(Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la autora.)*

[3] En ruso, ‘sentadillas’.

[4] Juego de palabras intraducible. En rumano dice *rime*, ‘rimas’, y *rîme*, ‘gusanos, lombrices’. *(N. de la T.)*

[5] ‘Dulces’.

[6] En francés: «Pobre Anaïs, la sal de la tierra».

[7] Agence France-Press. *(N. de la T.)*

[8] Dorothea Lange.

[9] «¡Me importa un bledo!»

[10] Marca de refresco popular elaborado con estragón. *(N. de la T.)*

[11] Envoltorios de colores de los chicles (en ruso).

[12] Los macarrones con leche son un plato casero típico de Rumanía y Moldavia, preparado con pasta cocida, leche y azúcar, asociado a la cocina cotidiana y a la infancia. *(N. de la T.)*

[13] El paso del alfabeto cirílico al latino en Moldavia, tras la caída de la Unión Soviética, fue un proceso de gran carga política y simbólica, ligado a la redefinición de la identidad nacional entre la herencia soviética y la afinidad cultural con Rumanía. Este conflicto, central en *El jardín de vidrio*, atraviesa la obra de Tatiana Țîbuleac. *(N. de la T.)*

[14] Comida tradicional del pueblo rumano, elaborada con maíz, como la polenta italiana. *(N. de la T.)*

[15] Ensaladilla con pescado ahumado. *(N. de la T.)*

[16] Pastel de origen húngaro asquenazí, elaborado con nueces y semillas de amapola. *(N. de la T.)*

[17] Anatoli Kaşpirovski (n. 1939), médico y famoso hipnotizador televisivo soviético. En 1989, mientras la URSS se desmoronaba, realizó una serie de emisiones en la televisión en las que intentó realizar hipnosis masiva a petición del Gobierno, en un esfuerzo por someter a la población. En su momento fue tan célebre que llegó a trabajar con el equipo olímpico soviético de levantamiento de pesas. *(N. de la T.)*

[18] факты *(fakty)*, ‘hechos’ en ruso; término asociado al lenguaje científico y racionalista del discurso soviético. *(N. de la T.)*

[19] Maria Treben (1907-1991) fue una herbolaria y escritora austriaca, muy popular en Europa central y del Este por sus libros de remedios naturales basados en plantas medicinales. Su libro *Gesundheit aus der Apotheke Gottes* (*Salud de la Botica del Señor*, 1980) llegó a vender ocho millones de ejemplares. *(N. de la T.)*

[20] Los hematógenos eran unas barritas nutritivas a base de azúcar, leche condensada, sirope… Contenían hierro, procedente de la albúmina. Eran un tratamiento corriente para la anemia y podían adquirirse sin receta en las farmacias. Cada barrita contenía en torno a un 5 % de sangre de vaca. *(N. de la T.)*

[21] Se refiere a la práctica agrícola que estaban obligados a realizar todos los escolares en tiempo de recolecta. *(N. de la T.)*

[22] Yema de huevo batida con azúcar (yidis).

[23] Sopa tradicional de remolacha, verduras y carne, acompañada de crema agria. *(N. de la T.)*

[24] El monte Omu, Vârful Omu, es una de las montañas más famosas del macizo de Bucegi, en los Cárpatos. Significa ‘persona’, lo cual explica el juego de palabras que sigue a continuación. *(N. de la T.)*

[25] Pieza bordada del traje popular rumano, que sirve como falda o como mandil ornamental. *(N. de la T.)*

[26] En ruso, ‘dale’, ‘adelante’. *(N. de la T.)*

[27] ‘Chusma, gentuza’.

[28] *Hahol, haholka*, nombre que dan los rusos a los ucranianos. *(N. de la T.)*

[29] En ruso, ‘caja de cerillas’.

[30] Juego de palabras intraducible. *Sulă* significa ‘punzón’, pero alude también de forma eufemística al órgano sexual masculino, *pulă*. *(N. de la T.)*

[31] Ion Luca Caragiale (1852-1912) fue uno de los más importantes dramaturgos rumanos. *(N. de la T.)*

[32] «Venced vuestros miedos.»

[33] En ruso, ‘matones’. Se trata de jóvenes pertenecientes a una subcultura urbana, hijos de familias con pocos recursos. Se dedicaban a extorsionar y humillar a la gente para quedarse con sus pertenencias. *(N. de la T.)*

[34] En ruso, ‘última parada’.

[35] En ruso, ‘chalecos’.

[36] En ruso, ‘querida’.

[37] Entidad estatal dedicada al mantenimiento de las casas.

[38] En ruso, ‘gazapo’ (aquí ‘amorcito’).

[39] Día de la celebración de la victoria soviética sobre la Alemania nazi.

[40] «¡Por la victoria! ¡Por el 9 de mayo!»

[41] En ruso, ‘calle de las fábricas’.

[42] Pronunciación de *boudoir*, ‘tocador’ en francés. *(N. de la T.)*

[43] En ruso, ‘gerifalte, cabecilla’. *(N. de la T.)*

[44] ‘Lacayo’ (argot ruso).

[45] ‘Encuentros’ (argot ruso).

[46] ‘Armas blancas’ (argot ruso).

[47] ‘Putilla’ (argot ruso).

[48] En argot ruso, ‘jefe de una banda criminal’.

[49] Serie de dibujos animados, ‘¡Espera y verás!’.

[50] En francés, ‘rompecabezas’.

[51] Pronunciación a la rumana de *casse-tête* y juego de palabras con la palabra *castete*, ‘armas’ en argot ruso. *(N. de la T.)*

[52] En ruso, ‘chaqueta’.

[53] En francés, «nuestra polla en vuestro culo». *(N. de la T.)*

[54] Renovación con materiales de calidad superior, en estilo occidental (regionalismo de Besarabia).

[55] Diminutivo de Anatol. *(N. de la T.)*

[56] En ruso, ‘hombre rudo, de poca formación’.

[57] En ruso, ‘bisonte’.

[58] ‘Pelanduscas’ (argot ruso).

[59] Juego de palabras intraducible: la gente rimaba Duru con *curu* (‘culo’), de ahí el comentario humorístico del padre. *(N. de la T.)*

[60] «Eres una malfollada, largo de aquí.»

[61] Diminutivo de Anastasia. *(N. de la T.)*

[62] En ruso, ‘ligeramente salada’.

Índice

Cuando seas feliz

Sobre este libro

Sobre Tatiana Țîbuleac

Créditos

Notas